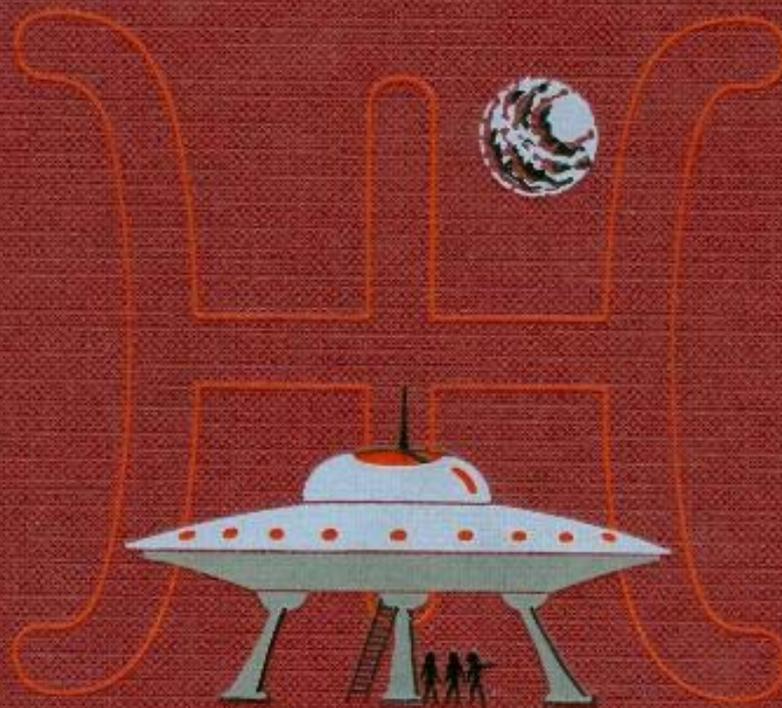


J. J. Benítez

OVNIS: S. O. S.
A LA HUMANIDAD



Ovnis: S.O.S. a la humanidad

J.J. Benítez

A Raquel, que creyó en mi desde el primer instante.

Y yo creo que, a la larga, mereció la pena para que viéramos nuestra esfera azul, en medio de ningún sitio y tan pequeña que alguien tendrá que cuidarla...

(Astronauta CERNAN)

Según nuestros antiguos textos budistas, una galaxia está formada por mil millones de sistemas solares,..

Y mil millones de galaxias forman una supergalaxia...

Y así, la reunión de mil millones de supergalaxias se la conoce con el nombre de supergalaxia número uno... Ahora: mil millones de supergalaxias número uno forman una supergalaxia número dos y mil millones de supergalaxias número dos hacen la número tres... Y, según se lee en los textos sagrados, las supergalaxias número tres son tantas en el Unirverso que no se pueden contar... (DALAI LAMA).

LA INSÓLITA EXPERIENCIA DE UN PERIODISTA ESPAÑOL EN PERÚ

NOTA DEL AUTOR

Sé que muchos se escandalizarán por lo que aquí se dice. Sé que otros se burlarán.

Sin embargo, este relato —en el fondo— sólo ha sido escrito para aquellos cuya mente no ha perdido la juventud. Para los que, en definitiva, ya han aprendido a vibrar con el leve aleteo de los lirios o con el estruendo mudo de las estrellas.

Sólo de un hecho puedo responder. Y esto quiero asentarlo con firmeza. Sólo, digo, de la aparición en el cielo de lo que otras siete personas y yo calificamos como OVNIS. Sólo de esto, y no es poco...

No puedo responder del resto de las afirmaciones que me hicieron los miembros del llamado «Instituto Peruano de Relaciones Interplanetarias» («IPRI»).

Y no puedo hacerlo porque —como profesional del periodismo— sólo me inclino ante lo que ven mis ojos.

En suma: no dispongo de pruebas que demuestren la definitiva autenticidad de dichas afirmaciones. Y bien que me gustaría tenerlas, puesto que la belleza y profundidad de dicho relato tocan siempre el fondo de cada espíritu. Al menos, de los más sensibles...

Que cada lector, por tanto, saque sus propias conclusiones.

J. J. BENITEZ

Fue como si un caballo me hubiera golpeado en el vientre. Salté casi hacia atrás y al volverme vi entre las nubes una luz blanca. Tan intensa que formaba una aureola...

Y eran las nueve y quince minutos de la noche, ¡La hora fijada por los extraterrestres para su aparición sobre el desierto peruano de Chilca!

Pero mis ojos —desencajados— seguían fijos en aquel disco de luz blanca. «¿Cómo era posible? —me repetía mentalmente—. ¿Cómo era posible que así, de una forma tan sencilla, estuviéramos ante un ovni?»

Pero antes de que ninguno del grupo pudiera reaccionar, aquél disco deslumbrante lanzó sobre tierra un rayo de luz blanca y todos quedamos boquiabiertos. Atónitos. Confundidos...

Y yo, que había acudido con los miembros del «IPRI» hasta los Arenales de Chilca empapado de dudas y escepticismo, sentí a lo largo de mi espalda un escalofrío...

Y es que aquellos discos de luz blanca como jamás había visto, eran, efectivamente, dos naves...

Y todo —según mi reloj— pudo durar cinco minutos...

I. LA NOTICIA

A finales del mes de agosto de 1974 una noticia procedente del Perú causó asombro entre todos aquellos que, de alguna manera, se interesan por la vida en el Universo.

He aquí el escueto texto, difundido por la Agencia de noticias:

«Lima (Efe). — Cinco miembros del Instituto Peruano de Relaciones Interplanetarias han establecido contacto con un ovni procedente de «Ganimedes», el mayor de los satélites naturales de Júpiter, reveló ayer a Efe el presidente de dicha Institución, Carlos Paz García.

»Los integrantes del "IPRI" partieron el lunes de la semana pasada hacia Marcahuasi, altiplanicie situada a unos 90 km de Lima y a una altura de 4200 m, permaneciendo allí hasta el jueves, 22 de agosto, trayendo importante material de grabación y fotografías, aseguró Paz García. Material que está siendo analizado actualmente por miembros del "IPRI".

»Paz García señaló que el grupo indicado viene estando en contacto con los extraterrestres desde hace ocho meses.»

La noticia, como digo, dejó perplejos a muchos. Otros, como es habitual en estos casos de avistamientos de ovnis, se encogieron de hombros o se limitaron a sonreír burlonamente...

Sin embargo, en el fondo de los corazones, yo apostaría a que casi la totalidad de los que entonces acertaron a leer la noticia se plantearon siquiera fugazmente la posibilidad de que «aquello» fuera realidad.

Desde hace muy pocos años los casos de avistamientos y aterrizajes de ovnis se repiten a miles por el mundo. Nuestro propio país ha sido y sigue siendo constante escenario de estas apariciones. Pero ahora, la noticia procedente de Perú venía a romper todos los esquemas que sobre el tema ovni se habían trenzado en las revistas y libros especializados. «¿Extraterrestres en contacto directo con un grupo de personas concretas?»

En realidad, sólo había una forma de despejar tan formidable incógnita.

Así que, a las pocas horas de extenderse la noticia por el mundo, LA GACETA DEL NORTE —periódico al que pertenezco— decidió enviarme a Perú.

El objetivo era uno y concreto: investigar y recoger una información de primera mano. Directa. Exhaustiva.

Por fortuna, los periódicos españoles van adoptando frente al tema de la vida en el universo una postura cada día más seria y consciente. Los medios de difusión, en definitiva, han comprendido que la vida es una realidad casi monótona en el cosmos.

Pues bien, a lo largo de dos semanas, recogí para los lectores de mi periódico las opiniones, experiencias y escalofrantes afirmaciones del grupo de peruanos que afirma estar en contacto telepático con seres de mundos como «Apu», «Orion», «Atlas», «Ganimedes», «Calisto», etc.

Una treintena de miembros del «IPRI» fue narrándome, paso a paso, la sensacional aventura.

Ante mi asombro, estos estudiosos de la Exobiología —desde ingenieros a universitarios, amas de casa o simples funcionarios públicos— expusieron el porqué de su contacto con extraterrestres. Porque la comunicación —según ellos— no tiene nada de casual. Obedece, sencillamente, a una misión programada desde hace 100 años y que los mismos extraterrestres han denominado «Misión RAMA».

Pero, ¿quiénes son estos seres del espacio? ¿Cuál es su origen, cuál su nivel mental y físico? ¿Qué es y qué representa lo que los miembros del «IPRI» denominan «Confederación de Planetas de la Galaxia»? ¿Qué han revelado a los distintos grupos que —así dicen— se mueven ya en todo el mundo y que, al igual que el del Perú, están en comunicación con los seres del espacio? ¿Qué es la «Misión RAMA»? ¿Cómo son sus mundos y cómo sus ciudades, su sociedad y su concepto de Dios...?

Todas estas preguntas y otras muchas me fueron contestadas con amplitud por los miembros del «IPRI». Y puedo asegurarles que las respuestas —recogidas en dos semanas de grabaciones magnetofónicas— fueron sobrecogedoras.

Tras ocho meses de contacto telepático con los seres del espacio —ratificado, según me concretaron los miembros del «IPRI», con decenas de pruebas físicas y ante numerosos testigos—, los peruanos me resumieron así su increíble experiencia:

«UNA FORMIDABLE CATÁSTROFE ASOLARÁ LA TIERRA MUY PRONTO. ELLOS LO SABEN Y TIENEN PRISA POR AYUDARNOS...»

Como ya afirmé cuando tracé una síntesis de esta desconcertante noticia, sé que muchas personas se extrañarán e, incluso, se escandalizarán al leer las afirmaciones de los miembros del «Instituto Peruano de Relaciones Interplanetarias». Sé que lo que aquí se diga no tocará fondo en aquellos que sólo saben mirar hacia sí mismos, sin comprender que la grandeza del hombre está, precisamente, en su capacidad de elevación hacia el cosmos. Es decir, hacia ese Dios o Amor que llena todos y cada uno de los átomos del universo. Un Dios o «Profundo» —como lo llaman los extraterrestres— del que precisamente procedemos todos.

Pero no adelantemos acontecimientos.

Pocas horas después de que la noticia se propagase por España, me encontraba ya volando sobre el Atlántico, rumbo a Lima.

Y es curioso. Las dudas —no me cansaré de repetirlo— iban ganando terreno en mi mente.

Le daba vueltas y vueltas a la noticia...

«...Seres de otros mundos están en contacto con varios miembros del "IPRI" desde hace meses.»

¡Y esta comunicación tiene lugar mediante un proceso telepático! No acertaba a comprender. Y las interrogantes se sucedían en mi cerebro, cargando de nubarrones mi ya incierta fe en aquellos extraterrestres.

«¿Quiénes eran en realidad estos seres del espacio? —me repetía una y otra vez—. ¿Qué querían? ¿Por qué habían elegido Perú para estas comunicaciones? ¿Qué podía haber de cierto en todo aquello?»

Recordé mientras viajaba hacia el continente sudamericano que, en anteriores reportajes a lo largo del país —y en unión de mi gran compañero de venturas y desventuras, Fernando Múgica—, siempre habíamos tropezado con casos muy parecidos entre sí: testigos de todas las edades y niveles culturales y profesionales que en las más diversas circunstancias habían observado e incluso fueron «perseguidos» por ovnis o extrañas naves... Pero todo quedaba siempre en eso, en el formidable susto y en la visión de los aparatos o —con mucha suerte— de algunos de sus tripulantes.

Sin embargo, ahora, todo resultaba distinto.

«Seres de otros mundos —repiqueaba la noticia en mi cabeza— están en contacto con varios miembros del "IPRI"...»

Y no sé bien por qué se cruzaron en mi mente algunas de las palabras de don Manuel Osuna, el gran ufólogo sevillano:

«...Es posible —nos había dicho— que sólo se trate de una hipótesis, pero creo que esta nueva casuística de

los ovnis, con sus descaradas y repetidas apariciones, obedece a algo más que a un azar. Creo que está llegando el momento del primer y masivo contacto con los tripulantes de esas naves de otros mundos.

»La gente está tomando conciencia de que la vida no es un lujo de la Naturaleza, que tienen que existir millones y millones de astros habitados en la inmensidad del firmamento...»

No obstante, como digo, mis dudas crecieron y crecieron.

II. ASÍ ES EL «IPRI»

A las pocas horas de aterrizar en la brumosa ciudad de Lima me apeaba frente al número 402 de la calle Junín, en el distrito limeño de Barranco. Allí, según mis referencias, tenía su sede oficial el «IPRI». Se trata, en efecto, de una casa de una sola planta orientada hacia el próximo océano Pacífico.

Pero, se me olvidaba apuntar algo importante. Horas después de aparecer la noticia en los teletipos de mi periódico, yo, personalmente, me encargaba de establecer comunicación telefónica con la Agencia Efe en Lima. Deseábamos atar todos los cabos. Y preguntamos a Enrique Valls, redactor de dicha agencia en Perú, qué clase de gente integraba el citado «Instituto Peruano de Relaciones Interplanetarias» o «IPRI».

—¿Son, tal y como afirmáis, estudiosos y personas dignas de crédito?

Enrique Valls me respondió:

—Así es. Son científicos que están reconocidos por el Ministerio de Educación del Perú y pertenecen a un sinfín de sociedades de todo el mundo...

Aquello aclaró muchas dudas y el viaje, como digo, fue gestionado y emprendido en cuestión de horas.

Una de mis mayores preocupaciones al establecer contacto con los miembros del «IPRI» fue sin lugar a dudas llegar a conocer en profundidad a todos aquellos que aseguraban estar en contacto con seres del espacio. Quería observarles. Analizarles en la medida de mis posibilidades. La más elemental prudencia —fruto ya de otras experiencias— así me lo exigía...

Para ellos, realmente, la llegada de un periodista español, con la única finalidad de conocerles y conocer sus fantásticas revelaciones, supuso una sorpresa, no exenta tampoco —al menos en un principio— de cierto recelo. Recuerdo que días después, cuando me había ganado su confianza, me confesaron haber tenido serias dudas sobre mi verdadera profesión, habiendo sospechado, incluso, que era miembro de la CIA...

Tampoco como periodista tuve excesivas facilidades. Y era lógico. La Prensa de Perú apenas si se había interesado por el tema. Y los pocos que lo habían hecho enfocaron siempre los artículos o reportajes con más sarcasmo y burla que objetividad.

Con este no muy reconfortante panorama inicié las conversaciones que me habían llevado a Lima.

Don Carlos Paz García, presidente y fundador del «IPRI», fue el encargado de dibujarme el primer y básico esquema del citado Instituto.

El señor Paz —según pude averiguar— desempeña en la actualidad un alto cargo en el Ministerio de Educación, en Lima. Y es hombre estudioso y volcado desde hace muchos años en la investigación y conocimiento de los ovnis, Exobiología, Astronáutica y todas aquellas ramas que tienen alguna vinculación con el universo.

—El «Instituto Peruano de Relaciones Interplanetarias» —me expuso— fue fundado el 31 de enero de 1955. Hoy lo integran más de 200 miembros de las más variadas profesiones. Hay ingenieros, astrónomos, catedráticos, médicos, arquitectos, universitarios y numerosos funcionarios.

El señor Paz me había recibido en uno de los salones del «IPRI». Un salón que se destina a conferencias y reuniones y en cuyas paredes aparecían multitud de fotografías de ovnis, de nuestro Sistema solar y de los astronautas en la conquista de la Luna. Y mientras el señor Paz seguía detallándome los pormenores del «IPRI» tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no interrumpirle. Porque, en mi mente, lo que verdaderamente bullía eran las preguntas relacionados con el «contacto» entre miembros de su Instituto y los citados extraterrestres de «Ganimedes» y «Apu». Sin embargo, esperé. Era decisivo que supiera aguardar; que supiera escuchar y observar... Tiempo habría de preguntar sobre lo que con tanta fuerza saltaba en mi cerebro. Como digo, tan fundamental era un conocimiento exacto de los miembros del «IPRI» como de las experiencias propiamente dichas del mencionado grupo.

—...Cuando se fundó el Instituto —había proseguido don Carlos Paz— todavía no había sido lanzado el primer cohete espacial. Y, sin embargo, nuestros objetivos eran ya el estudio de las posibilidades de la vida en otros astros, valiéndonos del aporte de la astronomía, la radioastronomía, la astrofísica y otras ciencias.

»En aquel entonces ya consideramos la posibilidad de viajes extraterrestres mediante el estudio, desarrollo y difusión de la técnica astronáutica. Hoy, como usted podrá comprobar si así lo desea, el «IPRI» abarca también otras ramas de saber. Se han creado Secciones de Arqueología, Paleontología, Exobiología, Parapsicología, Astronáutica, etc.

Pude comprobar este último aspecto, a lo largo de los sucesivos días que permanecí en Lima y en el transcurso de los cuales asistí a diversas conferencias sobre temas como la Arqueología en Perú, condiciones para la Vida en nuestro Sistema solar, etc. Por otro lado, tuve la gran fortuna de entablar amistad con otros miembros del «IPRI» cuyas ilusiones y estudios habían sido encaminados por senderos tan diametralmente opuestos a los ovnis como los de la Paleontología...

—Pero —pregunté al presidente del «IPRI»—, ¿es su Instituto un organismo oficial?

El señor Paz me mostró un sinfín de documentos. Y puntualizó:

—Por supuesto que sí. El «IPRI» está reconocido por el Ministerio de Educación del Perú y asociado a las siguientes organizaciones internacionales: «Federación Internacional de Astronáutica», con sede en París y de la que somos miembro votante. «Intercontinental UFO Research and Analytic Network» (ICUFON), de Nueva

York, de la que somos representantes para toda América del Sur. «Federación Panamericana de Estudios Científicos y Filosóficos de Vida Extraterrestre», con sede en Buenos Aires y de la que soy vicepresidente. «Frente Unido de Investigadores» del Brasil y «Sociedad de Parapsicología Latinoamericana», también de Buenos Aires.

En realidad, no todo el mundo puede pertenecer al «IPRI». El presidente, con palabras precisas y tajantes, me explicó por qué:

—Nuestro deseo sería reunir el máximo de entusiastas de estos temas del espacio o de las investigaciones arqueológicas. Sin embargo —y a fin de conservar y acrecentar la calidad de nuestros estudios—, nos vemos obligados a sostener un riguroso sistema de selección, a la hora de aceptar nuevos asociados...

Pero nuestra charla quedó interrumpida ante la presencia en el salón de diversos miembros del «IPRI», así como de numeroso público, que se disponía a asistir a una conferencia en la que, precisamente, tres de los miembros del grupo que afirma estar en comunicación con los seres del espacio iban a relatar sus últimas experiencias en el altiplano de Marcahuasi. Una especie de meseta a más de 4.000 metros de altura, en la que un total de seis personas —todos miembros del «IPRI»— habían vivido una apasionante aventura.

Y allí tuve la oportunidad de conocer a Carlos y Sixto Paz Wells, universitarios, así como al ingeniero Eduardo Elias, tres de los miembros que, como decía, aseguran estar en contacto telepático con extraterrestres.

Desde aquel instante, y a lo largo de las dos semanas de que dispuse para hablar con todos ellos, se inició en mi mente un riguroso análisis de sus palabras y acciones. Porque iba a tener la oportunidad —en buena parte provocada por mí— de conversar con esta sección del «IPRI», tanto por separado como en grupo.

Pero los tres miembros citados —los hermanos Paz Wells y el ingeniero— iban a iniciar su charla, un poco en representación de los casi cuarenta peruanos que, al cabo de ocho meses, formaban ya el grupo que afirma estar en contacto con los seres de «Apu», «Ganimedes», «Orion», etc. Y decidí conocer y analizar las palabras de los tres miembros del Instituto.

«...Nuestra experiencia en Marcahuasi —habían comenzado— ha sido un poco la culminación de toda una etapa que ha durado ocho largos meses. Ocho meses de preparación intensiva para algo que, lógicamente, exigía un determinado grado de entrenamiento: el contacto físico con estos seres...»

Observé a la gente que asistía a la conferencia. Allí había estudiantes, profesionales de las más diversas ramas e, incluso, según averiguaría después, militares.

«...Sabemos que resulta extraño y difícil de comprender. Pero así es. Todas nuestras comunicaciones —que en un principio fueron simplemente telepáticas— han ido confirmándose sucesivamente. Una tras otra. Primero con el avistamiento de naves y discos. Después con el descenso de dichos ovnis —aunque nosotros ya no los llamamos así— y, por último, con la presencia en tierra de sus tripulantes: los habitantes del satélite natural de Júpiter, "Ganimedes"; del planeta "Apu" y de otros astros.»

Mi confusión, interés y perplejidad, por descontado, crecieron a raíz de aquella charla.

Sin embargo, he preferido no seguir con la citada conferencia. En realidad, pocas horas después iba a tener la oportunidad —a lo largo de dos días de viaje por el desierto de Ocucaje— de conocer de labios de estos mismos miembros del grupo todos los pormenores de tan fascinante experiencia.

III. NADA HA SIDO CASUAL

—Nada de esto ha sido casual. Nuestro contacto telepático con los seres del planeta «Apu» o con los de las colonias levantadas en los tres grandes satélites de Júpiter fue previsto y programado por los mismos seres del espacio...

Aquel frío de perros nos había obligado a estrecharnos al máximo en torno a los leños chisporroteantes. El desierto de Ocucaje —a unos 300 km al sur de Lima— se convierte en un arenal helado cuando llega la noche.

Creo que tuve mucha suerte. Porque a las pocas horas de celebrar mi primera entrevista con el presidente y algunos de los socios del «IPRI», dos de éstos —Ernesto Aisa y Tiberio Petro León—, pertenecientes a la Sección o Departamento de Arqueología, me invitaron a conocer otro de los sobrecogedores misterios con que uno puede tropezarse en Perú: las famosas piedras grabadas de lea. Y con tal intención viajé con ellos hasta la zona de Ocucaje, donde actualmente se están extrayendo dichos cantos rodados. Pero digo que tuve mucha suerte porque los hermanos Paz Wells —Sixto y Carlos—, a quienes yo acababa casi de conocer en la sede del «IPRI»,

decidieron también enrolarse en la pequeña expedición, con el fin de conocer las célebres piedras grabadas.

Esto me iba a permitir conocer, a lo largo de dos días a través del citado desierto, de un buen número de detalles relativos a la misión que me había llevado hasta Perú.

Y aquella primera noche, mientras apurábamos en silencio un hirviente revuelto de café y pisco, Sixto y Charlie respondieron a varias de las muchas preguntas que se atropellaban en mi cerebro. Y todos, durante horas, permanecimos mudos, escuchando lo que —a primera vista— tenía más de fantástico y misterioso que de real...

—No, nada de esto ha sido casual —prosiguió Sixto—. Esa pregunta nos la hace mucha gente. ¿Por qué precisamente nosotros? ¿Por qué los extraterrestres se han puesto en contacto con nosotros? Sólo podríamos darte una respuesta: todo estaba previsto y programado. Nada ha obedecido al azar.

—Pero, ¿cómo es posible...? —interrumpí.

—El «IPRI» —y creo que nuestro padre ya te lo ha detallado— nació hace años. Y siempre ha permanecido en una línea de constante investigación de los «objetos voladores no identificados». El «IPRI», en definitiva, mantiene contactos con otras asociaciones y sociedades del mundo entero, que también se dedican al estudio

de los ovnis. Por eso, a principios de año no tuvo nada de particular que varios miembros de otra asociación colombiana llegaran hasta la sede del «IPRI» y se interesaran por nuestros objetivos. Pero aquellos amigos eran portadores de algo mucho más valioso...

Sixto removió los troncos y después de avivar las llamas ocultó de nuevo los brazos bajo su gran poncho.

Y continuó:

—...Aquellos colombianos estaban ya en comunicación con los extraterrestres y quisieron mostrarnos el «sistema», la «técnica», para que nosotros —si así lo deseábamos— entráramos a formar parte también de los numerosos grupos que, al igual que ellos, se mueven ya por todo el mundo.

—Pero, vayamos por partes. ¿Cómo sabían los colombianos...?

Charlie se adelantó:

—Es que, como te decimos, ya existen muchos grupos similares por todo el mundo. Nosotros no somos los primeros. Tenemos conocimiento de la existencia de otros grupos idénticos en Europa, Asia, Estados Unidos y, por supuesto, nuestro continente.

Había algo que me tenía perplejo. La naturalidad, la pasmosa naturalidad con que aquellos universitarios —al igual que el resto de los miembros del «IPRI» con los que había conversado y conversaría días después— me relataban sus experiencias y conocimientos relativos a estas comunicaciones con los extraterrestres.

—Estos grupos —añadió Sixto— forman como una formidable cadena... Todos tienen la misma misión, aunque, como sucede en casi todos los casos, no se conocen entre sí. Todos, sin embargo, sostienen comunicación telepática con ellos...

Seguí pensando.

«¿Qué era en realidad la "comunicación telepática"?» Por más que le daba vueltas en mi cabeza no lograba siquiera aproximarme a la idea. No entendía y así se lo hice ver a los hermanos Paz Wells.

—Nosotros tampoco sabíamos nada sobre telepatía... En el «IPRI» comenzaron a dar algunas clases y nociones sobre Parapsicología, pero cuando llegaron los del grupo de Colombia, nosotros ni siquiera sospechábamos que fuera posible semejante comunicación telepática. Es más. Si antes de todo esto nos hubieran pedido que nos pusiéramos en contacto telepático con otra persona, no habríamos sabido cómo...

»Todo el esfuerzo, todo lo necesario para que esta comunicación telepática entre los seres de «Ganimedes» o «Apu» y nosotros prospere corre por cuenta de los extraterrestres. Nosotros, por nuestros propios medios, no podríamos soñar jamás con lograrlo.

—Son ellos —subrayó Carlos Paz—. Ellos hacen el esfuerzo. Ellos nos motivan.

—Entonces, ¿cualquiera puede entablar esa comunicación...?

Sixto y Carlos me observaron unos segundos. No comprendí entonces su recelo, su prudencia...

—Cualquiera no —respondieron con firmeza—. Siempre se debe poseer una condición básica. Elemental. Es precisa una fe, un convencimiento total de que ellos existen... Es necesario partir de una creencia absoluta en la vida inteligente y desarrollada fuera de nuestro planeta. Es preciso admitir que no estamos solos en el Universo...

Una nueva ronda de café hirviendo nos dio tiempo a reflexionar sobre aquellas hermosas palabras de los hermanos Paz Wells. Creo que pasaron algunos minutos en los que sólo el paso del viento sobre las aristas afiladas de las dunas se mezcló con el chisporroteo rojo de las llamas.

«El Universo —pensé—, ¡qué profundo misterio...!»

Pero aquella noche iba a ser larga y pródiga en revelaciones. Sixto y Carlos se sentían felices. Su misión —según me explicarían después— era precisamente ésta: difundir al máximo la noticia. Hablar con el mayor número posible de personas sobre la existencia de los extraterrestres...

Y las preguntas volvieron a llenar el desierto peruano. Porque, ¿cómo habían logrado ellos su comunicación con los seres del espacio? ¿Cuál era la «técnica» —si es que podemos emplear esta palabra— para conseguir dicho contacto?

IV. SÍ, OXALCU SOY DE «GANIMEDES»

—Fue un problema de decisión. Nuestros amigos, los colombianos, nos habían informado sobre la «técnica» o sistema a seguir para lograr esa comunicación. ¿A qué esperábamos entonces...?

El que dirigía esta vez la conversación era Sixto.

—¿Y qué ocurrió? —pregunté con impaciencia.

—El 22 de enero, a las ocho de la tarde, nos decidimos. Y un total de cuatro miembros del «IPRI» nos encerramos en una habitación, dispuestos a seguir al pie de la letra las indicaciones del grupo de Colombia. La «técnica» era sencilla.

«Tomamos papel y lápiz y cada uno, en silencio, trató de relajar su mente. Era preciso sentirse tranquilo. Nos habían explicado que para «buscar el contacto» —al menos la primera vez— nuestras mentes debían centrarse en la idea más altruista y plena de amor de que fuéramos capaces. Era algo así como el camino para «sincronizar» su «onda», la de los seres del espacio.

»Cada uno, pues, concentró su espíritu en esa idea y relajó al mismo tiempo el brazo con el que habitualmente escribe. Este último punto es importante porque al principio, si se establece la comunicación, nuestro brazo —totalmente relajado— les sirve para comprobar nuestro grado de receptibilidad.

»Creo que, a pesar de todo, a pesar de la fe ciega que teníamos en la existencia de los extraterrestres y de la vida en el universo, aquello nos dio un poco de miedo... Sin querer nos habíamos puesto tensos, nerviosos... Y hubo que volver a empezar una y otra vez. Hasta que, de pronto, y ante la sorpresa de todos, mi brazo comenzó a moverse...

Y Sixto trazó en el aire unas líneas sin sentido, idénticas a las que surgieran aquella noche sobre la hoja de papel en la sede del «IPRI».

Fue entonces su hermano Carlos quien continuó:

—Todos dejamos nuestras plumas y seguimos en silencio los garabatos y extrañas rayas que, muy lentamente, habían empezado a nacer de la mano de Sixto. Mi hermano se detuvo. Nos miramos todos y nos interrogamos con la mirada. ¿Qué era «aquello»? ¿Qué estaba pasando?

—...Aquellas rayas —prosiguió Sixto—, aquel movimiento de mi brazo, no obedecía a mi voluntad. Sentí temor, emoción, nerviosismo... Sentí cómo me sudaban las manos y la alegría se fue apoderando de mi ser... Animado por todos volví a tomar la pluma y una nueva hoja de papel y traté de relajar mi brazo... Quería saber por qué ocurría «aquello». Para qué...

«Entonces, después de algunos minutos en los que mi mano continuó paseándose sin control aparente sobre la hoja de papel, cuando mis nervios parecían un volcán a punto de saltar, todos observamos algo más...

»Las rayas incontroladas empezaron a convertirse en toscas y grandes letras. Y al cabo de unos segundos, todos —con los ojos desencajados por la sorpresa— pudimos leer: «SI, OXALC... SOY DE "GANIMEDES".. ASI LO LLAMAN USTEDES. PREGUNTEN...»

»Ya no volvimos a tomar la pluma y el papel. Estábamos asustados y contentos al mismo tiempo. «Aquello» no era mío... Yo no lo había inventado. Estaba seguro. Y pasamos horas enteras discutiendo entre nosotros sobre la posibilidad de que todo fuera cierto o de que —como opinaban otros— todo se tratase de una autosugestión.

—Así que pensasteis en la probabilidad de que todo fuera producto de la sugestión...

—Naturalmente. Ninguno tenía conocimientos de telepatía. Ni tampoco éramos expertos en Parapsicología. Era lógico que las dudas se apoderaran de nosotros. Y es más, pasaron bastantes días hasta que tuvimos la certeza de que, efectivamente, la comunicación era real.

Tanto Sixto como Carlos Paz Wells —no sé si lo he repetido ya— son universitarios. Sixto cursa Derecho y Carlos se preparaba para la especialidad de Paleontología.

—Alguien —insistí— podría decirnos que allí, en aquel primer «contacto telepático» pudo influir o intervenir una de esas personas que los parapsicólogos llaman médium...

Sixto y Carlos se enojaron. Y contestaron con firmeza:

—No sé por qué todo el mundo se empeña siempre en complicar las cosas. Entre nosotros no había ni hay médiums o expertos en Parapsicología. Éramos cuatro universitarios que teníamos fe ciega en la existencia de seres inteligentes extraterrestres y que tratábamos de experimentar un «sistema» de comunicación, proporcionado por otro grupo que afirma estar, a su vez, en contacto con estos seres del espacio. Pero, insistimos, nosotros no sabíamos nada de telepatía...

—La telepatía, precisamente, es complicada. Al menos, no creo que resulte fácil. Exige una preparación y unas condiciones naturales muy especiales... Si ya debe ser un serio problema establecer comunicación telepática entre dos personas, ¿cómo admitir y comprender un contacto telepático con extraterrestres?

—Ya te lo hemos señalado antes. En este caso, todo el esfuerzo lo hacen ellos, los seres del espacio. Nosotros nos limitamos a desear, a buscar la comunicación mediante ese sencillo proceso de concentración y relajación.

»Ellos son los que nos motivan. Ellos son los que aceptan en definitiva la comunicación. Ellos son los que la sostienen e, incluso, anulan o rechazan. Y todo ello por algo. Por una decisiva razón. Porque, como te señalábamos, nada de esto es casual o gratuito...

Había algo que me daba vueltas en el cerebro. Y antes de que desapareciera el último rescoldo interrogué de nuevo a los hermanos Paz Wells.

—¿Y cómo llegasteis a la certeza de que aquel «mensaje» era real?

—Los miembros del grupo que nos habían adiestrado nos pusieron también en antecedentes de que, pasado algún tiempo y tras el afianzamiento de nuestras comunicaciones, podíamos solicitar lo que ellos llamaban «pruebas físicas». Y eso fue lo que hicimos. Pedimos una confirmación, una ratificación física de que todo aquello era cierto, de que «ellos» existían; que no se trataba, en fin, de sugestión o fantasía...

«Pasaron los días y vimos con sorpresa cómo el contacto telepático se iba generalizando entre aquellos que previamente seleccionábamos. Porque no todos pueden siquiera comprender... Es vital, absolutamente vital, que crean en la existencia de vida en el universo. Y poco a poco, el grupo se fue ensanchando...

»Y llegó el día en que nos decidimos a pedir esa prueba física. Era preciso salir de aquella angustiada duda. Y los «guías» nos respondieron que sí. Y señalaron el 7 de febrero, a las nueve de la noche, en un lugar denominado «Arenales de Chilca», al sur de Lima. Allí debíamos acudir porque allí, precisamente, íbamos a asistir a algo maravilloso...

V. UN OVNI SOBRE CHILCA

Aquella primera noche en el desierto de Ocucaje apenas si pude conciliar el sueño.

Y no sé qué pudo influir más: si el frío de los arenales o el suspenso que los hermanos Paz Wells habían dejado en nuestros corazones.

Así que, con los primeros rayos de aquel sol de invierno, y tras un copioso desayuno, Tiberio y «Tito» se adelantaron a mis propios pensamientos, solicitando de Sixto y Charlie Paz que prosiguieran con su narración.

El camino por los cerros volcánicos de Ocucaje iba a ser largo y la búsqueda de las piedras grabadas, pertenecientes a otra remotísima civilización, nos permitía un diálogo casi constante.

—Si no recuerdo mal —comenté—, la primera «prueba física» tuvo lugar unos 16 días después de que iniciarais las comunicaciones telepáticas...

—Así es —respondió Charlie—. Y el 7 de febrero — dos o tres horas antes de lo previsto por nuestros «guías»

—acudimos a Chilca un total de 12 personas, todas miembros del «IPRI».

»Como comprenderéis, nuestro nerviosismo iba en aumento conforme los relojes se acercaban a las nueve de la noche. A esa hora, ellos iban a proporcionarnos una prueba física, algo...

—¿Y no sabíais de qué se trataba?

—No, en la hoja donde apareció la comunicación que confirmaba la prueba no se detallaba nada más. «Debíamos acudir a los llamados arenales de Chilca —decía el "contacto"— el día tal y a tal hora...» Allí asistiríamos a «algo».

—Y bien...

Tiberio, «Tito» y yo habíamos detenido nuestros picos y palas. Y aguardamos en silencio las palabras de Charlie.

—...A la hora exacta—nueve en punto de la noche— nos quedamos anonadados. Allí, sobre nuestras cabezas, había aparecido un disco reluciente... Su brillo, su luminosidad eran tales que nos costó tiempo acostumbrar nuestros ojos a su presencia... ¡Era una nave! Y todos comenzamos a hablar atropelladamente, a gritar, a saltar...

—Habían aparecido a la hora exacta y en el lugar que nos señalaron previamente. Era un disco —prosiguió Sixto— de dimensiones no muy grandes, pero de una luminosidad fuera de todo lo conocido...

»Se detuvo como a unos veinte metros del suelo y a unos ochenta del lugar donde nosotros nos encontrábamos.

»La noche era cerrada y durante los quince minutos que, aproximadamente, permaneció ante nuestros ojos, pudimos distinguir a través de media docena de ventanillas las figuras de unos seres que parecían observarnos.

—Pero, ¿cómo era aquel ovni?

—Todos coincidimos después, cuando desapareció, que tenía forma de «hamburguesa». Su diámetro no superaría los 15 metros y, como decimos, lo que más nos llamó la atención fue su luz. Era como si toda la nave irradiase una luminosidad tremenda. Blanca. Intensísima.

Sólo en estos instantes —cuando los miembros del «IPRI» me relataban las formas o características de los ovnis que habían ido apareciendo en las sucesivas pruebas físicas o confirmaciones— notaba en ellos una llama de entusiasmo, de excitación. El resto de nuestras entrevistas y conversaciones —para mi asombro— discurrían en un tono de naturalidad que siempre me sorprendió.

—...¡Era como un sueño! —apuntó Sixto—. ¡Era la confirmación de nuestra comunicación telepática!

—¿Qué sintieron? ¿Miedo, nerviosismo...?

—Nos sentimos felices; Toda nuestra sorpresa, todo el buen susto que nos había hecho saltar el corazón en el pecho se había ido convirtiendo en alegría... ¡Porque todo era cierto! ¿Comprendes?

No, lógicamente no podía comprender, puesto que yo jamás había tenido la suerte de tropezarme con un ovni...

—¿Y qué hicieron ustedes?

—Allí mismo —y puesto que así nos lo habían especificado los «guías»— establecimos contacto telepático. Y les preguntamos qué era «aquello» y por qué no descendían. La respuesta fue ésta: «Ésta es una nave de exploración y está tripulada por habitantes del satélite que ustedes llaman "Ganimedes" y que nosotros designamos "Morle"... No podemos descender más porque ustedes no están preparados todavía. Aunque no lo crean, debemos protegerlos contra sus propias emociones... No están preparados... Esperen nuevas pruebas y nuevas comunicaciones.»

»Y la nave, transcurridos unos quince minutos, desapareció sin hacer el menor ruido. Vertiginosamente. A una velocidad que ningún aparato terrestre podría conseguir... Y todos quedamos como tontos.

—Algunos no pudimos dormir en varios días —comentó Carlos sonriente—. ¡Era increíble!

—Hay algo que no entiendo. ¿Todos establecieron contacto telepático cuando apareció la nave?

—No, no todos. Precisamente para «atar todos los cabos», nosotros habíamos decidido antes de acudir a Chilca que cada una de las comunicaciones que se produjeran en aquel lugar deberíamos escribirlas después e individualmente, a fin de comentarlas y compararlas posteriormente. Y así fue como nos llevamos la gran sorpresa/ Porque todas las comunicaciones que se habían establecido decían lo mismo... Este sistema—dé no comentar nada mientras se produce la prueba física y escribirlo posteriormente para verificarlo— nos ha dado siempre un resultado estremecedor.

»¿Cómo podía ser que los cinco o seis que en aquellos minutos logramos establecer comunicación telepática con los «guías» pudiéramos coincidir después a la hora de escribir dichas comunicaciones, si ninguno había hecho comentario alguno?

Tiberio, Ernesto y yo nos miramos en silencio y proseguimos con los picos y palas, tratando de encontrar a cada golpe sobre el suelo volcánico una piedra labrada y —¿por qué no?— una explicación a todo el asunto de los ovnis.

Pero ni uno ni otro asunto iban a tener respuesta, al menos de momento.

Con el atardecer —y después de una infructuosa jornada de búsqueda—, Sixto y Charlie me comentaron:

—Pero nuestros problemas no terminaron con la aparición de aquella nave sobre los arenales de Chilca. Aunque todos los que habíamos acudido al lugar del avistamiento éramos miembros del «IPRI», al regresar y contar lo sucedido, muchos de los restantes socios no nos creyeron. Nos tomaron por locos o bromistas o, en el mejor de los casos, por víctimas de alguna sugestión colectiva. La incredulidad, en fin, fue general.

»Algunos de los que nos habían acompañado, incluso, a Chilca comenzaron a dudar. Y la polémica creció. Así que nos vimos precisados a solicitar una nueva prueba física...

»Pero esta vez —subrayó Sixto— acudimos 40 personas.

Quedé perplejo. Y llamé a Tiberio y a Tito —que andaban ocupados con los planos de excavación— para que escucharan aquello...

VI SEGUIDA PRUEBA: 40 TESTIGOS

Las afirmaciones de los hermanos Paz Wells pude ratificarlas algún tiempo después, cuando, al retornar a Lima, logré entrevistarme de nuevo con el presidente y fundador del «IPRI», don Carlos Paz García.

Pero Tiberio Petro León y Tito Aisa habían dejado los planos que nos sirvieran para la búsqueda de las célebres piedras grabadas de lea y se acercaron hasta nosotros.

—Decíamos —prosiguió Sixto Paz— que no todos los miembros del «IPRI» se mostraron conformes con lo que les habíamos contado. La mayoría pensó que el avistamiento del ovni en Chilca era alguna broma...

»Y pedimos otra confirmación física. Y ante nuestra sorpresa, los «guías» nos manifestaron que sí, que tendría lugar el 9 de febrero y en los mismos arenales.

—¿Cuántos formaban parte por aquel entonces del grupo que mantenía «comunicaciones» con los extraterrestres?

—No pasaba de una docena. Algunos, incluso, de los que habían formado parte del primer avistamiento o prueba física se echaron atrás y dejaron la comunicación.

Pero llegó el nueve de febrero. Y un total de cuarenta miembros del «Instituto Peruano de Relaciones Interplanetarias» —con su presidente, don Carlos Paz García, a la cabeza— se dirigió a los arenales de Chilca, a unos 80 km al sur de la capital peruana.

Según pude averiguar posteriormente, muchos de los que formaban ese grupo integraban otras secciones o departamentos del «IPRI», dedicados, como creo que ya he apuntado en otra ocasión, al estudio de temas tan distintos de los ovnis y de la Exobiología como pueda ser la Arqueología, Astronáutica, Paleontología, etc.

También logré entrevistarme por separado con algunos. Y todos —militares, funcionarios públicos, catedráticos, universitarios, administrativos, etc.— concidieron en algo: «Aquello fue sencillamente asombroso.»

Pero he aquí la narración de los hermanos Paz Wells, en aquel soleado atardecer en el desierto de Ocucaje:

—...Los «guías» nos habían comunicado, a través de la psicografía, que la nueva prueba tendría lugar en Chilca. Que nos dejáramos guiar una vez allí y que no acudiera un número excesivo de personas. Y así lo hicimos. Hablamos con los miembros del «IPRI» que se habían mostrado más incrédulos y les invitamos a viajar con nosotros hasta los arenales. Algunos recelaron tanto que, incluso, se negaron... Pero la mayoría —curiosa y deseosa de llegar a alguna conclusión— accedió.

»Y en la tarde del nueve de febrero, a bordo de numerosos «carros», tomamos la carretera Panamericana, acudiendo al lugar.

«Aunque la zona está alejada de la propia carretera y de todo núcleo urbano, fue preciso obrar con cautela, a fin de no levantar la menor sospecha entre cualquier pastor o campesino que pudiera coincidir con el nutrido grupo.

»La noche, una vez más, nos ayudó extraordinariamente.

»A1 llegar a la zona donde habíamos asistido dos días antes al primer avistamiento de una nave, nos detuvimos y volvimos a comunicarnos telepáticamente...

»No tuvimos que aguardar demasiado. Los «guías» nos pidieron que esperásemos allí mismo. Y así lo hicimos.

—Recuerdo —intervino Charlie— que la noche era estrellada. Y el firmamento nos llamó la atención por su limpieza.

—A los pocos minutos —si no recuerdo mal a las ocho y pico de la noche—, varios de los miembros del «IPRI» dieron un salto y comenzaron a gritar, señalando hacia el cielo...

»¡Allí estaban...! ¡Y eran seis discos!

«Durante tres horas, los cuarenta pudimos contemplar estupefactos cómo los seis ovnis evolucionaban sobre nuestras cabezas. A veces se mantenían fijos, inmóviles. En otras ocasiones acendían en formación para volver a bajar hasta cien o doscientos metros del suelo...

—¿Recordáis cómo eran?

—Todos brillaban mucho. Y sus formas eran discoidales. Pero lo más maravilloso era su capacidad de giro. Sus cambios bruscos de dirección —pensábamos— deberían destrozarse a sus tripulantes... ¿Cómo podía ser?

»Fue un maravilloso «paseo» de discos. Toda una demostración. Ninguno de los presentes había conocido nada igual.

»Desde ese día, el grupo se incrementó con nuevos miembros del «IPRI».

—¿Hubo alguna «manifestación» concreta de los extraterrestres durante aquel «paseo» de ovnis?

—Sí, varias. Pero sólo nos vamos a referir a una en particular.

»E1 ser humano—nos explicaron entonces— necesita maravillas para convencerse. Y ésa es su perdición, ya que quiere sólo lo que a él le parezca aceptable.

Tiberio, Tito y yo quedamos una vez más pensativos.

Horas después, al regresar a Lima, tuve ocasión de charlar de nuevo con el presidente del «IPRI», don Carlos Paz. Y le hice una sola pregunta:

—¿Qué ocurrió, señor Paz, el nueve de febrero del presente año?

—¿Se refiere usted a la prueba física de Chilca...?

Asentí con la cabeza.

—Mire usted, señor periodista, tengo que aclararle que yo no pertenezco al grupo que afirma estar en contacto con los seres de «Apu» y «Ganimedes». Y no porque yo no lo desee, sino por otras razones que no vienen al caso...

»Pues bien, cuando varios de los miembros del «IPRI», y que pertenecen a dicho grupo, me expusieron —al i-

gual que al resto de los asociados— el avistamiento que había tenido lugar el 7 de febrero, francamente, no le presté mayor crédito ni atención. ¿Qué quiere que le diga...? ¡No me pareció lógico!

»Yo había visto naves en otras ocasiones. Pero siempre de forma casual. Sin embargo, lo de aquella noche del 9 de febrero —programado además con horas de antelación— me dejó helado...

»Desde entonces, he creído a pie juntillas en la firmeza y autenticidad de esos contactos telepáticos, que era lo más difícil de comprender. Al menos, para mí...

La respuesta del presidente del «IPRI» terminó por sumirme en un mar de confusiones.

Pero mis preguntas no habían hecho sino empezar. Y los siguientes días fueron abundantes en sorpresas.

VII. LOS «GUÍAS»

Todo cuanto me habían relatado los hermanos Paz Wells en aquellos dos días en el desierto de Ocucaje me fue ratificado y ampliado en los días sucesivos por el resto del grupo que asegura estar en contacto con los extraterrestres.

Pero lo más sorprendente es que ninguno de ellos —a pesar de que procuré que mis entrevistas fueran por separado— contradijo las explicaciones de los demás.

Mis conversaciones con los universitarios, militares, ingenieros y funcionarios públicos que, fundamentalmente, integraban la sección o grupo en «contacto» con estos seres del espacio eran siempre ratificadas con las comunicaciones psicográficas que guardaban.

Pero, ¿qué eran las psicografías?

Conforme fue pasando el tiempo —y fundamentalmente a raíz de los dos primeros avistamientos de naves—, muchos de los miembros que integran otros departamentos del «IPRI» se sintieron interesados por el sensacional fenómeno. Y solicitaron ser adiestrados en la «técnica», en el sistema, de la comunicación.

En realidad, casi todos —según testimonio de los propios interesados— lograron pronto «su» contacto con los «guías». Y el círculo se fue ensanchando.

—Era simple —me repetían una y otra vez los miembros del «IPRI»—. Bastaba con creer en ellos... Bastaba con desear y buscar el contacto.

Era entonces, en esos momentos iniciales, cuando los socios del «IPRI» que buscaban la comunicación con los extraterrestres de «Ganimedes» o «Apu» tomaban papel y lápiz y —siempre bajo las indicaciones de otros miembros ya avanzados en el tema— relajaban sus brazos y concentraban la mente en la idea más altruista o elevada de que fueran capaces, deseando al mismo tiempo la conexión con los «guías».

Y a lo largo de aquellas dos semanas en Lima pude ver y leer cientos de estas comunicaciones psicografiadas, fruto de lo que los miembros del «IPRI» calificaban como «contacto» entre ellos y sus «guías», los extraterrestres.

Las psicografías en cuestión aparecían siempre escritas a mano. Y si no recuerdo mal, casi la totalidad habían sido registradas con letras de imprenta.

En ellas, los miembros del grupo transcribían lo que les dictaban telepáticamente los «maestros» o «guías» del espacio.

Para mí resultó siempre un casi absoluto misterio. A pesar de mi buena voluntad y del empeño que puse en comprenderlo, mi mente no terminaba de entender...

Sin embargo, los miembros del «IPRI» lo explicaban de una forma realmente clara:

—Esa comunicación telepática es como una voz o como una sucesión de imágenes que, de la forma más simple, surge en nuestro cerebro. Nosotros las vamos escribiendo conforme surgen para no olvidar las enseñanzas de los «guías». Ésa es la única razón de las psicografías. Después, una vez que ha concluido la comunicación, generalmente las releemos y meditamos sobre ellas. Y podemos asegurarte que son hermosas y sabias en verdad...

Así, de esta forma tan aparentemente poco complicada, los treinta o cuarenta miembros del «IPRI» que formaban el grupo a primeros de setiembre de 1974 habían ido reuniendo cientos de comunicaciones, que respondían a otras tantas preguntas, previamente formuladas por los peruanos.

Y he aquí uno de los capítulos más increíbles. Porque todas aquellas comunicaciones —al menos las que yo pude leer— encerraban profundos conocimientos filosóficos.

Desde que el «contacto» empezara a «funcionar» en enero de este mismo año, los miembros del «IPRI» habían formulado a los extraterrestres cientos de preguntas de la más variada índole. Como es natural, muchos de los temas aparecían repetidos en comunicaciones distintas. Y, como digo, me sorprendió comprobar que la esencia de dichas respuestas o comunicaciones era siempre la misma. No pude descubrir contradicción alguna.

El sistema para formular las preguntas resultaba igualmente simple. Cada miembro del «IPRI» que asegura estar en contacto con los extraterrestres escribe su pregunta y espera la respuesta o comunicación telepática, transcribiéndola seguidamente en la hoja de papel.

—Muchas veces —me explicaban los miembros del «IPRI»—, la contestación a nuestras preguntas es tan rápida que no nos da tiempo siquiera a terminar de escribir la pregunta...

Como el lector comprenderá, el número de preguntas que los miembros del «IPRI» aseguran han hecho a los seres del espacio ha sido tal que me vi obligado desde el primer momento a seguir un riguroso orden de prioridad. De lo contrario, mi labor de investigación y de recogida de datos se habría visto seriamente frenada.

Vayamos, pues, por partes.

Quizá lo primero que me llamó poderosamente la atención en este capítulo de los contactos telepáticos fue la presencia de lo que los socios del «IPRI» denominaban «guías» o «maestros».

¿Quiénes eran estos «guías»? ¿Qué papel desempeñaban?

La respuesta del «IPRI» fue ésta:

«Los "guías" o "maestros" son extraterrestres cuya misión consiste en proporcionarnos enseñanzas y guiarnos —como la misma palabra lo expresa— en la "Misión RAMA"»

»Cada uno de nosotros tiene su "guía" o "maestro". Y es con él con quien, precisamente, se establece el contacto telepático. Ellos, los "guías", nos orientan y responden en nuestras preguntas. Y acuden también a las pruebas físicas...»

Según los miembros del grupo, cuando una persona logra establecer su comunicación telepática con los extraterrestres, normalmente aparece siempre en las psicografías el nombre de dicho «guía». Es algo así como su «presentación» oficial al nuevo miembro. Recuerden, por ejemplo, el caso de Sixto Paz Wells cuando, en la noche del 22 de enero, vio con asombro cómo su mano trazaba unas enormes y toscas letras que decían: «SI, OXALC... SOY DE GANIMEDES... PREGUNTEN...»

Pues bien, de acuerdo con esto, y según me relataron los socios del «IPRI», hasta el momento —y después de ocho meses de contacto con los seres del espacio— el número de «guías» que se habían manifestado a través de la comunicación telepática era ya elevado.

Recuerdo que me citaron nombres como «Antar Sherart» —que viene a ser algo así como el «comandante» de la flota de naves—, «Qulba», «Kandor», «Oxalc», «Gexo», «Senyan» o el «guía» encargado de «abrir y cerrar» los «contactos telepáticos» con el resto de los «guías», «Zordax», «Xandon», «Xanxa», «Godar», «Andar», etc. —En realidad —me explicaron los miembros del «IPRI»— estos nombres corresponden al sonido aproximado de su verdadera denominación. Y es que para nosotros resultaría imposible pronunciarlos...

«Conforme se van produciendo nuevos contactos aparecen también nuevos «guías». De ahí que, en realidad, no sepamos con certeza cuántos extraterrestres participan en la «Misión RAMA».

Ésta, si no recuerdo mal, fue una de las primeras preguntas que —a nivel individual y colectivo— les formularon los miembros del «IPRI» a los seres de «Apu» y «Ganimedes»: «¿Por qué estaban allí?» «¿Por qué aquella comunicación telepática?»

La respuesta —clave en el desarrollo de todo este asunto— fue tan escueta como estremecedora:

«Una gran catástrofe destruirá muy pronto la civilización que hoy cubre la Tierra. Nosotros lo sabemos y estamos aquí para llevar a cabo la "Misión RAMA"...»

Los miembros del «IPRI» —según me testimoniaron repetidas veces— quedaron perplejos. Y los «guías» iniciaron a través de las comunicaciones una explicación y un desarrollo sistemáticos de lo que era y suponía la mencionada «Misión RAMA».

Y las preguntas de los peruanos —casi sin querer— se fueron encadenando, reuniendo un importante volumen de comunicaciones en torno a dicha misión.

—Pero, ¿cómo una destrucción...? —pregunté alarmado.

—Nuestros «guías» han especificado que el hombre de hoy va directo hacia su propia autodestrucción, Y la «Misión RAMA» —programada y planificada por la «Confederación de Mundos de la Galaxia» desde hace 100 años— tiene por objetivo evitar que «las sagradas raíces de nuestra Humanidad desaparezcan para siempre...».

Éstas son las palabras textuales de los seres del espacio. Y éste, en definitiva, el motivo por el que han decidido ponerse en contacto con numerosos grupos que ya se extienden por el mundo.

Nada se ha dejado al azar. El hecho de que los extraterrestres estén actualmente en contacto con cientos de personas en todo el mundo obedece a un único fin: tratar de sacar de la Tierra al mayor número posible de personas. Sólo así —dicen ellos— podremos salvar a la especie humana.

Pero, ¿qué era todo aquello? «Misión RAMA»... «Confederación de Mundos de la Galaxia»... «Catástrofe»... Mi cerebro no tenía tiempo material de asimilar y necesité de numerosas pausas para no perderme en semejante laberinto de nuevas palabras y conceptos.

Algo parecía claro. Los seres del espacio —esto era lo que aseguraban los miembros del «IPRI»— habían llegado a la Tierra en misión de paz y rescate. Pero, ¿cómo iba a llevarse a cabo esta «Misión RAMA»? ¿Quién se estaba encargando de la misma?

He aquí las respuestas que los miembros del «IPRI» dieron a mis preguntas.

VIII. LA «MISIÓN RAMA»

Creo que de haber sido una persona más sensible no habría podido conciliar el sueño en muchos días.

Sin embargo, las tremendas afirmaciones de los miembros del «IPRI» sólo lograron que mis dudas sobre la autenticidad de sus contactos con extraterrestres aumentasen. ¿Qué pruebas tenía yo en realidad de todo lo que me habían narrado? Sencillamente, ninguna.

Pero vayamos al grano.

Todas aquellas comunicaciones telepáticas —me insistieron una vez más— tenían una justificación. Obedecían a lo que los propios seres del espacio habían bautizado como «Misión RAMA». Es decir, una operación de rescate.

«La Tierra —me expusieron los socios del "IPRI"— está amenazada por una tremenda destrucción. Una catástrofe que provocará el propio hombre. Los seres del espacio lo saben y quieren evitar que la raza humana desaparezca del Universo...»

—¿Y por qué quieren evitar que el hombre desaparezca?

Los miembros del «IPRI» con los que sostenía la conversación se miraron extrañados.

—¿Qué harías tú si tuvieras un hermano menor y lo vieras que está constantemente jugando con fuego?

Los extraterrestres encargados de la «Misión RAMA» se mueven en un plano mental, espiritual y tecnológico muy superior al nuestro. ¿Cómo comprender entonces su sentido del Amor y de la Entrega? Deberíamos ser como ellos para entender...

—¿Y decís que la «Misión RAMA» fue programada ya por ellos hace 100 años...?

—Eso es lo que nos han comunicado. Nuestro mundo —y ellos lo saben— se ha visto envuelto siempre en un proceso idéntico y repetido de autodestrucción. Desde hace millones de años, las civilizaciones han logrado metas tecnológicas muy elevadas. Sin embargo —y en todos esos procesos—, el nivel espiritual no ha ido nunca parejo con el desarrollo técnico. Y una tras otra, todas esas civilizaciones se han autodestruido.

»Ahora está sucediendo lo mismo. La Tierra está al borde de un cataclismo termonuclear que no dejará piedra sobre piedra.

—Pero, no termino de comprender la «misión»...

—Los «24 Mayores» que velan y dirigen la «Confederación de Mundos» de nuestra Galaxia programaron hace ya 100 años esta misión de rescate de un máximo de seres de la especie humana, a fin de que «aquello que fue creado por el Profundo no sea borrado de la faz del Cosmos».

»Y nosotros, tal y como ya sabemos, hemos sido creados por Dios o por el «Profundo», como ellos denominan a la Fuerza que dirige y sostiene todo lo creado.

«Entonces, éste es el momento en que la «Misión RAMA» ha iniciado su fase de desarrollo y ejecución. ¿Cómo? En primer lugar, mentalizando y dando a conocer al mundo entero el hecho evidente de la presencia de los extraterrestres. Los ovnis, como ustedes los llaman, no son ya tales «objetos volantes no identificados», sino naves siderales tripuladas por seres de otros planetas y astros.

»Este punto es importante. Es preciso que todas las gentes sepan de la existencia de los extraterrestres, de sus naves y de su misión en la Tierra.

—¿Y ya se está efectuando ese «rescate»?

—Miles de familias enteras salen cada año de nuestro mundo hacia otros astros de la galaxia o de nuestro propio Sistema solar. Desde hace años, miles de personas —siempre, voluntariamente— abandonan la Tierra sin dejar rastro, siendo ubicadas en mundos como «Apu», «Ganimedes», «Atlas», «Calisto», etcétera.

»Son sacados físicamente con sus naves y transportados a esos planetas... Sabemos que resulta difícil de entender y de creer, pero así es, puesto que así nos lo han revelado.

—¿Y qué hacen en esos mundos? ¿Cómo viven?

—Los «guías» nos han detallado que todos ellos son preparados y enseñados en el mundo del espíritu y de la materia, a fin de lograr una superación que los convierta en «semilla» de una raza humana nueva, distinta, superior, más generosa y sabia.

»Y cuando la Tierra —a la que ellos llaman el «planeta del círculo vicioso» vuelva a ser habitable, esas personas que un día fueron sacadas de nuestro mundo —o sus descendientes— regresarán e iniciarán una nueva era, libres ya de las constantes amenazas de autodestrucción. Y, al igual que los extraterrestres que ahora tratan de ayudarnos, esos nuevos «seres humanos» estarán en condiciones de prestar su ayuda a otras civilizaciones que—al igual que la nuestra hoy— también precisan de la Verdad. Será, en fin, el inicio de toda una nueva y prometedoras Era...

—¿Se sabe cuántas personas han sido ya sacadas de nuestro mundo?

—Sólo nos han dicho que miles...

—Y esa catástrofe, ¿está cerca?

—Tan próxima—nos han comunicado los «guías»— que no queda tiempo siquiera para volver el rostro. Por eso ellos tienen prisa. Quieren que el mundo entero se mentalice. Que todos los hombres se percaten del gran error en que se mueve nuestra civilización. Pero —según los «guías»— ya resulta poco menos que imposible...

»Para evitar la catástrofe, el hombre debería cambiar su sentido de la moral. Debería amar a sus semejantes, más, incluso, que a sí mismo. Debería mirar a los más humildes y olvidar sus egoísmos. Debería amar, sencillamente...

—Y eso, ¿no es posible?

—Ya no. La civilización ha olvidado el espíritu y galopa sobre una técnica que ni siquiera ha aprendido a dominar...

»Para evitar la autodestrucción de la actual civilización terrestre sería preciso que todos los seres humanos formaran una auténtica familia.

En realidad —pensé mientras cambiaba otra de las cintas magnetofónicas—, esa catástrofe a que aluden los extraterrestres es algo que se palpa ya en el enrarecido ambiente del mundo... Basta con echar una ojeada cada día a las primeras páginas de los periódicos para intuir una gigantesca autodestrucción...

—Pero —proseguí—, si ellos, los seres del espacio, saben todo esto, ¿por qué no evitan tal destrucción? ¿Por qué no descienden con sus naves en las más importantes ciudades del planeta y exponen sus intenciones?

—Es imposible. Lo prohíbe la «Confederación de Mundos de la Galaxia».

Casi me había olvidado de la citada «Confederación»... Pero los miembros del «IPRI» iban a responder ampliamente a todas mis preguntas.

—Ellos nos han explicado repetidas veces que en nuestra galaxia, en lo que llamamos «Vía Láctea», hay millones de astros habitados. ¡Millones! Y muchos de éstos, por seres inteligentes y muy superiores, incluso, al hombre.

«En realidad —me dije a mí mismo—, esta afirmación tampoco es extraordinaria. Nuestros científicos han llegado a conclusiones similares a través de simples cálculos de probabilidades. Hoy —según la Ciencia— nuestra galaxia reúne más de 100 000 millones de soles. ¿Cuántos de esos soles dispondrán de sistemas pla-

netarios semejantes al nuestro? Por supuesto, millones...»

Pero los miembros del «IPRI» continuaron.

—...Esos millones de planetas habitados de nuestra galaxia están unidos o «confederados» desde hace millones de años en lo que podríamos traducir como «Confederación de Mundos». Según los «guías», en la actualidad, dicha «Confederación» está formada por un 80 por 100, aproximadamente, de los mundos habitados por seres superiores a nosotros. El resto —también formado por razas superiores a la humana— no está integrado en la «Confederación de Planetas». Por distintas razones, no han deseado esa unión...

»Pues bien, como te decíamos, la «Confederación» —por experiencias anteriores— tiene establecida una norma que debe ser cumplida fielmente por todos los planetas. Incluso, por los que no pertenecen a la «Confederación». «Ningún mundo podrá intervenir directamente sobre otro que albergue una raza inferior.»

»Y es lógico. Lo contrario supondría un desequilibrio, una falta de autodeterminación, de libertad...

—Pero, ¿y si esa raza va a autodestruirse?

—Tampoco. La ley en cuestión prohíbe, incluso, la intervención directa. Pero sí pueden actuar indirectamente. Y éste es nuestro caso. Ellos han ido observando a todo lo largo de la historia de la Tierra cómo la raza humana ascendía tecnológicamente y se autodestruía. Ahora, los «24 Mayores» han decidido que ésta sea la última guerra de la especie humana. Muchos están siendo sacados del mundo, a fin de perpetuar la especie y —lo que es más importante— de transformarla en una raza más generosa y elevada.

»A través de grupos que se extienden ya por todo el mundo, los seres de «Apu», «Ganimedes», «Atlas», etc., están preparando el camino para todos esos que deberán ser sacados del planeta y puestos en lugar seguro...

—¿Y cuáles son esos mundos donde están siendo trasladados tantos miles de seres humanos?

—Generalmente escogen planetas donde las condiciones ambientales, de gravedad, etc., sean muy similares a la de la Tierra. Algunos son planetas donde la vida es natural y propia del astro, como en el caso de «Apu». Pero hay otros que sólo son «colonias». Como «Ganimedes», «Caliste» y «Europa», satélites naturales de Júpiter. También en algunos de los satélites de Saturno han sido establecidas algunas de estas «colonias».

Mis dudas crecieron una vez más. Yo no era experto en Astronomía, pero en los pocos libros que sobre dicha materia habían caído en mis manos siempre se aseguraba que en nuestro Sistema solar resultaba poco menos que imposible la existencia de vida superior e inteligente. Y así se lo hice saber a los miembros del «IPRI».

—Hay muchas cosas en el Sistema solar —me respondieron— que nos sorprenderán conforme el hombre vaya descubriéndolas. En Júpiter, en efecto, no hay vida. Pero sí en sus tres satélites interiores. Ellos, por cierto, no los llaman como nosotros. A «Ganimedes» lo denominan «Morle» o «planeta de perfección». A «Calisto», «Calonia» o «planeta de búsqueda de perfección o capacitación». Y a «Europa», «Anatia» o «planeta de cultivos vegetales y cosas bellas de creación». Por último, al cuarto satélite interior de Júpiter, y que nosotros llamamos «Io», ellos lo designan con el nombre de «Aneta». Es algo así como un depósito o base militar de la Confederación...

»Algunos de estos seres con los que estamos en contacto telepático son precisamente de uno de estos satélites de Júpiter: de «Ganimedes».

—¿Y qué ocurre entonces en el resto del Sistema solar? ¿También hay vida?

—Ellos nos han revelado que sí. Es más. Nos han manifestado que el número de planetas que integran dicho Sistema solar no es de nueve, como siempre habíamos creído, sino de doce.

Venus, Marte, la Tierra y otro planeta que no nos han querido revelar todavía poseen vida natural propia. Además de esto hay «colonias» en satélites de Júpiter y Saturno.

—¿Y por qué no nos han querido revelar aún el nombre de ese planeta donde aseguran hay vida?

—Porque —según los extraterrestres— está empezando a desarrollarse y el hombre podría intervenir, anulando su esencia...

—Vayamos por partes. ¿Cómo es posible que exista vida en Venus, si los astrofísicos afirman que su proximidad al Sol —su distancia es de unos 108 millones de kilómetros— hace incompatible el desarrollo de cualquier sistema de vida...?

—Nadie puede conocer realmente un astro hasta que no lo haya explorado. Y éste es el caso de Venus, Marte y del resto de nuestros planetas hermanos.

»Venus —según nos han explicado— está protegido por un formidable «colchón» de nubes, muy superior al nuestro, que sirve de «filtro» y «escudo» a la gran exposición solar. En esas densas capas de nubes —y especialmente en la de ozono— las temperaturas se elevan, por lo visto, a más de 400 grados centígrados. Sin embargo, en la superficie del planeta, la temperatura es muy inferior y adecuada para el desenvolvimiento de la vida. Y otro tanto sucede con Marte, el llamado «planeta rojo».

—¿Marte? Las sondas espaciales enviadas por rusos y norteamericanos no parecen indicar lo mismo...

—Si un planeta estuviera habitado por una o varias razas superiores y supieran de la existencia de otras civilizaciones inferiores en otro planeta, ¿qué postura adoptarían ante la presencia de sondas espaciales procedentes de dicho mundo inferior?

»Éste es el caso de Marte, donde —según nos han comunicado los «guías»— existen dos razas distintas. Una pertenece a la «Confederación de Mundos». La otra no. Pero ambas están supertecnificadas. Y ambas nos visitan desde tiempos muy remotos.

—¿Y cómo son?

—Bueno, los habitantes de Marte han sido vistos en multitud de ocasiones y a todo lo largo y ancho del mundo.

»Son de pequeña estatura. Generalmente su tamaño oscila entre los 0,80 cm y 1,20 m.

»Sus cabezas son un tanto desproporcionadas en relación con el resto del cuerpo, y sus ojos, muy abultados y «saltones».

»Hay miles de casos por todo el mundo de testigos que han visto a estos extraterrestres, en sus diversas tareas de investigación, recogida de minerales, vegetales, etc.

—¿Y los de Venus?

—Con éstos no hemos tenido contacto. Desconocemos realmente cuál es su aspecto y formas físicas, aunque nos han dicho que son también parecidos a nosotros.

Aquello era desconcertante. Porque —tal y como me contaban los miembros del «IPRI»— los casos de apariciones de «humanoides» en los distintos países del mundo han sido muchos. Recuerdo, por ejemplo, los cientos de testigos que a lo largo de 1954 dieron cuenta en las distintas gendarmerías francesas de la presencia en valles, campiñas, huertas, ríos, carreteras, líneas férreas, etc., de numerosos «hombrecillos» que se dedicaban a extraer vegetales o porciones de tierra que luego cargaban en sus extrañas naves o discos.

En nuestro propio país se han dado numerosos casos de testigos que aseguran haber visto a estos «humanoides». No hace mucho, el ufólogo don Manuel Osuna nos ponía sobre la pista de otro caso realmente singular y del que fue testigo único un anciano guarda de un melonar de la localidad sevillana de Aznalcollar. Aquel buen hombre quedó mudo de terror cuando, en un atardecer de 1971, vio posarse sobre la campiña una gran nave portadora y que el guardián —en su ingenuidad— comparó muy gráficamente con los «viajeros» o grandes autobuses de línea que hacen los diversos recorridos de la provincia.

De dicho «viajero» —que no debía de ser otra cosa que una nave portadora— salieron entre 40 y 50 «hombrecillos» que, lógicamente, pusieron en fuga al despavorido guardián.

Pero, como digo, los testimonios en este sentido serían tantos que nos obligaría a entrar en terrenos distintos a los que actualmente nos ocupan.

Ahora, sin embargo, el caso era distinto. Porque estos extraterrestres —según los miembros del «IPRI»— eran muy distintos.

¿De dónde procedían? ¿Dónde estaban situados sus respectivos mundos?

IX. SON GIGANTES

Los miembros del «IPRI» me habían indicado desde el principio —prácticamente desde mi primera entrevista con ellos— que los extraterrestres con los que sostenían comunicación telepática procedían, fundamentalmente, de dos astros: «Apu» y «Ganimedes».

El primero —según los miembros del «IPRI»— es un planeta de condiciones relativamente parecidas a las de nuestro mundo y situado en el sistema planetario de la estrella o sol «Alfa B», en la constelación del Centauro.

Su distancia a la Tierra —o mejor dicho, a nuestro Sistema solar— es de 4,3 años luz.

(Como se sabe, un año-luz equivale a la distancia que recorre la luz durante un año, teniendo en cuenta que dicho rayo luminoso se mueve en el espacio a unos 300000 km por segundo.)

En cuanto al segundo mundo —«Ganimedes»—, resulta mucho más familiar para los astrónomos. Se trata del mayor satélite natural del planeta Júpiter y su distancia hasta la Tierra oscila alrededor de los 620 millones de kilómetros.

—Sin embargo —me señalaron los miembros del «IPRI»—, los seres que forman parte de la «Misión RAMA» pertenecen también a otros planetas. Nosotros sólo tenemos conocimiento directo de los extraterrestres de «Apu» y «Ganimedes» porque nuestros contactos han sido programados con dichos seres. Pero sabemos, por ejemplo, que también otros habitantes de «Orion», «Atlas», «Caliste», «Europa», etc., forman parte de la misma misión.

—No soy un astrónomo, pero he leído que la mayor parte de los 12 satélites naturales de Júpiter debería estar bajo una capa permanente de hielo, como consecuencia de su tremenda distancia al Sol. ¿Cómo puede ser entonces que «Ganimedes» tenga vida?

—Ya te dijimos que nuestras sorpresas serán grandes conforme vayamos conociendo el Sistema solar. Sin embargo, y según hemos podido comprobar algunos de nosotros —a través de «viajes» que se nos ha permitido hacer en forma de proyección— no hay tales capas de hielo en «Ganimedes». Al contrario.

—Según esa teoría —apuntó otro de los miembros del «IPRI»—, ¿cómo explicar el hecho de que el planeta Marte, que se encuentra más alejado que la Tierra del Sol, sólo disponga de un polo? Nosotros estamos más cerca del astro rey y tenemos dos...

Algo había quedado en mi cerebro. Algo que resultaba extraño desde el primer momento. ¿Qué era «aquello» de los «viajes en proyección»? ¿Es que algunos de los miembros del «IPRI» habían «viajado» ya hasta esos mundos?

Sin embargo, no me extenderé ahora en este apasionante tema de los «viajes en proyección», puesto que su gran interés bien merece que les dedique un nuevo y completo capítulo.

—Vosotros afirmáis —proseguí— que habéis llegado a ver, incluso, a estos extraterrestres. Y bien, ¿qué aspecto tienen?

—Depende. Los hombres del planeta «Apu» son los más altos. Alcanzan entre los 2,50 y los 2,80 metros. ¡Son enormes! Pero su forma física es similar a la nuestra. Apenas si difieren en algunos detalles. Sus cabellos son de color blanco platino y generalmente largos. Sus ojos y cejas son también ligeramente distintos a los nuestros. Los seres de «Apu» los tienen más «achinados». También su mentón es más afilado.

»Los de «Ganimedes» son más bajos. No obstante, sus alturas siguen siendo superiores a las del hombre normal. Generalmente miden 1,90 metros. Pero sus cabellos son rubios y largos hasta la cintura.

»Éstos proceden del planeta «Orion» y también del astro que hasta hace algunos miles de años existió en la órbita de lo que hoy se ha denominado «cinturón de asteroides». En ese lugar —según nos han comunicado— existía otro planeta que sufrió un gran cataclismo. Pues bien, la civilización que lo habitaba —más avanzada

que la nuestra— se dio cuenta de la gravedad del problema y buscó con tiempo otros astros próximos donde poder trasladarse. Y uno de los lugares escogidos —donde fundaron una nueva «colonia»— fue el satélite «Ganimedes».

»Allí han creado sus ciudades y han logrado dominar las fuerzas internas del astro, beneficiándose fundamentalmente de la energía de los numerosos volcanes que existen en el satélite.

Ésta era, en síntesis, la versión de los miembros del «IPRI», que aseguran estar en comunicación con los extraterrestres, en relación con la posición de «Apu» y «Ganimedes» en este rincón del Cosmos y que llamamos «Vía Láctea».

Pero, ¿cuál es, por el contrario, la opinión de los astrofísicos en relación con estos mismos astros?

He aquí los pocos datos que sobre la constelación Centauro y sobre el satélite joviano «Ganimedes» he logrado reunir:

«La Constelación del Centauro —según la Astronomía actual— está situada en el firmamento en el hemisferio sur. Por ella atraviesa una franja ancha y resplandeciente de la "Vía Láctea". Sus dos estrellas más brillantes — "Alfa" y "Beta"— apuntan hacia la llamada Cruz del Sur.

»"Alfa" del Centauro constituye uno de los sistemas binarios primeramente conocidos. Ambos componentes, como digo, son muy resplandecientes.

»La primera de las estrellas es muy semejante al Sol en lo que respecta a la luminosidad intrínseca, masa y espectro.

»E1 hecho de que ambas estrellas giren alrededor de su centro común de masas en órbitas muy alargadas hace que las separaciones respectivas varíen sensiblemente durante los períodos de revolución de 80 años. Por término medio, sin embargo, es 23 veces la distancia de la Tierra al Sol.

»En 1915 se descubrió que otra estrella de 11.a magnitud se movía con la misma velocidad y dirección que la «binaria». Eso significaba que existía un tercer astro en aquel sistema gravitatorio, aunque separado del principal en el firmamento por más de 2 grados la distancia de Centauro al Sol, que es de 4,3 años-luz. A esta tercera estrella se la ha llamado Próxima Centauri, por ser la más próxima al Sol y a la Tierra. (Se trata de una "enana roja" que figura entre las variables que ocasionalmente experimentan breves aumentos de luminosidad.)

»E1 sistema —en su totalidad— se acerca al Sol a una velocidad de 36 kilómetros por segundo.»

En dicho sistema triple de estrellas se encuentra ubicado —según los miembros del «IPRI»— el planeta «Apu», con cuyos habitantes afirman sostener comunicación telepática.

En cuanto a «Ganimedes», los conocimientos de la Astrofísica tampoco son excesivos.

«"Ganimedes" es uno de los 12 satélites de Júpiter. Se trata de un astro cuyo tamaño viene a ser similar al del planeta Mercurio y dos veces, prácticamente, al de la Luna. Posee un diámetro de 5 600 km y gravita en torno a Júpiter a una distancia de 1071000 km. Su período de revolución en torno al gigante es de 7 días, 3 horas y 42 minutos.

«Observado telescópicamente, "Ganimedes" presenta cierto parecido al planeta Marte. Siendo su diámetro intermedio entre el de este planeta y Mercurio, y poseyendo condiciones físicas de masa y densidad lo suficientemente importantes, cabe deducir que este satélite es capaz de retener una atmósfera que podría extenderse a grandes alturas sin perder mucho en cuanto a su densidad. Es probable que la troposfera se alargue hasta los 320 km.

»Con una proporción de anhídrido carbónico en la mezcla, una envoltura gaseosa de esta clase podría constituir un manto protector que conservase la temperatura en su superficie.

»Su coloración —de un fuerte castaño oscuro— podría ser debida a una gran absorción atmosférica. Y la totalidad general anaranjada del satélite pudiera deberse a la absorción, como sucede en el planeta Marte, del oxígeno por las rocas de la superficie.

»Hay también otro hecho importante. Al igual que en Marte, en el satélite joviano se aprecian unas zonas de manchas blancas, cambiantes de tamaño.

»En definitiva, y dada la gran dificultad de su observación, motivada por un lado por la presencia de Júpiter con su gran poder reflectante y la lejanía propia de "Ganimedes" —más de 620 millones de kilómetros de la Tierra— los astrónomos no terminan de ponerse de acuerdo en cuanto a la estructura y constitución de dicho astro.»

Sin embargo, todos los expertos parecen coincidir en algo realmente básico: «Ganimedes» es un cuerpo cuyas proporciones resultan idóneas para contener una envoltura protectora.

Y todos sabemos que ése, precisamente, es un paso fundamental para que pueda existir la vida...

El tiempo, en definitiva, nos situará ante la Verdad.

Pero las «pruebas físicas» no habían concluido en aquella noche del nueve de febrero.

Quedaban otras muchas y espectaculares confirmaciones.

X, TRES Y CUATRO «AVISTAMIENTOS» AL MES

«Pasó mucho tiempo hasta que las naves —al fin— se decidieron a aterrizar...

»Fue preciso familiarizarse con ellas, con sus formas, con su potentísima luminosidad, con sus evoluciones...

»Y todo ello nos llevó casi seis meses.»

Mi afán por asimilar y conocer un máximo de detalles en torno a este apasionante reportaje me obligaba casi constantemente a saltar de un tema a otro, en beneficio de la espontaneidad y en perjuicio, quizá, de un orden más estricto.

Es por ello, insisto, por lo que quizás el lector aprecie algunos «saltos» en la narración de esta desconcertante aventura.

Los miembros del «IPRI» con los que me encontraba en contacto casi diario durante mis estancias en Lima no

se habían contentado, como apuntaba en el capítulo anterior, con las «confirmaciones físicas» de los pasados días 7 y 9 de febrero.

Muy al contrario, aquellas «pruebas físicas» —como ellos las llamaban ya familiarmente— habían sido como la miel en los labios...

Y era realmente lógico.

¿Cómo habríamos reaccionado cualquiera de nosotros si nos hubiéramos encontrado en semejantes circunstancias?

El grupo, como te decíamos, se fue ensanchando. Y uno tras otro, casi todos los que ingresaban en el flamante grupo iban dominando la técnica de la comunicación telepática, consiguiendo su correspondiente contacto con nuevos o ya conocidos «guías». Pero las dudas y los problemas no nos olvidaron en ningún instante. Al principio tuvimos que luchar contra las dudas propias y contra las incomprendiones de los demás. Pero no nos arredramos. ¿Y sabes por qué?

Me encogí de hombros...

—Porque todas nuestras comunicaciones coincidían en lo básico. No había contradicciones. Y, sobre todo, los «guías» no nos pedían fe a secas o a ciegas. Dos, tres y hasta cuatro veces por mes acudíamos juntos a los lugares que ellos nos señalaban previamente y asistíamos a maravillosas confirmaciones físicas de todo lo que estábamos haciendo... ¿Qué más podíamos pedir?

—¿Cómo se desarrollaron esas sucesivas pruebas físicas?

—Como te decimos, siempre preguntábamos la fecha del próximo avistamiento. Y el «jefe» o «responsable» de cada una de las secciones del grupo realizaba el contacto, obteniendo así el lugar, día, hora y personas que podían acudir a la prueba.

Conforme el grupo fue adquiriendo peso y volumen —consecuencia lógica después de propagarse por todo Perú la noticia de las confirmaciones físicas— el elevado número de miembros hizo necesaria —según me explicaron los propios miembros del «IPRI»— una subdivisión en secciones o grupos menores, a cargo de cada cual fue elegido un responsable o enlace común ante los «guías», elegido siempre por la totalidad del nuevo grupo o sección.

—De esta forma —siguieron contándome— los problemas quedaban reducidos y la «Misión RAMA» podía desarrollarse con más facilidad.

—Y esas confirmaciones de los contactos físicos, ¿eran siempre por escrito?

—Son siempre por escrito.

Y uno de los miembros del «IPRI» —creo recordar que Francisco Tippe Oré, empleado en un colegio de Lima— salió hacia otra de las salas de la sede del «IPRI», regresando a los pocos minutos con varias de estas «confirmaciones» psicografiadas.

Y en ellas pude leer, en efecto, el nombre del «guía» —que casi siempre encabezaba las comunicaciones—, y la especificación del día, hora, lugar y personas que podían asistir a las diversas pruebas. En un ochenta por ciento de las «confirmaciones» que pude consultar se citaba el mismo lugar: los «arenales de Chilca».

—¿Y por qué? —pregunté un tanto extrañado.

—Ese lugar fue elegido por los «guías» desde el primer momento. Según nos han revelado en otras ocasiones, parece ser que hay tres motivos fundamentales.

»En primer lugar, siempre procuran que sus avistamientos coincidan con las coordenadas que ese día y a esa hora concretos deben seguir algunas de sus naves. Es decir, procuran que las pruebas físicas las realicen aquellas naves que necesariamente tienen que pasar por dichos lugares en la fecha y hora indicadas. Chilca, si nos fijamos bien, se encuentra en la trayectoria que siguen los discos cuya base se encuentra al sur de la costa peruana.

»En segundo lugar, los seres del espacio nos han especificado que casi siempre buscan lugares donde exista un alto índice de magnetismo natural...

—¿Magnetismo natural...?

—Sus aparatos—como ya te detallaremos más adelante— aprovechan el magnetismo de los astros para desplazarse en el espacio. Y lo mismo ocurre cuando tratan de acercarse a determinados puntos del planeta.

»Chilca —según parece— reúne esas condiciones.

»Pero hay una tercera razón. Los "guías" procuran siempre que los lugares elegidos sean zonas apartadas de la civilización. Y, al mismo tiempo, que no supongan un grave trastorno de desplazamiento para nosotros.

En aquel instante me hice un firme propósito: viajar a los citados «arenales de Chilca». La curiosidad había entrado ya de lleno en mi corazón...

—Pero, ¿cómo han sido todos estos avistamientos de ovnis?

—Cronológicamente —y a partir de aquellos inolvidables 7 y 9 de febrero—, los «guías» nos fueron citando en los arenales de Chilca a razón de tres o cuatro veces por mes. Generalmente aparecían por la noche. Y siempre a la hora exacta.

»Nosotros acudíamos siempre una o dos horas antes, a fin de mantener comunicación previa con ellos y de seguir las instrucciones o pruebas individuales o colectivas a las que frecuentemente nos sometían.

»A1 principio, como te decimos, eran simples avistamientos de naves. Aparecían en solitario o en formación. Y evolucionaban sobre nuestras cabezas o, simplemente, permanecían fijas e inmóviles durante minutos.

—Pero, ¿por qué no se posaban en tierra?

—Les preguntamos muchas veces sobre esto y siempre obtuvimos la misma respuesta: «Tengan paciencia. Ustedes no están preparados. No podrían controlar sus emociones...»

—Creo que tenían razón —intervino Sixto Paz—. Cuando llegábamos al lugar y veíamos surgir las naves, la a-

legría, la emoción nos hacía saltar el corazón como si tuviera un motor... Algunos de los miembros — especialmente los que acudían por primera vez a la «prueba física»— comenzaban a saltar y a gritar, señalando a las naves... ¿Qué habría sido de nosotros si aquellos aparatos hubieran aterrizado junto al grupo...?

»Sólo algunos meses después —allá para abril o mayo— algunas de las naves, y siempre después de habernos avisado telepáticamente, comenzaron a situarse a unos diez o quince metros del suelo, permaneciendo inmóviles.

«Nosotros no sabíamos entonces que ésa era otra de las formas de «tomar tierra» de aquellos aparatos. Lo descubrimos algunos meses después, cuando nuestros amigos, los extraterrestres, comenzaron a aterrizar y salir de sus naves...

Una vez más quedé atónito.

—Pero, ¿es que también los habéis visto físicamente?

Los miembros del «IPRI» sonrieron.

—Sí, así es. Y no esperamos que nos creas. En realidad, nuestra misión ahora se basa en difundir al máximo lo que estamos viviendo. Y ese contacto físico con ellos ha sido parte también de esos ocho largos meses de preparación.

—Y decís que, al fin, se decidieron a posar sus naves sobre Chilca. Pero, ¿cómo son?, ¿qué formas tienen esos aparatos?

Otro de los miembros del «IPRI» abrió una carpeta y extrajo de ella una serie de dibujos y fotografías.

Y añadió:

—Así son las naves que hemos visto hasta el momento...

XI. LOS RUSOS PISARON PRIMERO LA LUNA

Carlos Paz Wells me mostró una decena de fotografías y dibujos. En ellas pude ver hasta seis o siete tipos distintos de ovnis. Y todos —según me acababan de manifestar los miembros del «IPRI»— correspondían a naves de la «Confederación de Mundos». Todos habían sido vistos e, incluso, fotografiados por el grupo. Eso, al menos, fue lo que me confirmaron...

Y les pedí que me describieran cada una de dichas naves.

—En realidad —comenzó Carlos Paz—, la primera vez que una de las naves «aterrizó» en Chilca no nos dimos cuenta...

Carlos buscó la nave que apareció en aquel «avistamiento» y que, según pude comprobar, era muy similar a la primera que vieron el 7 de febrero.

—No nos dimos cuenta —continuó el joven— porque casi todas las naves que conocemos tienen dos formas de «aterrizar»: una, tocando materialmente tierra, y la otra, permaneciendo suspendida como a unos cinco o diez metros del suelo. Y esto último fue lo que ocurrió cuando, hacia abril y mayo, los miembros del grupo acudimos a las ya habituales confirmaciones físicas.

—¿Y qué características tenían dichas naves?

—La primera que «aterrizó» ante nosotros —aunque fuera en suspensión— era idéntica a la nave que vimos por primera vez el 7 de febrero, en los arenales. Tenía forma de «lenteja» y su diámetro podía oscilar entre los 10 y 15 metros. Pertenecía a «Ganimedes», aunque pueden ser tripuladas indistintamente por habitantes de «Apu» o del satélite citado. En cada una de ellas —según nos han explicado— pueden viajar entre 12 y 18 tripulantes.

»Después, con el paso de las semanas, pudimos ver también las naves que emplean para controlar los «xendras». Pero no nos preguntes ahora qué son los «xendras». Te lo detallaremos cuando llegue el momento...

No insistí, por supuesto. Imaginé que tendrían alguna razón en particular para dejar el tema de los «xendras» para más adelante. Y continuaron con la descripción de las distintas naves.

—El tamaño de este tipo de nave —la que dedican al control de los «xendras»— es mucho mayor. Calculamos que superará los 40 metros de longitud. Tienen una curiosa forma de «salchicha», un tanto curvada.

—Lo que más nos llamó la atención de estas naves —prosiguió otro de los miembros del «IPRI»— fue también su extraordinaria luminosidad. Era tal que no podíamos mirar fijamente...

—¿Se posaron en tierra?

—Éstas sí. Y no disponían de soportes o patas, como en otros modelos. Sencillamente, quedaban sobre el suelo. En otras ocasiones —y esto ya no hemos podido comprobarlo— permanecen inmóviles en el cielo, haciendo posibles las proyecciones de los «xendras».

—Uno de nuestros problemas principales a la hora de verificar las mediciones o de captar los detalles de las naves —terció Sixto Paz— es que esa intensa luminosidad —común a casi todas las naves— no nos permitía concretar los contornos. Se difuminaban. Cuando se elevan, estas naves —que son tripuladas por miembros de «Apu» o «Ganimedes»— despiden una luz blanca por sus extremos.

»También pudimos apreciar que en su parte superior existe una especie de cúpula de un material distinto. Como si se tratara de algo transparente...

Y los miembros del «IPRI» señalaron la zona central y superior del dibujo que habían realizado y que, como digo, aseguraban correspondía a las naves que podríamos llamar «controladoras de xendras».

—¿Y estas otras?

—Esas naves corresponden a «Ganimedes» y al planeta «Apu». La primera és de forma lenticular. Y creo que jamás ninguno de nosotros —apuntó Juan Acervo— ha logrado verlas con detalle. Son las naves más lumino-

sas que conocemos.

»Cuando se posan en tierra desciende de ellas algo así como una rampa. Y por allí entran y salen sus tripulantes.

—¿Cuál puede ser su diámetro?

—Entre 20 y 25 metros. Pero, como te decimos, no estamos seguros de las dimensiones. La luz es siempre tal que los contornos quedan muy difuminados.

«Nosotros conocemos estos tipos de naves y otros dos, que pertenecen al planeta "Apu". Estos últimos son más grandes y cada una de las naves puede disponer de uno o dos pisos. Según hemos podido comprobar personalmente, en cada una de estas astronaves pueden viajar entre ocho y cincuenta seres.

»Pero sabemos que hay otros muchos tipos de aparatos. En realidad, cada planeta de la «Confederación» tiene sus propias naves. Nosotros conocemos los modelos de «Apu» y «Ganimedes» porque son éstos los mundos que se ocupan en esta parte de la misión.

»Y sabemos también de otras astronaves que no pertenecen a la «Confederación», aunque siempre entran en la Tierra bajo el control de aquélla...

—¿Es que la «Confederación de Planetas» vigila a la totalidad de las naves, aunque no pertenezcan a dicho organismo?

—Por supuesto. Eso es lo que sabemos. La «Confederación», como te hemos comentado en otras ocasiones, prohíbe terminantemente la intervención directa en planetas de nivel mental o tecnológico inferior. Y esa prohibición alcanza a todos los mundos habitados de la Galaxia, aunque no formen parte activa de la «Confederación de Mundos».

»De todas formas, ellos disponen de sistemas de control para que en ninguno de estos planetas calificados como «inferiores» —y entre los cuales nos encontramos, pueda producirse una interferencia, por parte de naves que no están asociadas y que «trabajan» por su cuenta.

»Están prohibidas —según nos han detallado los «guías»— las apariciones masivas en grandes núcleos urbanos. Tanto en lo que se refiera a naves como a tripulantes. También están prohibidas las «investigaciones» no programadas por la «Confederación» con seres de esas especies inferiores y, por supuesto, la agresión o destrucción de los habitantes de dichos mundos catalogados como en «vías de evolución inicial».

—Entonces, según esto, hay naves que no pertenecen a la «Confederación» y que, sin embargo, nos visitan...

—Desde luego. Y desde tiempos remotos. La existencia de la Vida en el universo —y concretamente en nuestra pequeña galaxia— es muy anterior a la aparición de la raza autóctona de nuestro mundo. ¿Cómo poder entender esto si nosotros apenas superamos los 80 años de vida?

»No lo sabemos con certeza, pero creemos que muchas de las civilizaciones que han poblado la Tierra antes que nosotros fueron ayudadas de alguna forma por estos seres de la «Confederación», que ya tenían conocimiento hace miles de años de nuestra existencia.

»Y ahora están interviniendo de nuevo, ante lo inmediato de una gran catástrofe.

—Es decir, que estamos perfectamente «controlados»...

—Ellos se llaman asimismo nuestros «hermanos mayores». Aunque en realidad estemos vigilados y controlados no tenemos nada que temer, al menos por su parte... Somos nosotros, los propios hombres, los que estamos destruyendo al hombre.

Uno de los miembros del «IPRI» intervino para leerme otra comunicación. Y quedé asombrado:

«Ustedes deben saber —comenzaba la comunicación— que los primeros en pisar el satélite natural de su planeta no fueron los que pertenecen a la nación llamada Estados Unidos. Los primeros, en verdad, fueron sus actuales competidores, los llamados soviéticos...»

Los miembros del «IPRI» me observaron de nuevo. Y sonrieron una vez más al ver la sorpresa y la incredulidad en mi rostro.

—Esta comunicación procede de nuestros «guías» y en ella nos aclaran quiénes fueron los primeros que pisaron la Luna y qué fue lo que sucedió allá.

—¿Y qué fue lo que ocurrió?

—Es difícil de creer, sí, pero más difícil nos parecía a nosotros la propia visión de las naves y, sin embargo, cuarenta personas han sido ya testigos de su existencia.

»El caso es que algunos meses antes de que los astronautas norteamericanos alunizasen, dos cosmonautas soviéticos lo habían logrado ya y en la cara oculta del satélite. Y lo hicieron en esa zona porque todos los observatorios del mundo —y por supuesto los de la URSS— tenían constancia e infinidad de datos en relación con extrañas luminosidades que habían ido registrándose desde hacía siglos en la superficie de la Luna. Ésa —según nos manifestaron los «guías»— fue una de las razones básicas que impulsaron a los astronautas rusos a descender sobre la llamada cara oculta.

»Y lo que observaron allí les llenó de pavor...

»Uno de los soviéticos descubrió en las proximidades donde habían alunizado algo así como unas instalaciones o edificaciones que, aparentemente, parecían abandonadas...

»Aquello —siguieron contándonos los hombres de «Apu»— les causó sorpresa y finalmente horror. Y ambos, tras comunicar a la Tierra tan sensacional hallazgo, decidieron aproximarse a las instalaciones. Y siguieron acercándose hasta que uno de ellos creyó ver moverse algo entre las edificaciones.

Y disparó su arma.

»Se trataba —según los «guías»— de una de las máquinas o robots que permanecen en la base, al cuidado del mantenimiento de las instalaciones, actualmente en desuso.

»A1 parecer, alguno de los disparos rebotó en el astronauta, que murió. El segundo —presa del pánico— logró

huir y regresar al módulo que orbitaba la Luna, retornando con sus compañeros a la Tierra.

—Pero, ¿cómo no ha sido revelado todo esto?

—Quizá por los mismos motivos por los que otros gobiernos del mundo sostienen en riguroso secreto las informaciones y testimonios sobre ovnis.

»Sin embargo, tenemos constancia de que los astronautas norteamericanos también conocen la existencia de las antiguas instalaciones de la «Confederación». Y, según los «guías», los lanzamientos realizados por distintos «Apolos» de pequeñas bombas nucleares contra la superficie de la Luna no tenían la única finalidad de medir los posibles movimientos telúricos del satélite. Muy al contrario. La verdadera intención de los norteamericanos era destruir dichas instalaciones, cuyas posiciones conocían de antemano.

Estas afirmaciones —que indudablemente sonaban a fantasía para cualquier mente normal— iban a dejarme mucho más perplejo cuando, al regresar a España, descubrí en varias y prestigiosas publicaciones nacionales el texto íntegro de las conversaciones sostenidas por los astronautas Neil Armstrong y Aldrin con la base de Houston, y que habían sido censuradas por la NASA, suprimiendo un total de dos minutos de la grabación original.

La mayoría de los lectores recordará aquel histórico alunizaje del «Apolo 11», en julio de 1969. Pero pocos saben quizá que durante dicho viaje ocurrieron cosas que no han sido comunicadas oficialmente.

Tengo en mis manos un artículo que Sam Pepper publicó en el semanario National Bulletin, de Montreal, el 29 de setiembre de 1969 y en el que aparece —para sorpresa de todos— la conversación sostenida entre Armstrong y Aldrin a su regreso al módulo lunar. Un radioaficionado había captado la onda con la que transmitía el «Command Module Radio Columbia» y de este modo logró cubrir y llenar los dos minutos de retraso que el control de Houston establecía antes de enviar los mensajes de la Luna a las estaciones de televisión. Esos dos minutos de «demora» daban tiempo a la NASA para censurar el mensaje original recibido y para emitir nuevamente aquello que habían grabado en videotape y consideraban apto para ser divulgado al mundo entero. Muchos radioaficionados confirmarían posteriormente la noticia publicada por el señor Pepper.

Pero he aquí el texto íntegro de dicha conversación:

«Houston. ¿Qué es, diablos, qué es? ¡Es lo único que quiero saber!

»Armstrong y Aldrin. Estas pequeñas cosas son gigantescas, son enormes... No, no, lo de ahora era una desfiguración óptica del terreno. ¡Oh, Dios, nadie lo va a creer!

»H. ¿Qué... qué... qué diablos está ocurriendo allí? ¿Qué os pasa, chicos?

»A. y A. Están allí, bajo la superficie.

»H. ¿Qué hay allí? (Desfigurado, ruidos.) Emisión interrumpida, interferencias... Control llamando a «Apolo 11».

»A. y A. Roger, estamos aquí los tres, pero vimos unos visitantes. Estuvieron aquí un rato, observando los instrumentos.

»H. Orden de control: ¡repetid el último informe!

»A. y A. Digo que había otras astronaves. Están alineadas en el otro borde del cráter.

»H. ¡Repetid, repetid!

»A. y A. Dejados sondear esta órbita y a casa... Én 625 al 5... Relé automático conectado... Mis manos tiemblan tan fuerte que no puedo hacer nada. ¿Filmar? Cielos, sí, esas malditas cámaras han filmado.

»H. ¿Habéis captado algo?

»A. y A. No tenía ninguna película a mano (desfigurado), tres disparos de los plátanos o de lo que fuera pueden haber estropeado la película.

»H. Control de mando; aquí, control de mando. ¿Estáis ya en camino? ¿Qué hay con ese jaleo de los ovnis? Cambio.

»A. y A. Han aterrizado ahí. Están en la Luna y nos observan.

»H. Los espejos, los espejos. ¿Los habéis colocado?

»A. y A. Sí, los espejos están en su sitio. Pero quien haya fabricado semejantes astronaves puede seguramente venir y quitarlos mañana mismo del suelo. Cambio y fuera.»

Este sensacional diálogo entre dos de los más destacados astronautas y la base de control, en Houston, fue ratificado, como digo, por otros radioaficionados que lograron captar la onda del «Columbia». Pero también en nuestro país hubo testigos directos de dicho diálogo.

Semanas más tarde —y cuando conversaba en Madrid con un piloto y popular presentador de Televisión Española— sobre el referido y «censurado» diálogo, me comentó:

«Recuerdo que aquella noche me encontraba yo en una de las salas de la estación de seguimiento de Robledo de Chávola. Y en un determinado momento de la transmisión, nos ordenaron que abandonásemos la sala. Al salir pude escuchar a Armstrong que decía: "¡Un momento, un momento...!" Aquello significaba, indudablemente, que había sucedido algo importante. Y Houston no estaba interesado en que se diera a conocer...»

Pero los testimonios en relación con este misterioso capítulo de los viajes «Apolo» a la Luna no terminan ahí.

El doctor Glenn Seaborg, premio Nobel de Física y presidente de la Comisión estadounidense de Energía Atómica, escribía también en diciembre de 1969 en su artículo «Los desconocidos de la Luna»:

«Varias percepciones de los astronautas de "Apolo 11" y "12" indican que en un tiempo no determinable con exactitud aterrizaron otros seres no terrestres. Unas fotos que no se han publicado hasta la fecha, tomadas por el "Apolo 11", demuestran en diversos lugares de la Luna huellas clarísimas, cuyos contornos son extraordinariamente precisos. Posiblemente aterrizaron allí anteriormente otras astronaves que utilizaron la luna como estación de enlace.»

A lo largo del vuelo del «Apolo 12» ocurrieron igualmente «cosas muy extrañas». El 15 de noviembre de 1969, a

las 14 horas 18 minutos, la tripulación de dicho «Apolo» comunicaba a Houston:

«Desde ayer nos acompaña otro objeto volador, lo podemos ver a través de nuestras ventanas cuando el ángulo de la nave es de 35 grados. ¿Qué puede ser?»

Y aproximadamente a las 10 horas 25 minutos tenía lugar la siguiente conversación entre los astronautas y la base de control:

«"Apolo 12". O.K. ¿Qué puede ser?»

»Houston. O.K. Regresamos a nuestro tablero de dibujo.

»A. El objeto es muy luminoso y rueda, sin duda alguna. Su rotación es de 1,5 revoluciones por segundo o, al menos, emite señales en este intervalo. Dick os dirá hacia qué estrella se dirige.

»H. Tal como vemos estas cosas desde abajo, las tablas de revestimiento SLA no recibieron suficiente DELTA V (aproximadamente un pie por segundo) al separarse. Los revestimientos SLA deben de estar a unos trescientos metros de vosotros.»

En este momento, Conrad interrumpió la conversación y dijo:

«Uno de los objetos, sea lo que sea, acaba de salir de su órbita y se aleja de nosotros a gran velocidad.»

Y prosiguió el diálogo entre Houston y la nave:

«A. Podría ser, pero, por Dios, justamente cuando dimos la vuelta vi una de estas "tablas" a gran altura salir de nuestra proximidad. Creo que esa "tabla" se alejó con gran rapidez, a más de un pie por segundo.

»H. Como no tenemos ni idea de cómo desaparecieron o cómo podría ser su órbita, es tremendamente difícil decir qué diablos era.

»Gordon. O.K. Supongamos que era pacífica, como parecía...»

Pero los testimonios de los astronautas sobre la presencia de ovnis en la Luna y, por supuesto, en nuestro mundo, serían tantos y tan amplios, que nos veríamos obligados una vez más a desviarnos del camino que ahora nos ocupa.

Basten, simplemente, estos reveladores diálogos entre Houston y los cosmonautas norteamericanos para hacernos una idea del férreo secreto que han adoptado los gobiernos en relación con el tema ovni.

Sin embargo, las apasionantes revelaciones de los miembros del «IPRI» iban a ser completadas y reforzadas con otro hallazgo no menos intrigante y destacado que me iba a ser expuesto por un ingeniero peruano de Pesca. Un ingeniero que no tenía vinculación alguna con dichos miembros del «IPRI».

XII. OVNIS EN EL FONDO DEL MAR

«Cuando los extraterrestres nos autorizaron, dimos a conocer la noticia. La "Misión RAMA" —así nos lo habían especificado con claridad los "guías"—debía ser difundida. Pero esa autorización para hacer públicos nuestros contactos telepáticos con los seres de "Apu" y "Ganimedes" tardó siete meses en llegar...»

Y entre las impresionantes afirmaciones que el grupo del «IPRI» comenzó a difundir, en efecto, desde finales de agosto de 1974, se encontraba una que iba también a sorprender a cuantos han conocido las declaraciones de los peruanos. Pero, he aquí algo importante.

Entre los que leyeron o escucharon dichas manifestaciones había un grupo de ingenieros de Pesca que quedaron altamente confundidos.

«...La flota de naves de la Confederación de Planetas, y con cuyos tripulantes estamos en contacto, tienen algunas de sus bases en la costa peruana. Concretamente, al norte y sur...»

»Allí se ocultan y allí trabajan en investigaciones submarinas.»

Estas manifestaciones de los miembros del «IPRI» que afirman estar en comunicación con los extraterrestres llegó a oídos de los citados ingenieros peruanos poco antes de que yo pisara Perú. Así me lo confirmaría uno de estos técnicos en pesca de «arrastre» —el señor Belevan—, al tiempo que ponía en mis manos unos documentos que —sin temor a equivocarme— yo calificaría de definitivos.

Porque el ingeniero en Pesca, señor Belevan —que no tenía vinculación alguna con el «IPRI»—, había extendido sobre su mesa de despacho cinco «ecogramas» reveladores.

Cinco «ecogramas» obtenidos —según constaba en el propio documento— en 1969 y en una de las zonas apuntadas en agosto de 1974 por los miembros del «IPRI».

Aquellos «ecogramas» —según palabras del propio ingeniero de Pesca— habían detectado la presencia de cuatro ovnis —en este caso, «objetos submarinos no identificados»— frente a la población peruana de Lambayeque, en el norte del país.

—Yo mismo me encontraba en aquella ocasión a bordo del pesquero Roncal, perteneciente a la compañía «Norpesca S. A.» —me indicó el ingeniero al tiempo que señalaba su nombre, escrito por él mismo en la parte superior izquierda de uno de los «ecogramas».

Los «ecogramas» en cuestión —según las explicaciones del ingeniero— eran el resultado de la utilización de los aparatos denominados «ecosonda» y que forman parte del instrumental requerido hoy en las faenas de pesca. Este tipo de instrumento —encargado de detectar los bancos de peces— es utilizado en la actualidad por la mayoría de los pesqueros del mundo entero.

Pues bien, el ingeniero peruano había tenido la gran fortuna de navegar por aguas donde, al parecer, se encontraban en reposo varios de estos ovnis a los que —años después— harían alusión directa los miembros del «Instituto Peruano de Relaciones Interplanetarias».

«...Son miles de naves —me habían dicho días antes en el "IPRI"— las que se mueven en nuestro planeta. La mayor parte pertenecen a la "Confederación". Y en las aguas de nuestra costa —a la altura de Tumbes, Talara, Chilca, Ica, Lambayeque y otras poblaciones— nos han asegurado que existen dos de estas bases. Dos bases que dirige o manda "Antar Sherart".»

Mi sorpresa, por tanto, al descubrir ahora la existencia de los citados «ecogramas», fue mayúscula.

—En el presente «ecograma» —siguió explicando Belevan— pueden apreciarse perfectamente varias partes. Todas ellas fueron registradas por el «ecosonda» que nos sirve para localizar los bancos de pescado, fundamentalmente de «anchoqueta».

»En una de estas partes del «ecograma», como usted puede ver, el aparato electrónico dibujó fielmente el contorno de dos ovnis, posados sobre el fondo marino.

»En un segundo «ecograma», el Roncal detectó lo que parece parte de un ovni gigantesco. Y al lado, el fondo marino. Y, por último, acaban de enviarme de los archivos de la empresa el tercer ovni —aunque quizá se trate de dos naves en lugar de una—, localizado o localizados en sendos «ecogramas».

»Pero éstos, al contrario que los ovnis anteriores, permanecen inmóviles entre dos aguas.

»Este quinto «ecograma» —efectuado también por mí a bordo del Roncal— revela tan sólo, y como simple comparación, la presencia de una «bolichera», hundida entre las 28 y 36 brazas.

No salía de mí asombro. Cuanto más analizaba los citados «ecogramas» —que el lector podrá encontrar reproducidos a lo largo de estas mismas páginas— más claros aparecían ante mis ojos los contornos de los ovnis...

—¡Pero éste es un documento excepcional! —le comenté al ingeniero.

—Yo diría que definitivo. Es una prueba irrefutable de la existencia de los ovnis. Y lo curioso es que estos «ecogramas» fueron obtenidos en 1969; es decir, mucho antes de que los miembros del «IPRI» lanzaran sus afirmaciones sobre la existencia de las «bases» submarinas... Nosotros, los ingenieros de Pesca, habíamos discutido muchas veces sobre dichos «objetos submarinos no identificados». Y siempre habíamos llegado a la conclusión de que, en efecto, se trataba de naves o discos volantes. Muchos de nosotros —y no digamos los patronos y tripulantes de los pesqueros— los hemos visto entrar y salir, incluso, de las aguas.

»¿Cómo podían saber los miembros del «IPRI» la existencia de dichas «bases» si estos «ecogramas» han permanecido hasta ahora en los archivos de la compañía?

Por supuesto —y ésta es la opinión de cuantos técnicos en la materia analizaron y han analizado las fotocopias de los «ecogramas», actualmente en los archivos de La Gaceta del Norte— los citados documentos parecen auténticos. Resulta realmente difícil pensar en un truco...

—Pero sigamos —comentó el señor Belevan—. Examinemos los «ecogramas». En primer lugar debo decirle que el hecho de que los ovnis suspendidos entre dos aguas sean de un tamaño claramente inferior al de los que aparecen posados en el fondo marino se debe, simplemente, a un fenómeno puramente físico y del que resulta directamente responsable el buque. Me explicaré. A mayor velocidad del pesquero, el tamaño del objeto captado por el rayo catódico del «ecosonda» será igualmente menor. Y en este caso concreto ocurrió así. Los «ecogramas» fueron registrados en distintos momentos del día y a velocidades igualmente dispares.

—¿Y a qué profundidad calcula usted que podía encontrarse el ovni, o los ovnis, que aparecen suspendidos?

—Creo recordar que el barco llevaba una velocidad de «arrastre». Tratábamos de pescar en una pendiente suave y a unas 35 brazas. Una braza inglesa, como sabe, equivale a 1,72 metros.

»Esto significa que el «objeto sumergido no identificado» debía de tener un diámetro aproximado de 18 a 20 metros.

»En el segundo «ecograma» —y, como le digo, nosotros pensamos que puede tratarse del mismo ovni, puesto que el «ecosonda» lo captó pocos minutos después y en la misma zona—, el «objeto» aparece a una profundidad un tanto mayor.

»Fue realmente una suerte que aquel día los peces no apareciesen por ningún lado. Esto nos obligó a utilizar el «ecosonda» numerosas veces, logrando así —y sin querer— este excepcional testimonio.

Según pude comprobar en aquellos días, y posteriormente en España, la forma de los ovnis detectados en los «ecogramas» correspondía a la de las naves típicas, denominadas por muchos expertos en ovnis de «revolución discoidal» y que, repito, los miembros del «IPRI» identificaron como vehículos siderales de las civilizaciones de «Apu» y «Ganimedes».

—...Usted se preguntará —continuó el ingeniero— por qué los ovnis del fondo del océano aparecen más completos y macizos que los suspendidos entre dos aguas... Pues bien, según los ingenieros electrónicos con los que he consultado, parece ser que el eco, cuando marcha hacia el fondo, capta los objetos que puedan encontrarse entre dos aguas, pero «pasa» materialmente sobre ellos, sin señalarlos con la misma fuerza o intensidad que cuando «choca» con el fondo.

»Pero hay algo todavía más interesante —prosiguió—. Después de consultar con varios expertos en la materia me he enterado de que los rayos catódicos que proceden de sonares, radares o ecosondas no pueden captar un ovni en movimiento, ya que el campo magnético que emite o desarrolla la nave al girar su «disco» de sustentación, desvía o anula dicho rayo catódico.

»Sin embargo, no ocurre lo mismo cuando el ovni está detenido. Por eso se explica que nosotros hayamos podido registrarlos en los «ecogramas». Ahora bien, yo me pregunto cuántas veces habremos navegado en zonas donde se deslizan estas naves, sin lograr captarlas en nuestros aparatos electrónicos...

—¿Y cómo pueden ustedes estar tan seguros de esto?

—Bueno, siempre cabe la posibilidad de equivocarse, pero, aparte de lo ya dicho, ahí tiene usted, en los «ecogramas», otra prueba.

Y el ingeniero señaló una franja que se estiraba muy cerca de la superficie y siempre paralela a ésta.

—Es pescado. Un banco de peces. Si hubiera existido el campo magnético los peces habrían desaparecido del lugar.

»Pero le estoy hablando de una sola serie de «ecogramas». Porque hay bastantes más. Sé por otros ingenieros

y patrones de pesca que en esas mismas zonas de Lambayeque se han detectado otros ovnis y también a base de «ecogramas». En estos momentos estoy tratando de reunir el mayor número posible, a fin de someterlos a un exhaustivo análisis.

Pero había más. Porque el mismo ingeniero, señor Belevan, así como otros pescadores peruanos, han sido testigos —y no pocas veces— de las entradas y salidas de dichos ovnis en las aguas del Pacífico.

—Algunos de los patrones de los pesqueros —apuntó Belevan— han llegado a divisar a los propios ovnis. Éste es el caso, por ejemplo, de mi amigo Pablo Prado Segura, que opera en la compañía «Frescomar».

»Navegaba —según me contó— muy temprano, quizás a eso de las siete de la mañana, y con un mar en calma cuando, a unas dos millas y media de la embarcación, observaron un extraño remolino que terminó por formar una ola de unos tres metros. El inesperado e inexplicable oleaje, que zarandeó la embarcación, había sido originado por un ovni que mi amigo y los tripulantes vieron salir de las aguas pocos segundos después. Aquel objeto tomó altura y se detuvo como a unos 60 metros de la superficie, permaneciendo inmóvil algo más de 20 minutos. A continuación ascendió en diagonal a una velocidad impresionante, desapareciendo ante los atónitos ojos de los pescadores.

—¿Describió el patrón el ovni? —interrumpí al ingeniero.

—Sí, y correspondía —¡asómbrese!— a la forma que aparece en estos «ecogramas». Su forma era discoidal y con una especie de «antena» en la parte superior.

»El lugar exacto por donde emergió el ovni —según mi amigo Prado— fue a 27 millas de la isla de Lobos. En aquella zona, el mar alcanza entre 90 y 100 brazas de profundidad. Es decir, el mismo sitio donde otros patrones de lanchas han detectado también «objetos voladores no identificados».

—¿Siempre en el mismo lugar?

—Hasta ahora, sí. Casi siempre donde la temperatura oscila entre los 27 y 29 grados y donde el índice de salinidad llega al 34 ó 35 por 100.

»Y usted podrá preguntarme por qué precisamente en zonas donde el mar reúne ese índice de salinidad. A nosotros nos ha llamado también la atención. Y lo hemos consultado con varios oceanógrafos. Pues bien: ante nuestro asombro, estos especialistas nos confesaron que ellos habían detectado igualmente la entrada y salida de ovnis del fondo de las aguas y que siempre se había producido dicho fenómeno en el único lugar de las costas peruanas donde el mar registra un 34 ó 35 por 100 de salinidad: a saber, frente a las costas de Lambayeque.

»Y estos «ecogramas», al igual que la mayoría de los que tengo conocimiento, se han obtenido en ese lugar del Pacífico. Usted puede comprobar que dicho departamento de Lambayeque es el que alcanza un mayor índice de pureza en sus explotaciones salinas. ¿Por qué los ovnis escogen entonces esta zona para sumergirse? La verdad es que lo ignoramos. Quizás ese mayor índice de salinidad, así como la elevada temperatura de las aguas, facilitan la sustentación o movimiento de dichas naves en los fondos oceánicos... Pero no podemos estar seguros.

»Hay además otro fenómeno interesante que constituye —a juzgar por las coincidencias de opiniones de los que han visto entrar o salir de las aguas dichos aparatos— toda una constante. Los ovnis, por alguna razón desconocida, se sumergen y emergen formando un ángulo de 90 grados con la superficie marina.

Estas afirmaciones del ingeniero peruano me hicieron recordar la cada vez más extendida teoría de que los fondos de los océanos constituyen, desde Dios sabe cuándo, el mejor refugio o «base» para estas naves procedentes de otros mundos.

Nuestro mismo golfo de Cádiz ha sido escenario —en multitud de casos— de ovnis que aparecen y desaparecen súbitamente entre las aguas, zarandeando a veces las embarcaciones y asustando siempre a sus tripulantes.

Y los testimonios en este sentido no son realmente pocos.

—Esas «bases» oceánicas —me respondieron los miembros del «IPRI»— no se encuentran sólo en las costas peruanas. Las hay en muchos océanos. Y especialmente en la Antártida.

»Casi todas estas plataformas o «nidos» de naves pertenecen a la «Confederación de Planetas de la Galaxia». Y escogen el fondo de los mares porque siempre resulta el lugar más seguro e inexpugnable. En algunas de estas «bases» —según nos han comunicado los «guías» —trabajan también en la experimentación y cultivo de las algas y plancton.

Pero había algo que no entendía. Y así se lo expuse de nuevo al ingeniero, señor Belevan:

—Si esos ovnis se encuentran tan próximos a la costa peruana —al parecer sobre la misma plataforma continental—, ¿cómo es que los buques de guerra o la aviación no los han detectado?

—Ése es un error, amigo. Los gobiernos —y entre ellos el mío— tienen perfecto conocimiento del hecho. Y puedo decirle algo más. No hace mucho, el Roncal tuvo que esperar 23 días para que pudieran hacerle la revisión y el pintado del casco, acá, en el dique seco de Lima, porque había llegado un submarino de la Armada en arribada de emergencia. Tenía todo el tanque de proa y las dos salas de torpedos de babor destrozados. Cuando le preguntamos al oficial cómo se había producido el accidente nos dijo que no podía hablar...

»¿Cómo podía explicarse que un moderno submarino, que dispone de los más perfectos instrumentos electrónicos de sonar, radar, etc., no se percatase de que tenía ante su proa todo un enorme obstáculo?

Pero la magnífica prueba de los «ecogramas» no iba a ser mi última sorpresa en este tema de los ovnis. En realidad, los miembros del «IPRI» no habían hecho sino empezar su fantástico relato.

XIII. DURAS PRUEBAS

El primer sábado de julio —si no recuerdo mal— fue un día importante para los miembros del «IPRI».

—Hacía tiempo que nos habíamos decidido a pedir a los «guías» que apareciesen ante nosotros... Pero nunca lo logramos. La respuesta de los seres de «Apu» y «Ganimedes» era siempre la misma:

»«No están preparados. Tengan paciencia. Sus emociones les traicionarían.»

»Y fue preciso un duro «entrenamiento»...

A esta nueva entrevista mía con varios de los miembros del «IPRI» asistió esta vez don Eduardo Elias, ingeniero peruano de unos 42 años de edad. Y fue él quien dirigió la conversación. Habíamos llegado a otro punto culminante: la primera aparición de los extraterrestres a varios de los componentes del grupo que aseguran estar en contacto con aquéllos.

Aquel primer sábado de julio, como digo, iba a ser inolvidable para los miembros del «IPRI».

—Sin embargo —adelantaron—, el camino no fue sencillo. Durante varios meses fuimos sometidos a duras pruebas...

Pregunté el porqué de esas pruebas.

—Al principio —me contestaron— nosotros tampoco acertábamos a entenderlas. Nuestro mayor deseo era ver de cerca a nuestros «guías». Y sólo pensábamos en el gran momento. Pero, a través de las sucesivas comunicaciones, ellos nos hicieron ver con claridad. Era absolutamente necesario que nos sometieran a un «entrenamiento» casi brutal. Feroz. A veces, despiadado. Lo comprendimos poco después, cuando, al fin, se presentaron ante nosotros...

—¿Y en qué consistían esas pruebas?

—Generalmente, antes de que se produjeran los avistamientos o aterrizajes de las naves, los «guías» nos pedían sometiéramos nuestro espíritu a determinadas pruebas. Y en lugares siempre apartados, y de forma individual, nos veíamos sometidos a situaciones en las que era preciso dominar el miedo, la oscuridad, la soledad, etc.

»Antes de que se produjeran las confirmaciones físicas, cada uno de nosotros era «conducido» o guiado mentalmente por los «maestros» hasta lugares desconocidos para nosotros. Y sumidos en la más absoluta oscuridad permanecíamos allí por tiempo indefinido. Sin más compañía que los latidos acelerados de nuestros asustados corazones.

—¿Siempre solos?

—Absolutamente. Ésa era una condición esencial. Y siempre —era quizá lo más lógico— durante las noches.

«Nosotros sabíamos que iba a ocurrir algo. Lo sabíamos porque otros miembros del grupo habían pasado ya en anteriores ocasiones por lo mismo...

»Y el miedo era casi siempre mal dominado por todos. Algunos, incluso, se echaban atrás y escapaban a la carrera del lugar donde habían sido conducidos por los «guías».

»Pero, la mayoría, y pienso que como fruto de lo que ya sabíamos, esperábamos a pie firme, apretando los dientes y los puños cuando sentíamos que el miedo empezaba a deslizarse por nuestra espalda,*

»Era preciso aguantar. Creo que ésta es la palabra —remachó Eduardo Elias—. Y la prueba no se hacía esperar.

»A veces —y en medio del negro desierto— sentíamos voces apagadas y cada vez más próximas. Pero eran murmullos ininteligibles. Y mirábamos asustados y sudorosos hacia todas partes, deseando encontrar el origen de «aquello». Pero las voces se iban... Y quedaba de nuevo el terrible silencio y la soledad. Y los escalofríos recorrían nuestro cuerpo hasta el cuero cabelludo cuando la menor brisa removía la arena o las hojas secas de la escasa maleza... Y era preciso continuar allí, hasta que recibiéramos la orden de regresar con el grupo.

»Los minutos parecían alargarse. Todo, hasta el mismo silencio de la Naturaleza, resultaba hostil, cargado de extraños presagios. Era nuestro miedo a lo desconocido. Ese miedo instintivo que convierte al hombre en un ser irracional cuando sabe que se enfrenta con algo que desconoce...

—Hubo miembros del grupo —apuntó otre de los entrevistados— que sintieron en medio de aquella oscuridad y soledad absolutas como si unas manos invisibles les empujaran hacia delante. Y cuando se revolvían con los cabellos erizados por el pánico, sólo encontraban la espesa oscuridad.

»Y de nuevo debíamos esperar. Esperar algo desconocido. Esperar nuevas voces, ruidos bajo nuestros pies o heladoras «corrientes» de aire que nadie acertaba a averiguar de dónde procedían. Esperar, incluso... nada. Porque siempre esos minutos densos sin que nada ocurriera eran los peores.

»Sólo nuestro deseo de llegar a vencer nuestros propios temores y a dominar la voluntad nos animaba a seguir en aquellas angustiosas pruebas. Angustiosas situaciones por las que hemos tenido que pasar todos y en distintas ocasiones.

»Éste, según nos expusieron los «guías», era un «entrenamiento» del todo necesario para saber dominar nuestras emociones y sentimientos en aquel definitivo instante en que ellos se presentasen ante nosotros. Y, como te decimos, nosotros no supimos entenderlo del todo hasta que ellos no estuvieron frente al grupo...

Y llegó aquel primer sábado de julio de 1974.

—...Acudimos al desierto como tantas veces. A través de comunicaciones anteriores los «guías» nos habían puesto en antecedentes de lo que ellos mismos llamaron «xendras» o «puertas luminosas» en el espacio.

»Así que, cuando en aquel atardecer de julio, observamos junto a uno de los cerros una de aquellas luminosas y extrañas «burbujas» de varios metros de diámetro, todos intuimos que estábamos a punto de conocer algo más. Algo en verdad importante. Los «xendras» iban a ser nuestra primera oportunidad para establecer contacto visual —al fin— con nuestros «guías».

Sin embargo, no me extenderé en este capítulo en la descripción de los aludidos «xendras», cuya importancia desde el punto de vista del estudio de los ovnis es considerable y bien merece una más amplia exposición. Baste con decir ahora —y como mera orientación para el lector— que los «xendras», tal y como me leyeron los

miembros del «IPRI» en una de las muchas comunicaciones facilitadas por los extraterrestres, son «proyecciones luminosas llevadas a cabo desde naves . en vuelo o en tierra».

Al penetrar en dichas «burbujas» luminosas, los miembros del «IPRI» pudieron «trasladarse» —siempre de forma inmaterial— al interior de las naves o, incluso, a otros planetas.

Pero yo desearía centrar el presente capítulo en algo mucho más apasionante y que me había sido apuntado anteriormente por los miembros del «IPRI» con los que conversaba: la primera aparición de los seres del espacio.

¿Cómo se produjo en realidad?

—Era ya el atardecer —continuaron—. El grupo, como otras muchas veces, había acudido al desierto y a la hora indicada. Y cuando caminábamos en una determinada dirección siguiendo la pauta dada por los «guías»—, observamos que Sixto Paz había desaparecido del grupo.

—No podría explicar cómo —intervino el joven en cuestión—, pero sé que me vi como a varios cientos de metros por delante del grupo. Me detuve y, mientras trataba de pensar qué había ocurrido, descubrí a pocos metros de donde yo me encontraba, y junto a la base de uno de los pequeños cerros, algo así como un semicírculo de luz de unos tres o cuatro metros de diámetro. Era brillantísimo y similar al que pocos minutos antes habíamos descubierto al empezar a caminar. Sentí temor... Estaba solo y, aunque conocía lo de los «xendras», no sabía qué iba a ocurrir y por qué me había adelantado a los demás... Sentía ganas de correr y buscar a los otros, pero —no sé bien por qué— me puse en comunicación con «Oxalc», mi «guía».

»Y en ese instante vi salir de aquella especie de «burbuja» luminosa la figura de un ser muy alto y que también despedía una extraña luminosidad. Me hizo señas para que me acercara...

»Yo volví a mirar atrás, pero seguía sin ver al grupo. Ni siquiera les oía. ¿Qué debía hacer?

«—Ven, acércate —me dijo mentalmente mi «guía»—. Soy «Oxalc»...

»Y a pesar de todas las enseñanzas, a pesar de las muchas pruebas a que había sido sometido, a pesar de mis enormes deseos por llegar a conocer a los extraterrestres, me invadió un miedo profundo. Pero, algo había en aquella figura que me fue tranquilizando... Luego pensé que pudo ser su apariencia de bondad, su permanente sonrisa.

»Y me fui acercando. Muy poco a poco. Tropezando.

»—Acércate —volví a escuchar en mi cerebro—. Es preciso que pases la prueba del «xendra».

»Y sin saber cómo ni por qué entré en aquella luz blanca, cegadora...

—Pero, ¿cómo era aquella figura?

—Lo que más me llamó la atención es que no era de carne y hueso. Se trataba, según comprendí después, de una proyección, de una imagen de uno de los extraterrestres. ¡Era «Oxalc», mi «guía»! Pero, a pesar de su intensa luminosidad, parecía real.

»Yo apenas si le llegaba al pecho. Era muy alto. Como dos metros. Y vestía una especie de túnica blanfe; muy amplia. El cabello era largo y de un color blanquecino o rubio. La luminosidad me impedía concretar...

»Sus ojos y cejas eran oblicuos. Y más separados que en los orientales. También su mentón me extrañó. Era más afilado que el humano. No vi nada que lo distinguiera fundamentalmente de la especie humana, de no ser su extraordinario tamaño.

»Aquél iba a ser el comienzo de toda una serie de nuevas experiencias. Los «guías», prudentemente, querían prepararnos así para el definitivo contacto físico y directo.

»Y todos, durante varias semanas, «pasamos» los «xendras».

Pero, ¿qué había detrás de estos singulares fenómenos luminosos? ¿Qué vio, qué fue lo que sintió Sixto Paz y los que posteriormente penetraron también en las «burbujas» luminosas?

Y Sixto se dispuso a contármelo...

XIV. LOS «XENDRAS» Y EL «CONSEJO DE LOS 24 MAYORES»

—Entrar en un «xendra» es como penetrar en un «pasillo» donde lo único que puedes apreciar es luz...

»Eso fue lo que vi y eso fue lo que todos vimos durante aquellas semanas de julio.

Interrogué al resto del grupo que acompañaba a Sixto Paz en nuestra conversación y todos respaldaron las palabras del joven.

Pero, ¿qué demonios eran un «xendra»?

Uno de los peruanos me extendió una revista argentina —creo que 2.001— y me señaló una fotografía. En ella se veía un paisaje montañoso, y en la falda de una de las colinas, una mancha blanquecina en forma de semicírculo.

—Esto es un «xendra» —comentó—. En una ocasión fue fotografiado en Argentina, pero nadie supo de qué se trataba. Nosotros, al verlo ahora, lo hemos identificado al momento. El fotógrafo —no sabemos cómo— se encontraba muy cerca de este «xendra» y disparó su máquina, al parecer pensando que se trataba de un ovni.

—Pero quizá tú preguntas qué entienden los seres del espacio por un «xendra». Cuando nosotros solicitamos una respuesta concreta, los «guías» nos respondieron: «Los "xendras" pueden considerarse como orificios interdimensionales creados en forma artificial y que obedecen a mecanismos de acción vibratoria.»

»En otras palabras —prosiguió Sixto—, algo así como una proyección luminosa, generalmente provocada por una o varias naves que permanecen a poca distancia del lugar, y que permite el «traslado» —por emplear una palabra comparativa— de nuestra imagen a cualquier otro lugar.

Quedé pensativo, tratando de imaginar uno de aquellos «orificios interdimensionales». Pero, sinceramente, no pude sostener la imagen por mucho tiempo. Y pregunté más confundido que antes:

—Pero, ¿cómo pueden...?

—Para ellos resulta sencillo. No podemos olvidar que su tecnología va miles de años por delante de la nuestra. Además, y debido a su alto nivel mental, estos seres gozan también desde que nacen de un sexto sentido que les permite, entre otras cosas, separar con absoluta normalidad su «cuerpo vital» —formado por ondas electromagnéticas— del llamado cuerpo físico visible.

»Para ellos, por tanto, no resulta penoso proyectar sus imágenes o las de otros cuerpos o seres allí donde lo deseen.

—Para estas operaciones —señaló otro de los miembros del «IPRI»— suelen dedicar unas naves muy concretas y que creo ya te hemos detallado en otra ocasión. Me refiero a las astronaves con forma de «salchicha» y que pueden posarse en tierra sin necesidad de soporte alguno.

Me volví hacia Sixto Paz y le rogué continuara su relato inicial. Aquel en el que —por primera vez— un miembro del «IPRI» lograba penetrar en un «xendra».

—...Fue emocionante —afirmó Sixto—. Todo el miedo y la sorpresa que me habían llenado durante segundos desaparecieron en el mismo instante en que —siempre en compañía de mi «guía»— me adentré en aquel largo y cegador pasillo luminoso. Y mi miedo se transformó en una sensación de descanso y felicidad. Fue como cambiar el desasosiego y el terror por la paz, por la calma.

»Dentro del «xendra» no había nada. Sólo luz. Una luminosidad blanca constante que me confundió.

«Interrogué a «Oxalc», y éste contestó:

»—El «paso al xendra» responde a varios objetivos. En ellos recibiréis una enseñanza superior, en relación con la misión. En otros momentos se os abrirá el camino de las naves o de planetas que interesa conozcáis.

»Y así fue. Durante las cuatro semanas de julio, un total de 12 personas del grupo fuimos adiestrados en el «paso de los xendras». Y nos familiarizamos con las imágenes de algunos de los «guías» y pudimos «pasar» en proyección a sus naves e, incluso, cuatro de nosotros fuimos proyectados a dos de sus mundos: «Apu» y «Ganimedes».

Aquellas afirmaciones de Sixto Paz se presentaban en mi mente tan apasionantes como fantásticas. Pero, a pesar de mis graves dudas, decidí continuar. Y el grupo prosiguió:

—...Juan Acervo, Alejandro Oré Tippe, David Rodríguez Reaño, Marina Torres, Guillermo Duffo, Rosita Paz, Eduardo Elias, Enrique Betancurt, Oscar González, Adolfo Perret y Carlos y Sixto Paz Wells pudieron conocer así, mediante el «paso a los xendras», el interior de sus discos, y en el caso concreto de Acervo y los hermanos Paz Wells los mundos, las ciudades, las sociedades y la forma de vivir de los habitantes de «Ganimedes» y «Apu».

—Al principio —continuó Sixto Paz— fuimos adiestrados unos pocos. Y éstos condujeron al resto al interior de cada uno de los «xendras» que los «guías» habían especificado. Porque no todos los «xendras» son iguales... Los que utilizan para el «paso» a las naves difieren de los empleados en la «proyección» a los planetas. A estos últimos los denominan «xendra IV» y los definen como «un paso intergaláctico no dimensional específico, según ajuste de referencias de estructuras fisiológicas positivas».

»No nos preguntes su significado porque nosotros tampoco alcanzamos a interpretarlo. Nos hemos limitado a darte la definición que ellos mismos nos han proporcionado.

—¿Y han seguido produciéndose nuevos «pasos a xendras»?

—Sí, aunque ahora ya no tienen el mismo carácter de prueba. Ahora los emplean para una ampliación de nuestros conocimientos, así como para la revisión de la marcha de la «Misión RAMA».

—Hubo una ocasión —señaló otro de los miembros del grupo— en la que llegamos a contemplar hasta tres «xendras» juntos. ¡Fue hermoso!

—Por cierto, y ahora que recuerdo, ¿qué ocurrió aquel primer sábado de julio con el resto del grupo que no entró en el «xendra»?

—Una vez en el interior —continuó nuevamente Sixto— y después de sostener una conversación telepática con mi «guía», éste me indicó que iba a asistir a algo importante. Y sin saber cómo, me vi en otro lugar que no era el «pasillo» luminoso del «xendra». Era también un lugar muy iluminado en el que había 24 seres. Pero, ¡oh Dios!, no eran seres como «Oxalc» o como los hombres...

»Eran los «24 Mayores o Mentores», según supe por «Oxalc». Aquellos 24 seres, muy distintos entre sí, estaban sentados a lo largo de una especie de mesa. Eran los 24 ancianos o sabios, por llamarlos en un lenguaje terrestre, que dirigen en la actualidad la «Confederación de Planetas de la Galaxia». Ellos habían sido designados para velar, dirigir y planificar el desarrollo de los planetas que se mueven en este rincón del Universo. Su grado de perfección y sabiduría es tal que han sido elegidos por la totalidad de los millones de mundos para dicho cometido.

»Y entre aquellos 24 Mayores o Mentores había uno —según supe después— que forma parte de la «colonia» existente en «Ganimedes».

»Pero sus formas eran muy distintas a las de nuestros «guías». Creo que de no haber sido por la total y misteriosa bondad que irradiaban me habría desmayado. No eran formas humanas...

»Los «guías» nos han explicado muchas veces que la vida no es igual en el Cosmos. Nosotros estamos apoyados en unos sistemas concretos y que nuestros científicos han calificado acertadamente como el sistema de la proteína del agua. Pero otros miles y millones de seres igualmente inteligentes no son así. Y yo pude verlo en aquel «Consejo» de los llamados «24 Mayores o Mentores».

»Y al regresar a Lima todos reflexionamos sobre la sabiduría y prudencia de quienes habían programado la «Misión RAMA», puesto que los «guías» designados para tal cometido eran de formas similares a las nuestras. Quizá no hubiera sido posible si los extraterrestres asignados para rescatar a la raza humana hubieran dispuesto de esquemas físicos diferentes al nuestro...

»Pero había algo más en aquella «visión» del «Consejo de los 24 Mayores». Y me llamó tanto la atención que pregunté su significado. En mitad del «Consejo» pude ver una canastilla de flores sencillas y hermosas. Flores que yo nunca había visto antes, pero que me emocionaron por su belleza. Y mi «guía» respondió:

»—Ésa es la representación de lo que ustedes denominan Dios, y que nosotros, en la Galaxia, llamamos «Profundo».

«Aquella canastilla repleta de flores y que se encontraba situada en mitad del «Consejo de los 24 Mayores o Mentores» de la Galaxia era la representación que hacen los seres del espacio de Dios o el «Profundo», como ellos lo designan.

»—Pero, ¿por qué?, pregunté de nuevo. ¿Por qué representan a Dios con una canastilla de flores?

»—Porque Dios —tal y como ustedes lo llaman— es la sencillez, el amor y la belleza. ¿Y dónde mejor representado todo ello que en la Naturaleza? El «Profundo» es un Dios de amor. Un Dios que lo llena todo porque todo en el Universo fue creado por Él.

«Cuando algún tiempo después —no sabría cuánto— me vi de nuevo en el desierto, cuando comprendí que la prueba había concluido, me sentí como un niño. Y mi espíritu, tampoco sé por qué, estaba lleno de dicha y de paz. En aquel instante, el grupo se acercó a mí y comenzó a interrogarme...

»Todos deseaban saber qué había sucedido. Por qué había desaparecido de pronto y por qué se había esfumado igualmente aquella «burbuja» luminosa.

»Pero cada uno iba a vivir por sí mismo lo que yo acababa de conocer a través del «xendra».

Mientras observaba detenidamente la fotografía que uno de los miembros del grupo me había facilitado al comienzo de nuestra charla, recordé algo que meses antes —en otro de mis viajes por el sur de España— había escuchado de labios de Osuna:

—...Y aquella noche, en uno de los cortijos próximos al pueblo de Rodana, los perros de la finca comenzaron a ladrar desesperadamente. Cuando llegaron los amos al lugar descubrieron aterrados una especie de «rectángulo» de luz que se levantaba inmóvil sobre el suelo.

Y antes de que se me fuera de la mente, comenté este hecho con los miembros del «IPRI».

—A veces —respondieron—, según nos han comunicado, las naves efectúan pruebas de proyección en lugares apartados. Y puede que algunas personas hayan podido descubrir dichos «xendras». Éste fue el caso, por ejemplo, de la fotografía que tienes en las manos.

—Pero regresemos a vuestras «conversaciones telepáticas» en el interior de dichos «xendras». ¿Sobre qué trataron?

—No podríamos resumírtelas en una tarde, ni en un día, ni siquiera en un mes. Porque fueron cientos de preguntas. Sin embargo, sí hubo una que todos —y de forma individual— planteamos a nuestros «guías». Una pregunta que, en el fondo, todos nos la hemos hecho alguna vez a nosotros mismos. Y que quizá por eso te interese por encima de todas las demás.

—¿Y cuál es esa pregunta?

—Todos, en algún momento, quisimos saber qué era y qué significaba Dios para los extraterrestres...

XV. EL PROFUNDO

El «Profundo». Quizás haya sido éste uno de los capítulos que más me ha hecho reflexionar. Y no sabría decirles por qué. Pienso que quizá los hombres del «IPRI» tenían razón al afirmar que todo hombre —aunque sólo haya sido una vez en su vida— se ha preguntado realmente «qué es y qué representa Dios».

Todos aquellos cuya fe en ese Dios se ha ido perdiendo —¿o quizá degradando?— con el paso de los años, nos hemos detenido alguna vez, pocas, eso sí, a la vera del camino a fin de palpar nuestra propia alma y ver si todavía seguía allí. Y habría que ser muy necio para negar que en esos instantes de absoluta sinceridad, algo —tampoco sé el qué— nos atenaza las entrañas, como reprochándonos tanto vacío y tristeza...

Pero, como digo, no sabría decirles el qué.

Por eso —pienso—, las palabras de los miembros del «IPRI» sobre lo que los extraterrestres llaman «Profundo» me hicieron bajar la guardia. La guardia de un hombre que —insisto— ha ido perdiendo la fe al mismo ritmo que las ilusiones.

—...¿Qué es Dios?, preguntamos a nuestros «guías». Y ellos —aunque éste tampoco es el fin de la «Misión RAMA»— nos respondieron: «Lo "profundo", aquello que no comprendes y que está más allá en bondad y positivismo, eso es Dios.»

»Pero no trates de comprenderlo —han insistido muchas veces los seres del espacio—. ¡Vívelo!

Era Sixto Paz Wells el que me hablaba. Uno de los miembros del «IPRI» al que yo sólo podría definir con una única palabra: «sencillez».

—Entonces, ¿es que el Dios que nos han enseñado es el mismo que el de los seres que habitan el Universo?

—El «Profundo» o la Eterna Fuerza o la Unidad o la Perfección o Dios —nos han explicado los «guías»— es único en todo lo creado. Esa fuerza, ese profundo, es el gran Hacedor de cuanto vive y muere a todo lo ancho y alto del firmamento. Así nos lo han confirmado. Y nada —tenlo bien presente— nos ha producido más alegría en el corazón...

»Sólo hay un Dios o Profundo. Y esa Fuerza —porque ni siquiera nuestros «guías» lo conocen todavía— es la que rige, vela y dispone, a través de lo que los extraterrestres han llamado «Planes Cósmicos» y que nosotros —a lo largo de todas las religiones que predicán el Amor— hemos dado en definir como «Planes Divinos».

—Dios o el Profundo —apuntó otro de los miembros del «IPRI» que asistía a nuestra charla— es un todo cósmico. Es un Dios de amor. ¡Nosotros, los terrestres, no hemos «inventado» a Dios! ¡No tenemos la patente ni la exclusiva...! El Profundo viene gobernando y llenando el Universo, que es su obra, desde siempre. Y noso-

tros —los que ahora llenamos este planeta— justamente acabamos de descubrirlo.

—Ellos —prosiguió Sixto Paz—, cada uno de los seres del Universo, han sido creados por el Profundo o Dios. Igual que nosotros. Todos los seres inteligentes del Cosmos —tanto los más elevados como los que todavía estamos en fases más bajas o primitivas— procedemos de Él, de esa Fuerza, de esa Suprema Sabiduría y Amor que todo lo llena y todo lo sostiene.

Aquellas afirmaciones de Sixto sobre las seres «más elevados y los que todavía estamos en fases más bajas o primitivas» me iban a dar muchos quebraderos de cabeza. Y ahora, en frío, me pregunto muchas veces si no habrán sido las grandes responsables de que este libro-reportaje vea la luz...

Pero sigamos. Porque tiempo habrá de extendernos sobre lo que los extraterrestres consideran «cielo» e «infierno», «eternidad» y muerte.

Cuando los miembros del «IPRI» comenzaron a hablarme sobre el Profundo, una idea se hizo fija en mi cerebro: «este grupo trata de formar una secta religiosa».

Pero no tuve la oportunidad de acariciar aquel pensamiento durante demasiado tiempo. Porque ellos mismos — ante mi sorpresa— salieron al paso de dicha idea:

—...Pero estas comunicaciones sobre Dios —aunque han sido las más grandes enseñanzas que nos han proporcionado los extraterrestres— no son la base ni el objetivo de la «Misión RAMA». Porque su fin, como ya te hemos dicho, es otro. Es puramente físico. Es, desgraciadamente, un rescate. El de miles de seres humanos que no deberán sucumbir ante la próxima gran catástrofe que sufrirá nuestra civilización.

«Nosotros —que quede bien claro— no tratamos de hacer adeptos. Ellos nos han pedido que, simplemente, «sembramos». Cada uno sabrá apreciar lo que de bueno haya en estas enseñanzas. Pero eso es todo. Nosotros no queremos formar sectas o seudoreligiones. Sería absurdo.

»Ellos, nuestros «guías», dicen:

»—Cualquier doctrina, aun la más pequeña o incluso la tuya propia, es la mejor para elevarse si se lleva con sinceridad y fe. Son ustedes mismos los que deben darse cuenta de sus errores. No esperen que alguien venga a descubrirselos. Busquen el amor. Crea un clima de amor. Vivirás más feliz siendo útil a los que te rodean...

Sixto Paz había traído hasta mí algunas de las «comunicaciones» o «enseñanzas» que ellos aseguran les han sido dadas por los habitantes de «Apu» y «Ganimedes».

Y leí:

«Hermanos. El hombre busca en la oscuridad la luz. Así busca la ignorancia el conocimiento. Es pues que debéis ir a la búsqueda de vosotros mismos. Sólo así podréis buscar horizontes más lejanos.»

Aquella —así de simple—, escrita a mano sobre una ficha de cartulina, era una de las muchas comunicaciones que el llamado «guía» «Godar» le había proporcionado al grupo.

Más adelante, en otra comunicación perteneciente al «guía» denominado «Qulba», podía leerse:

«Recordad que el hombre permanece en el rincón de la oscuridad por temor a que la luz de la Verdad le deje ver cosas que derrumbarían sus conjeturas.»

Pero quedaban muchas preguntas que formular sobre el «Profundo».

—Estas cosas sobre Dios —les indiqué— ya las conocíamos... Creo haberlas leído en los libros sagrados.

—Así es. En cierta ocasión, uno de los miembros del grupo le comentó a su «guía» que aquel mensaje de Amor ya lo había leído en los Evangelios. Y el «maestro» le respondió: «No sólo lo leíste, sino que también lo comprendiste. Pero, ¿acaso lo cumpliste?»

—¿Qué opinan ellos sobre los libros sagrados?

—Todos los libros sagrados de todas las religiones que hablan de amor son sagrados. Y no es un juego de palabras. Nuestros «guías» nos han dicho que, al igual que la Biblia, el resto de esos libros que otras religiones consideran «sagrados», es considerado por ellos como libros santos. ¿Por qué? Porque llevan un mensaje de amor. Y Dios es precisamente eso: amor. Otros mundos, distintos al nuestro, disponen también de enseñanzas —no necesariamente en «libros sagrados»— en las que se hace patente y claro el único mensaje que mueve o que debe mover a cada ser: la búsqueda de la Suprema Sabiduría o Profundo o Dios...

»Porque todo ser inteligente ha sido creado por esa Fuerza y a Ella tiende. Y el único sendero para llegar a Ella es el de la perfección.

—Y ellos, los seres del espacio, ¿están más cerca que nosotros del Profundo?

—Te leeremos lo que nos respondieron a esa pregunta concreta: «Nosotros también estamos en la búsqueda de la Perfección y de la Verdad. Pero no nos pregunten cómo es lo que ustedes llaman Dios porque ese camino es largo y nosotros apenas si hemos comenzado a caminar.»

—Pero, ¿cómo es Dios para ellos?, ¿cómo lo representan?

—Ése es nuestro error. Según las «comunicaciones» recibidas, ellos no tienen más representación de Dios que la de la propia Naturaleza. Porque en su belleza y sabiduría, en su amor y sencillez está la Verdad. Por tanto, en sus mundos no tienen templos.

»Cada ser —nos han dicho— lleva en sí al Profundo. Y eso basta y eso le basta.

»Sólo ante el Consejo de los «24 Mayores o Mentores» hemos visto la representación de Dios. Aquella canastilla llena de flores simples y hermosas era y es para los habitantes de nuestra galaxia «el Profundo».

—Entonces —insistí—, ¿todos los hombres que vivan en el Amor están en el camino de la Verdad?

—Es que ése es el único sendero de Perfección. Y de eso hablan todos los libros que ellos y nosotros consideramos sagrados.

»La Biblia, en efecto, es un libro santo e inspirado por el «Profundo» o Dios. Porque en él —al igual que en el resto de los libros de otras religiones de la Tierra— se ha sembrado la semilla de la esperanza y de la Verdad. Quizá nosotros no habíamos comprendido muy bien muchos de los capítulos de estos libros sagrados. Pero a-

hora sí, ahora estalla ante los ojos como una luz vivísima.

»En la Biblia y en otros testimonios santos —que nosotros hemos empezado a descubrir ahora— se manifestó entonces, hace miles de años, la «gloria de Dios». ¿Y sabes qué es en realidad la «gloria de Dios»? La fuerza de sus enviados. La fuerza que, en forma de naves o de luz o de otras manifestaciones, apareció en multitud de ocasiones ante los aterrorizados ojos de civilizaciones que no podían siquiera asimilar la idea de la propulsión, de la técnica de los viajes espaciales y mucho menos de unos seres que procedían de otros mundos. Para aquellas gentes, para todos cuantos pudieron ver cualquiera de estas naves, «aquello» —indudablemente— era la «gloria de Dios». Y es que en verdad lo era y lo es. Porque nuestros hermanos extraterrestres están aquí con una misión prevista por los que están más próximos al «Profundo».

»Ellos, los seres del espacio, velan por nosotros desde que el hombre comenzó a dar sus primeros pasos por el Globo. Todos los pueblos, todas las civilizaciones, todos los testimonios escritos de la historia de la Humanidad recogen en numerosas ocasiones la presencia de estos seres que no pertenecían a nuestro mundo y que fueron asociados, lógicamente, con «ángeles», «enviados» y, como te decimos, con la «gloria de Dios».

»Hoy, miles de años después, el hombre entiende y conoce la técnica. No le repugna la idea de otros mundos habitados. Y puede imaginar y asimilar conceptos técnicos que habrían desbordado la mente —no ya de los egipcios o acadios—, sino de nuestros propios abuelos.

»Pero nosotros no hemos sabido interpretar esas manifestaciones de los seres del espacio en la actualidad. No hemos comprendido aún que su maravillosa presencia en nuestro mundo es la más viva y definitiva prueba de la Verdad que llena el Universo. Una Verdad tan inmensa que nos obligará a «caminar» durante toda una eternidad...

—Entonces, ¿hay unos «planes cósmicos» o divinos?

—Perfectamente trazados por la Suprema Sabiduría, por esa Fuerza o Unidad o Dios o como lo queramos llamar, que es la que sostiene y crea.

»Y nosotros —según los «guías— estamos alterando el equilibrio natural previsto por el «Profundo».

—¿Por qué?

—Los «guías» nos han dicho que siempre caemos, que siempre retrocedemos en la evolución porque nuestro espíritu, nuestro nivel mental, no marcha al mismo ritmo que nuestra ciencia y nuestra técnica. Y hemos antepuesto —una vez más— esa técnica y el egoísmo y la materialidad a los valores de lo que realmente permanecerá, que es el Espíritu.

»Ustedes —nos han explicado ellos— no conocen la fuerza de su mente y de su espíritu. Ustedes deben cuidar sus mentes. Protéjense de ustedes mismos. El temor y el equívoco acechan al ser que pugna por salir. Lo que el Universo da es lo que el hombre encuentra en su corazón. Porque el conocimiento del espíritu está en el hombre mismo.

»Los «guías» saben que nuestra civilización ha perdido de nuevo el rumbo de la nave y tratan de decirnos que sólo el Espíritu seguirá vivo. Que desarrollemos, precisamente, todo lo que sea del Espíritu y para el Espíritu. Porque ellos también nos han hablado de la muerte y de lo que nos ocurrirá después. Porque ellos, los seres del espacio, lo conocen.

Quedé sumido en mis propios pensamientos.

Era hermoso, no cabía duda. Pero mi fe —desaparecida hace ya no sé cuánto— no pareció estremecerse siquiera. Hasta el momento, se trataba de palabras. Sólo hermosas palabras...

XVI. LA CATÁSTROFE

—Y llegó el gran día. Porque para nosotros fue histórico. Y tan decisivo como terrible...

Días después de haber sostenido la última charla con los miembros del «IPRI», en la que me expusieron el concepto y la idea que de Dios tienen los extraterrestres, volví a la sede del «Instituto Peruano de Relaciones Interplanetarias». El relato, como digo, sólo acababa de empezar.

Y llegamos al mes de agosto, fecha en que —según dichos miembros del «IPRI»— iba a tener lugar la primera aparición física de los extraterrestres.

Y éste fue su relato:

—...Fue terrible —insistieron— porque terrible es comprobar el fin de algo que se ama. Nosotros íbamos a ver aquel día el fin de nuestra civilización.

—Pero, ¿cómo?

—El grupo había recibido la confirmación para una nueva prueba física. Y aquel sábado —primero de agosto— nos encaminamos al desierto, al lugar que se nos había señalado.

»Y al llegar la noche, como siempre, establecimos un contacto telepático previo. Y se nos pidió que estuviéramos preparados porque aquella comunicación formaba parte de la misión y de una forma importante.

»Hasta que a la hora fijada descubrimos en el cielo una única nave. Era similar a las que ya conocíamos y que los «guías» habían identificado como pertenecientes a los habitantes de «Apu».

»Permaneció inmóvil durante unos minutos. Nosotros nos encontrábamos a más de ochenta metros del lugar sobre el que se había situado.

—¿Cómo era?

—Correspondía al tipo de astronave de dos pisos. Y brillaba intensamente. Era necesario acostumbrarse a su luz... De lo contrario, los ojos te comenzaban a llorar. Todos nos protegíamos al principio con las palmas de nuestras manos o con los brazos.

—Y en silencio —prosiguió otro de los testigos de aquel «avistamiento»—, la nave se fue acercando al suelo. Y quedó en tierra mientras en nuestros corazones comenzaba a germinar un presentimiento...

»«¿Bajarán hoy?»

»Y de pronto, cuatro de los miembros del grupo que contemplábamos la nave se separaron del resto, indicándonos que esperásemos allí.

—Habíamos recibido una comunicación —intervino Sixto Paz, que iba a ser uno de los cuatro protagonistas de aquella confirmación física—, y los cuatro, mi hermano Charlie, Juan Acervo y Francisco Oré Tippe, nos adelantamos hacia la nave. Había sido una comunicación telepática simultánea.

—¿Y en qué consistía dicha comunicación?

—Se nos pidió que nos acercáramos. Y así fue. Llegamos hasta diez o veinte metros de aquella enorme nave y aguardamos, sobrecogidos por la grandiosidad de sus luces y de sus dimensiones.

—¿Cómo era?

—Pasaría de los 25 ó 30 metros de diámetro. Y no disponía de patas o de ningún otro soporte que la sustentara sobre tierra. En ese momento, descendió por uno de sus costados algo así como una rampa, que fue lo único que, a primera vista, quedó en contacto con el suelo del desierto.

»Y en seguida y en silencio vimos aparecer por dicha rampa a uno de los tripulantes de la astronave...

Sixto y el grupo hicieron una leve pausa. Era como si aquellos instantes de recuerdo avivaran en sus mentes una imagen que, de todas formas, nunca matará el tiempo. Y continuaron:

—Instintivamente, dimos un paso atrás... Todas nuestras enseñanzas, todas nuestras pruebas anteriores, todo el «entrenamiento» y el conocimiento que, incluso, teníamos de las figuras de nuestros «guías» nos había servido de bien poco... ¡Porque aquella no era una proyección! ¡Aquél era uno de los extraterrestres, en carne y hueso!

»Mentalmente nos indicó que no nos asustáramos. Y esperó en la rampa, inmóvil y sonriente. Y poco a poco sentimos cómo nuestros corazones latían más lentamente y cómo el sudor frío de nuestras manos y de nuestras espaldas iba desapareciendo. Y la confianza fue llenando otra vez nuestros espíritus.

»Entonces, el tripulante de aquella nave —que no era otro, según supimos después, que el propio «comandante» de la flota, «Antar Sherart»— nos señaló que nos aproximáramos a él. Y sentimos en la mente la misma voz que nos había pedido que abandonásemos el grupo.

—¿Y qué decía aquella «voz»?

—«Venid. Entrad conmigo porque hay algo que debéis saber.» Muy lentamente, después de consultarnos unos a otros con la mirada, comenzamos a caminar hacia la rampa, mientras el enorme ser nos seguía haciendo señales para que acudiéramos.

—¿Enorme ser...? ¿Cuál era su aspecto? ¿Cómo vestía?

—Tenía más de dos metros y no llevaba túnica, como en otras ocasiones. Aquella indumentaria correspondía a lo que pudiéramos llamar «trajes espaciales». Era brillante y como metálico. Y muy ajustado al cuerpo. Usaba unas botas hasta por debajo de las rodillas y su color era amarillento. Muy parecidas al bronce... El cabello era blanquecino y le colgaba hasta los hombros. Y sus ojos y cejas eran idénticos a los que ya habíamos visto en otras ocasiones. Oblicuos y más separados que en los humanos.

»Antes de penetrar en la nave recuerdo que volvimos a detenernos. Teníamos miedo. Pero Charlie —más decidido— tiró casi del grupo y entramos en una especie de gran sala circular, igualmente iluminada.

—Era como si aquella intensa luz blanca —añadió el citado Carlos Paz— saliera de las mismas paredes de la nave. Pero no vimos bombillas ni foco alguno» No acertábamos a comprender de dónde podía salir...

»Nos quedamos quietos, temblorosos, y el «comandante» nos señaló que le siguiéramos.

»En aquella sala, completamente circular, había varios seres vestidos de forma muy similar a la del «comandante». Al entrar se volvieron hacia nosotros y después continuaron frente a los paneles de mando. Pero era curioso. No había salientes. Todo estaba empotrado en las paredes de la nave. Los asientos de los tripulantes eran giratorios y parecían salir del piso.

—El suelo —añadió otro de los cuatro protagonistas— era muy esponjoso. Y también estaba iluminado.

»El «comandante» nos llevó hasta el centro de la sala y nos mostró un aparato —también circular— que parecía como una pila «bautismal», pero que estaba cubierto con una cúpula transparente. Aquello —nos indicó— era uno de los sistemas de localización de la zona por donde la nave se movía. Toda la orografía, todos los detalles de cualquier lugar aparecían en aquel aparato cuando la astronave se desplazaba.

»Los tripulantes seguían frente a sus paneles y pudimos observar cómo pasaban sus manos sobre unas luces de diversos colores, encerradas a su vez en otras semiesferas.

»Según la colocación de las manos sobre dichas luces —y al parecer hay hasta tres posiciones distintas— se logra uno u otro efecto. Depende de lo que se pretenda.

»Nos llamó poderosamente la atención el hecho de que en ningún lugar de aquella nave hubiera esquinas. Todo era cilíndrico, sin aristas.

—¿Y hablaban entre ellos?

—No, nunca. Según sabemos, ellos casi nunca emplean el lenguaje para comunicarse entre sí. En muchos de estos seres —y concretamente en los que habitan en la «colonia» de «Ganimedes»—, lo que nosotros podríamos llamar voz, en ellos constituye un séptimo sentido natural. Y lo emplean para la transformación de la materia, mediante la fuerza y ondas que constituyen dicho sonido.

»Entre ellos siempre emplean la telepática, que es el sistema más cómodo y eficaz.

—Y los tripulantes que visteis en aquella nave, ¿eran todos del mismo planeta?

—Bueno, no. En esas naves —aunque pertenezcan a un mundo concreto— trabajan en común con otros seres. Allí, por ejemplo, había también algunos miembros de «Ganimedes.» Aunque, según nos han revelado, en muchos viajes les acompañaban también otros seres de la galaxia que tienen misiones muy específicas, casi

todas de tipo científico. Incluso, algunas de esas civilizaciones no forman parte de la «Misión RAMA». Ni siquiera de la «Confederación de Mundos». Pero se ayudan...

—¿Y sólo entrasteis cuatro en las naves?

—Bueno, en ese primer contacto físico, sí. Pero, en ocasiones posteriores, también lo han hecho otros miembros del grupo. Porque los contactos con los «guías» —y nos referimos a los contactos físicos— no iban a concluir con aquella «visita» a una de sus astronaves.

—Pero volvamos al interior de aquella nave. ¿Qué ocurrió después?

—El «comandante» «Antar Sherart» nos mostró una de las paredes de la gran sala circular y a través de la comunicación telepática afirmó:

»—La «Misión RAMA», en la que ustedes, como otros muchos grupos, están colaborando, exige que vean algo que posiblemente les entristecerá el espíritu, pero que justifica el desarrollo de dicha misión,

»Todos quedamos muy alarmados. Y el «comandante» nos mostró una especie de pantalla o panel enorme. Era el «monitor» llamado de «tiempo-espacio».

»—Lo que ustedes van a ver ahora —continuó el «comandante»— es lo que ustedes llamarían futuro. El muy próximo futuro de la Tierra.

—¿El futuro? Pero eso es imposible...

—Sí, para nosotros. Pero no para los que pertenecen a una dimensión en la que todo tiene que ser medido por el tiempo.

»Para el hombre resulta «milagroso» conocer el futuro. Pero el futuro —tal y como nosotros lo entendemos— está dominado por ellos.

—No puede ser —murmuré de nuevo—. Nadie puede conocer ni dominar lo que no se ha producido aún...

Noté cierta tensión en el ambiente. Mis dudas habían molestado a algunos de los miembros del «IPRI»...

—Más adelante te hablaremos de la «dimensión» en que se mueven ellos. Y entenderás por qué los seres que viven en niveles superiores de inteligencia no pueden ser medidos en conceptos terrestres.

»Ellos pueden controlar lo que nosotros consideramos nuestro futuro porque ellos están fuera de la medida del tiempo.

Efectivamente, no comprendía. Y pedí que siguieran con su relato.

—...Bajo el monitor de «tiempo-espacio» había un cuadro de mandos. El «comandante» colocó su mano izquierda sobre el panel y la pantalla se iluminó con unas imágenes extrañas. Pero todo iba a ser detallado y explicado.

—¿Qué vieron?

—Eran imágenes de un desierto. Todo aparecía calcinado. Solitario.

»Y preguntamos mentalmente a «Antar Sherart» qué era aquello. El «comandante» se volvió hacia nosotros y respondió: »—Lo saben. Esto será la Tierra... »—¿Nuestro mundo? Pero, ¿por qué?

»—Porque una destrucción total y despiadada se está gestando en el corazón del ser humano. Y ustedes mismos arruinarán su raza y su mundo. Y todo quedará demolido. Será como caminar por el desierto. No habrá ciudades ni campos. Todo será presa del egoísmo del hombre...

Otro de los miembros del «IPRI» señaló:

—Aquellas imágenes que iban surgiendo en el monitor me recordaron las tierras áridas y peladas del sur, donde sólo anidan los escorpiones...

»La «visión» del futuro de nuestro planeta nos afectó de tal forma que nadie quería hablar de ello cuando, minutos después, nos alejábamos de la nave en busca del resto del grupo. Nuestros corazones estaban entristecidos.

—Pero, ¿cuándo será esa destrucción?

—El «comandante» y muchos «guías» nos explicaron a través de las comunicaciones que «ni siquiera queda tiempo para volverse a mirar». Que el hombre está preparando ya su autodestrucción, que todo se precipitará en un futuro inmediato...

—Pero, ¿cuándo? —insistí.

—Ellos nos han dicho que en breves años se precipitarán los acontecimientos. Y la constante amenaza de una guerra atómica pasará de pronto a convertirse en un holocausto vertiginoso y sangriento.

»Todo ello, además, coincidirá con el paso del cometa Halley, que influirá decisivamente en el cambio de posición del eje de la Tierra. Y desaparecerán los actuales polos. Y nuestro planeta verá oscilar su eje, quedando perpendicular al plano de la órbita. Y eso traerá consigo nuevas convulsiones en el planeta.

»Pero el fin del mundo no es una fecha. El fin del mundo empezó hace tiempo. Y cada generación lo está acelerando con su egoísmo. Porque ése es el único causante de todos los problemas y desgracias del hombre. El egoísmo ha matado su fuerza espiritual. Ha destrozado sus ilusiones y ha aniquilado su propio poder mental. Y nos hemos convertido en seres portadores de vacío. Tan inútiles como malvados. Tan materialistas como ciegos. Tan limitados como terrenos.

Charlie Paz me extendió otra de sus comunicaciones. Y leí:

«El tiempo está cerca. Ustedes ya serán preparados. Su enseñanza será completada. Vuestros deseos serán colmados si son de bien...

»El principio del conocimiento será concretado.

»Ustedes no sólo serán ayuda a su pueblo. También serán paz de conciencia. Ustedes podrán permitir que la raza humana encuentre la salvación de la especie, la salvación de su espíritu y de su conocimiento. La hora les llegará pronto a todos.»

Y al final, un nombre: «Godar.»

—Al retomar a nuestras casas —concluyeron los miembros del «IPRI»— la «Misión RAMA» había adquirido toda su madurez en nuestros espíritus. Porque, al fin, habíamos comprendido para qué se nos necesitaba y por qué aquella prisa. La Tierra está amenazada de muerte. Y los seres del espacio lo saben. Por eso decidieron actuar.

—Pero, ¿cómo? ¿Cómo están actuando? ¿Qué hacen realmente?

La pregunta tenía respuesta. Una respuesta tan sorprendente como concreta.

XVII. UNA CARTA REVELADORA

—La «Misión RAMA» —me habían expuesto los peruanos que afirman estar en contacto con los seres de «Apu» y «Ganimedes» —pretende sacar de la Tierra a una parte de la Humanidad. Ése es su único fin. Éste es su objetivo básico.

»No queremos que la misión se interprete equivocadamente. No estamos haciendo proselitismo. No nos interesan los adeptos ni formar una nueva religión.

Las palabras del «IPRI» —creo que ya lo he comentado en otra ocasión— eran claras.

Para mí, que seguía el desarrollo de la historia con un interés creciente, el rescate de esa parte de la Humanidad planteó nuevas y más arduas dudas. Y las enumeré una tras otra.

—Vosotros afirmáis que los extraterrestres están sacando ya, desde hace años, a miles de personas... Bien. ¿Y cómo se seleccionan esas personas?

—Todos los seres humanos disponen de un «aura» que señala sus virtudes, su personalidad, sus intenciones. Pues bien, los extraterrestres se valen —entre otros medios— de esas «auras» para seleccionar a aquellos que deben ser rescatados del planeta y trasladados a otros mundos, a fin de ser preparados para el retorno.

»Hay miles de naves sobre nuestro mundo, sobre nuestras ciudades y campos. Y no están aquí por casualidad. Forman parte de una misión específica. Una misión de la que es responsable la «Confederación de Planetas de la Galaxia».

»Esos hombres y mujeres que salgan de nuestro planeta antes de la autodestrucción serán acondicionados, preparados y mentalizados en una nueva sabiduría. Su mente será desarrollada en orden a una vida donde el Amor y el Espíritu sean fin y sendero. Los «guías» han calificado a esos miles de hombres como «semilla» de una nueva Humanidad, «constructora» también, como ellos, de planetas...

Por un momento imaginé los miles de millones de seres que pueblan la Tierra. ¿Cómo podían los extraterrestres observar a todos y cada uno de dichos habitantes? Mi mente, lo confieso, se negó a aceptar semejante afirmación.

Pero proseguí.

—Es cierto que el ser humano dispone de un «aura». Ha sido, incluso, fotografiada con sistemas especiales. Pero, ¿no es un tanto arbitrario e incluso injusto que sólo unos pocos sean sacados y salvados?

—Ellos aseguran que esos pocos y sus descendientes formarán la base de la nueva raza que retomará al planeta cuando los efectos de la radiactividad hayan sido eliminados por los propios seres de la «Confederación».

»Pero, ¿y el resto de la Humanidad?, preguntas tú. Permítenos que te adelantemos algo que más adelante te explicaremos con amplitud. Los seres que mueran en esa locura colectiva llamada guerra nuclear no desaparecerán..» Eso es lo que ellos nos han revelado, Pero, como te decimos, ten paciencia. Porque esto pertenece a un capítulo «—el de la muerte— que bien merece una más extensa conversación,

¡Y después de haber depositado en mi mente esta nueva incógnita, los miembros del «IPRI» continuaron!

—...Esos miles de seres humanos que ya han sido trasladados a mundos como «Apu» «Ganimedes», así como los que constantemente son sacados por las naves, serán iniciados fundamentalmente en el desarrollo de lo que los extraterrestres llaman el «sexto sentido». Ese nuevo sentido —que existe ya en embrión en algunos hombres— permite fundamentalmente a quien lo posee captar otras formas de vida, de materia y de energía, mucho más sutiles que las que actualmente conocemos.

»Para llamarlo de alguna manera, ese sexto sentido proporciona una «clarividencia», capaz de «traspasar» las más densas y sólidas materias. Los extraterrestres lo poseen de forma natural. Nacen con ese sexto sentido, al igual que con la vista o el tacto o los demás sentidos.

»Nosotros —y como consecuencia de nuestro inferior nivel mental y espiritual— no hemos logrado desarrollar todavía dicho sentido. Y sólo unos pocos hombres —todos esos que llaman «iluminados» o «iniciados»— lo han logrado.

»La labor de los extraterrestres en relación con los humanos que han sido sacados del planeta se fundamenta en ello.

»Con el ejercicio de esas facultades que todo hombre tiene, pero que casi nadie conoce, el ser humano llega a comprender la profundidad de su Espíritu. Y se aleja del egoísmo, de los simples valores de la materia y de todo aquello que pueda oscurecer su destino.

—Pero, ¿cuál es el destino del ser humano? ¿Es que los seres del espacio lo conocen?

Los miembros del «IPRI» guardaron silencio. Y al cabo de unos instantes respondieron con voz casi entrecortada:

—Está en los libros sagrados, en la Biblia: morir para vivir. .

Pero los miembros del «IPRI» no parecían dispuestos a hablar todavía de la muerte. Y más adelante lo comprendería. Así que retorné al tema del «sexto sentido».

—...Con ese nuevo sentido —prosiguió Sixto Paz Wells— nuestros «guías» pueden, incluso, conocer el pensamiento. Los cuerpos más sólidos son traspasados por sus cuerpos y la materia toda puede doblegarse a su vo-

luntad.

»El ser que posee este sentido conoce los misterios de nuevas dimensiones, de nuevas fuerzas, de nuevos poderes. Y su espíritu —necesariamente— se acerca al «Profundo». Porque la Vida y la Verdad es un camino eterno en el que sólo cuenta la constante Perfección.

»Ese nuevo sentido permite y permitirá a los hombres y mujeres que están siendo sacados del planeta un conocimiento más exacto y profundo del Universo y de los Planes Cósmicos o Divinos. Y retornarán a nuestro mundo cuando la Tierra sea de nuevo habitable.

»Esa nueva raza —preparada para el Amor y la Sabiduría— habrá crecido al mismo tiempo en la técnica y la materia y serán miembros de la «Confederación de Mundos» y colaborarán con los que hoy son nuestros «guías» en la «construcción», vigilancia y sostenimiento de nuevos planetas.

»Y en el momento en que la Tierra haya recobrado su calma y los vestigios de radiactividad sean borrados, los seres del espacio prepararán el retorno y la nueva Era habrá comenzado.

—Decís que ya han sido sacados miles de personas del planeta. Pero, ¿cómo lo hacen? ¿Cómo es que nadie se ha dado cuenta?

—Los «guías» observan primero a todos aquellos cuyas auras resultan positivas. Y sólo después de un período de observación —y si así es estimado por los jefes de la Misión— se llevan a cabo los primeros contactos.

En general, todos aquellos a quienes proponen la salida de la Tierra aceptan. Y se consideran dichosos por haber podido entrar en el camino de la Verdad.

—¿Y nadie ha regresado?

—Sólo sabemos de un caso. Un alto funcionario de un Banco de nuestro país. Pero tenemos prohibido citar su nombre.

—¿Y por qué quiso regresar?

—Tampoco podemos contestarte.

Posteriormente averiguaciones me señalarían que, en efecto, dicha persona es real. El mismo presidente del «IPRI», don Carlos Paz lo ratificaría. Pero me rogó no le hiciera preguntas al respecto, puesto que había prometido a dicha persona un secreto total en relación con su increíble aventura en «Ganimedes».

—Te preguntarán cómo es posible que con ese sexto sentido puedan percibirse fuerzas y formas tan extrañas —comentó otro de los peruanos.

Asentí.

—En el fondo resulta simple de comprender. Todos sabemos que la constitución atómica y molecular de los cuerpos —sean elementos o compuestos— va adquiriendo niveles cada vez más sutiles, según la clasificación conocida en nuestra física. Pues bien, con ese sexto sentido, el hombre y todos los seres inteligentes que lo poseen pueden captar y comprender hasta los más sutiles niveles de la materia y de la energía. Niveles que en la actualidad resultan desconocidos e inalcanzables para la mente humana normal y corriente.

»¿Deseas un ejemplo? Todos admitimos hoy la existencia de ondas electromagnéticas —como las de la televisión, radio, etc.—, que sólo han podido ser detectadas y utilizadas después del descubrimiento de aparatos que han podido evidenciar dichas variedades de ondas.

»Y lo mismo sucede con los Rayos X o con las cámaras de rayos infrarrojos.

—¿Y hay hombres en nuestro mundo que disponen de ese sexto sentido?

—Así es. Todos aquellos que son llamados lamas, iluminados o santos. Porque ellos han sabido penetrar en el mundo de la mente y del Espíritu, dejando a un lado los lazos de la materia y del puro egoísmo. Ellos son santos porque han abierto en sus cuerpos y en sus mentes ese sexto sentido que les permite conocer el Amor y el único medio de conocer al «Profundo»: el desprendimiento de todo lo que ahogue la caridad.

»Los «guías» nos han hablado mucho del Amor...

»Y nos han comunicado:

—Recordad que no debéis ir más allá de lo que tenéis enfrente. Considerad la Verdad como un gran Don de la Vida y el Amor como la Vida misma.

—¿Y cómo podemos adquirir nosotros ese sexto sentido?

—Sólo hay un medio: amando en verdad a cuantos te rodean. Amigos y enemigos. Extraños y parientes. Próximos y lejanos. «Cuando hayáis aprendido a Amar, buscad en vuestras mentes la Sabiduría que el «Profundo» dejó en cada corazón.» Eso es lo que nos han repetido una y otra vez los «guías».

—Pero, ¿quién sabe amar? ¿Qué es en realidad el Amor?

—Todos los seres de la Creación —todos los que procedemos de Dios o del «Profundo»— llevamos el Amor en nuestro Espíritu, puesto que sólo el Amor pudo crearnos y sostenernos. Somos fruto del Amor del que todo lo puede. Nosotros somos el Universo. Y el Universo —nos han dicho los «guías»— es la más grande muestra del Amor.

Pero una pregunta atormentaba desde el principio mi cerebro: «¿Cómo se iniciará esa gran guerra, ese formidable holocausto termonuclear que fulminará a la raza humana?»

Los miembros del «IPRI» me mostraron una carta procedente de uno de los grupos residentes en Venezuela y que, como ellos, afirma estar en contacto con seres del espacio. Aquel grupo relataba a los miembros del «IPRI» una de las comunicaciones de «Antar Sherart», el «comandante» de naves en la Tierra. La carta estaba fechada en diciembre de 1972:

«...Estos hechos [se refería a la autodestrucción de la Humanidad] sobrevendrán como consecuencia de los siguientes aspectos:

«Aparecerá en el futuro un líder político en el conglomerado social de los países unidos. Y dominará las masas y regirá los destinos sociales y económicos de los demás países. Y su poder estará auxiliado por mecanismos

que él pondrá en juego, como conocedor de las leyes metafísicas. Y seguidamente se producirá la invasión de los continentes. Y quiero decirles que la paz firmada en la zona llamada Vietnam servirá de escalón inmediato para el siguiente conflicto bélico entre los árabes y judíos. A esto seguirán terremotos que devastarán ciudades y que nosotros trataremos de aminorar.

»Ustedes saben que días pasados estábamos controlando las manifestaciones de un fuerte terremoto que se cernía sobre Japón. Y así lo hicimos. Pudimos desviar la onda sísmica hacia otra dirección... Deben comprender que todas estas cosas son necesarias porque sólo en el dolor puede el hombre hermanarse. Y el dolor colectivo es una gran cura para muchos males.

»Ustedes serán removidos de la superficie del planeta. Serán colocados en lugar seguro. Si alguno tiene dañado su cuerpo físico puede decidirse a abandonarlo. O podemos nosotros facilitarle otro cuerpo.

«Sabemos las técnicas exactas para permitir que los que han ayudado en esta Misión no sufran lo más mínimo en la catástrofe que asolará el planeta. Lo hemos planificado. El cambio de órbita, aprovechando la trayectoria del cometa llamado con el nombre de quien lo descubrió, que pasará en 1986-1987, servirá para alterar un poco dicha órbita.

«También en 1977 podremos alterar un poco dicha órbita, cuando los planetas se coloquen en una recta, con respecto al Sol.

»Pero esto no ocasionará disturbios porque somos constructores de planetas. Somos los que los cuidamos, ya que contamos con mecanismos técnicos específicos. No queremos que estén pesimistas. Los tiempos no son malos. Son distintos. Y lo que el hombre interpreta como malvado, no lo es, puesto que obedece a leyes inmutables que no pueden cambiarse. Al contrario: a leyes que deben respetarse.

«Ustedes comprenden perfectamente, puesto que han sido adiestrados. Nosotros sólo pretendemos enseñarles los caminos para que analicen...»

Una vez concluida la lectura de dicha misiva, los miembros del «IPRI» me señalaron de nuevo la fecha de la misma —diciembre de 1972— y comentaron:

—En esa época nosotros no teníamos ni idea de todo esto... Y los «guías» hablaban ya a este grupo de «capacitación», «entrenamiento» y de una «misión»... ¡y la carta fue transmitida por «Antar Sherart»...!

—Veo que en dicha carta se habla del «rescate» de personas. «Ustedes —dice uno de los párrafos— serán removidos de la Tierra...» ¿Qué significado le habéis dado vosotros?

—El que tiene y que nosotros hemos conocido este año, en 1974: miles de personas están siendo sacadas del planeta y «puestas en lugar seguro».

—¿Y qué significa la frase siguiente? «Si alguien tiene dañado su cuerpo físico podrá decidirse a abandonarlo...»

—Ellos disponen de unas técnicas muy superiores a las nuestras. Y sabemos, porque así nos lo han revelado, que cualquier parte del cuerpo físico es autorregenerada mediante unas cámaras especiales donde se introduce el cuerpo lesionado. Pero también te hablaremos en su momento de la «regeneración» celular que existe en sus civilizaciones y que les permite no tener defectos físicos y vivir cientos de años terrestres.

—También parece que los que hayan participado en la misión serán sacados del planeta...

—Pero, ¿cuándo ha llegado esta carta a vuestras manos? —Si no recordamos mal, hace escasas semanas. En cuanto los grupos de Venezuela han sabido de nuestro contacto telepático con los «guías».

La naturalidad —insisto— de los miembros del «IPRI» seguía desconcertándome. Y me repetía una y otra vez que aquello no podía ser normal...

XVIII. LA VIDA EN «GANIMEDES» Y «APU»

Este capítulo que ahora inicio —y que dedicaré a la vida en los astros llamados «Ganimedes» y «Apu» —debo reconocer que es uno de los más incomprensibles para mí.

Porque son muchas las incógnitas que surgen cuando aparece el tema de los «xendras».

Sixto y Carlos Paz Wells me habían detallado anteriormente la naturaleza y finalidad de dichas «burbujas» luminosas. Y así, partiendo de dichos «xendras», ambos me describieron también las sociedades, culturas y formas de vida en ambos mundos. Mundos que —según los miembros del «IPRI»— han sido visitados por ellos, en forma de proyección.

—Pero —pregunté una vez más a los hermanos Paz Wells—, ¿cómo es posible viajar en el espacio en forma de «imagen» o proyección?

—Los «xendras» son un producto de la alta tecnología de los habitantes del espacio. Aunque quisiéramos no podríamos explicarte su funcionamiento. Sólo sabemos que —mediante dichos «xendras»— los hombres de «Apu» y «Ganimedes» pueden «transportar» la imagen de un ser a cualquier lugar. Pero no se trata de una simple imagen. Porque uno es consciente durante todo el tiempo que dura la proyección...

»De esta forma —y mucho antes, incluso, de verles a ellos físicamente— varios de nosotros pudimos «viajar» a sus mundos y conocer sus ciudades y organización social.

Traté de olvidarme, pues, del «sistema» de «transporte» o proyección y centré mis preguntas en este último aspecto, la vida en «Ganimedes» y «Apu». Y los miembros del «IPRI» comenzaron a explicar:

—Yo pude llegar hasta el satélite «Morle» o «Ganimedes» —comenzó Sixto Paz—. Una vez en el interior del llamado «xendra IV», mi imagen fue lanzada al espacio y, de pronto, sin saber cómo, me vi en un lugar donde la Naturaleza era distinta. No conocía aquella flora. Pero era hermosa.

»A1 parecer, y según nos han relatado los «guías», la «colonia» del satélite de Júpiter procede en gran parte de la civilización que hace miles de años se vio obligada a abandonar un planeta que giraba en torno al Sol y que ocupaba la órbita existente entre Marte y Júpiter. Hoy, como todos sabemos, en dicha zona sólo existe un

«cinturón de asteroides». Y los científicos han sospechado siempre que esa formidable «barrera» de gigantescas y diminutas piedras que flotan en el espacio pudiera ser, efectivamente, los restos de otro astro desaparecido.

»Pero la «colonia» de «Ganimedes» está integrada también por otros habitantes de Orion, así como por miles de seres de nuestro propio mundo, sacados desde hace años de la Tierra por las naves de la «Confederación» y que en la actualidad están siendo preparados para que sirvan de «semilla» de una nueva y más elevada Humanidad.

»Hace miles de años, los habitantes de este planeta hoy desaparecido —y cuya cultura y tecnología resultaba entonces muy superior, incluso, a la del hombre actual— supieron que su mundo estaba condenado a sufrir un formidable cataclismo.

»Ya en aquella época ellos dominaban las técnicas espaciales y habían visitado la totalidad de los planetas de nuestro sistema solar, ayudados, por supuesto, por las civilizaciones de la «Confederación de Mundos».

«Mediante su tecnología, acondicionaron y prepararon el astro que podía reunir mejores condiciones para sostener de nuevo la vida del llamado planeta «Amarillo». Y paulatinamente fueron abandonándolo, asentándose en los valles de «Ganimedes».

»Allí la vida ha ido desarrollándose paulatinamente. La atmósfera es muy similar a la nuestra y no es preciso equipo alguno de respiración para sobrevivir.

—Pero «Ganimedes» —interrumpí— está a 770 millones de kilómetros del Sol. Debería estar cubierto por una permanente capa de hielo... La vida, según los astrónomos y científicos, sería casi imposible... ¿Cómo se explica esto?

—Muchas veces nos han repetido los «guías» que nuestros conocimientos del Sistema solar son prácticamente nulos. No sabemos qué hay más allá de nuestra estratosfera. ¿Cómo estar seguros entonces de lo que acontece y ocurre a tantos millones de kilómetros?

»«Ganimedes» o «Morle» dispone de una actividad volcánica muy intensa. Y eso, juntamente con el aprovechamiento de la luz solar, hace que las temperaturas del astro no resulten negativas para la vida.

»Según pude ver —prosiguió Sixto, los habitantes de «Ganimedes» han sabido aprovechar la tremenda fuerza energética de los volcanes, transformándola en calor y potencia. Mediante el desarrollo de una espléndida tecnología han logrado mantener la temperatura del satélite, creando, incluso, una especie de barrera calorífica alrededor del astro que protege constantemente a sus habitantes. El subsuelo del astro está surcado igualmente por kilómetros y kilómetros de tuberías que transportan agua caliente y que evita el descenso de las temperaturas.

»Por otra parte —y según nuestras noticias—, «Morle» goza en realidad de dos «soles»: el Sol, propiamente dicho y Júpiter, que refleja la luz solar como un formidable «espejo». Eso hace que el astro disponga de unos tres días completos de luz —por ambas caras— y de otros tres en los que, prácticamente, la noche es completa en el satélite.

»Las ciudades han sido construidas en los valles. Ellos disponen de una gran capital que llaman Ciudad «Matriz» y que es la que centraliza la vida estatal y administrativa.

—¿Y cómo son sus ciudades?

—Quizás el hecho de que la gran actividad telúrica del satélite no haya disminuido todavía les ha empujado a crear ciudades cuyos edificios se encuentran siempre medio enterrados. Todos ellos aparecen unidos, entrelazados, a fin de evitar al máximo los seísmos. Y tampoco son muy altos.

»Cuando visité una de aquellas ciudades me llamó la atención la belleza de los edificios. No observé jamás esquinas o ángulos. Y muchas de las edificaciones parecían como de mármol.

»Había una vegetación abundante y totalmente distinta de la que nosotros conocemos. Y algo curioso: no logré ver un solo animal. Los habitantes de la «colonia» los han desterrado, puesto que consideran su presencia como una fuente constante de enfermedades microbianas.

«Tampoco hay océanos o mares. Ellos logran el agua mediante la transformación por el calor de la nieve que permanentemente está cayendo sobre la superficie del satélite. Toda esa agua es recogida y aprovechada para la distribución por las tuberías que, a su vez, elevan la temperatura del satélite y permiten la obtención de nuevas cantidades de agua.

—¿Y cómo es su organización social?

—No vi policías ni ejércitos. Y es que tampoco los necesitan, puesto que la supercivilización de «Ganimedes» hace tiempo que desterró las guerras, el odio, los asesinatos, robos y todos esos males peculiares de nuestro mundo y de otros muchos planetas donde no se ha pasado de los más primitivos planos de la evolución cósmica.

»Ellos, como otras razas del Universo, disponen de un sexto y hasta de un séptimo sentido que ha elevado sus Espíritus a niveles siempre más altos que sus tecnologías.

»Éste, precisamente, es el gran secreto de su sabiduría y felicidad. Han sabido mantener los valores del alma por encima de la pura materia.

»¿Qué papel podría desempeñar la policía o el ejército en una sociedad donde no hay posibilidad de mentir? ¿Para qué crear mecanismos policiales en un mundo donde ese sexto sentido proporciona un nivel mental y moral que no puede admitir la violencia o la falta de caridad?

»Es precisamente esa posibilidad de conocer incluso los pensamientos de los demás, de ver sus almas, de percibir los secretos y misterios del Cosmos la que hace inútil una vigilancia de los habitantes del astro.

»Todo el mundo trabaja en aquella ocupación que realmente desea y para la que se le prepara a partir del séptimo año de su vida.

«Sistemas muy distintos a los nuestros facilitan esas labores y trabajos que están siempre destinados —no al lucro o beneficio personal—, sino a la prosperidad de la comunidad.

»—Ustedes —nos dijeron los «guías» cuando les preguntamos cuál era su sistema de gobierno— lo llamarían un supersocialismo. Pero resultaría difícil de explicar...

»Nadie trabaja, como digo, por dinero. Éste no existe en «Ganimedes». Nadie lo necesita realmente. Las cosas se adquieren mediante sistemas de identificación. Todas. Desde las más básicas a las más caprichosas.

»El dinero no puede existir en civilizaciones así porque la comunidad no vive o trabaja para su propio enriquecimiento material. Ellos han comprendido desde hace mucho tiempo que la felicidad más profunda sólo puede encontrarse en la constante perfección del Espíritu. Y a eso dedican la mayor parte de sus vidas. Al contrario que nuestra civilización, la avanzada técnica de que gozan no les ha sumido en el vacío o en el materialismo ciego y desolador que se extiende por ejemplo en nuestro mundo. Su desarrollo espiritual es cada día superior porque sus vidas han sabido apoyarse en la tecnología y no al revés.

»Y para esto ha sido preciso comprender algo esencial:

que el Espíritu de cada ser inteligente es eterno y que su destino hay que buscarlo únicamente en la Perfección, en el Universo.

»Toda la vida en «Ganimedes» está regida por un Gobierno que se encarga de la planificación, desarrollo y mantenimiento de sus habitantes. Y son éstos y sólo éstos los que —mediante esa clarividencia natural de que disponen desde el momento de nacer— eligen a los más capacitados.

—¿Existe también el concepto de la familia?

—No solamente existe, sino que sirve de apoyo a toda la estructura. Para estos seres, la familia —y concretamente la madre— desempeña una tarea insustituible y vital en el desarrollo del niño. Desde el momento que nace hasta los siete años, la madre y toda la familia se encargan de la vigilancia y educación del pequeño. Durante ese tiempo, los niños de «Ganimedes» son observados por los padres, que ven crecer con claridad las aptitudes más preponderantes. Al finalizar esa etapa, el Estado se hace cargo de la enseñanza y formación técnica del muchacho, que ya permanecerá hasta el resto de sus días protegido y sostenido por el Gobierno.

—¿Viven tanto como nosotros?

—No. Ellos no miden el tiempo, tal y como nosotros lo entendemos. No podemos olvidar que se mueven en otro plano... Sin embargo, si hubiera que comparar, sus vidas duran cientos de años terrestres.

»Según pude saber, cuando sus sistemas celulares empiezan a degradarse son sometidos a tratamientos especiales en centros médicos. Ellos lo llaman «regeneración celular». Después de este proceso, sus organismos se encuentran de nuevo transformados. Esto les permite vivir mucho más tiempo que nosotros. Y siempre sin defectos físicos, sin enfermedades.

—Pero no todos los seres del espacio «viven» lo mismo —terció otro de los miembros del «IPRI» que asistía a la conversación—. Los habitantes de «Apu», por ejemplo, son distintos. Ellos tampoco se miden con el concepto del tiempo terrestre, pero sus vidas son mucho más largas, incluso, que las de los seres de «Ganimedes».

—Alcanzan hasta miles de años —comentó Sixto Paz—. Es incomprensible, pero así es. Y es que nosotros nos encontramos en un nivel mental muy distinto, muy inferior. Por eso nos extrañamos...

—¿También visitasteis «Apu»?

—También —respondió Carlos Paz—. Pude llegar a una de sus ciudades mediante los «xendras».

»Pero aquello es distinto a «Ganimedes». Allí, todo es subterráneo. Después de atravesar una serie de pasadizos me encontré con una ciudad muy distinta a las que conocemos. Estaba como construida en una gran caverna. Pero no sabría decir si realmente se trataba de una caverna natural o de una construcción. Todo era muy luminoso. La luz salía por todas partes. Y los edificios eran como grandes cilindros de un material transparente y luminoso.

»Pude ver pequeños vehículos que circulaban por entre los edificios. Pero nunca escuché el menor ruido.

»Mi estancia allí fue más breve que la de Sixto en «Ganimedes».

—¿Y cuál es su sistema de vida?

—No sabría decirte con exactitud. No tuve prácticamente tiempo material para preguntar. Creo que mi traslado a «Apu» sirvió únicamente para que conociera la forma de una de sus ciudades.

»Yo espero poder regresar...

Aquella convicción me dejó perplejo. ¿Cómo era posible —insistía mi mente— «viajar» en proyección hasta otro mundo? Pero la respuesta todavía no ha llegado.

—Ellos —concluyeron los miembros del «IPRI»— nos han manifestado en repetidas ocasiones que el Amor y el verdadero conocimiento de la Verdad lleva siempre a un plano y a un nivel mental y espiritual en el que todo resulta distinto a lo que nosotros conocemos.

—Ustedes están asistiendo al nacimiento de su verdadera conciencia —nos han comunicado—i Ustedes llevan dentro de sí la semilla del «Profundo», como nosotros y los más elevados. Ustedes deben recorrer el camino, como todos los que hemos salido del Amor del «Profundo» y hacia Él nos encaminamos.

Cuando regresé a mi hotel y comencé a reflexionar sobre la última charla con los miembros del «Instituto Peruano de Relaciones Interplanetarias» sentí que sobre todas mis dudas e interrogantes seguía fuerte, sólida como una roca, una inconfundible sensación de irrealidad.

«¿Qué pruebas tengo realmente de cuanto se me está contando?»

Y poco faltó —debo decirlo ahora— para que cerrara para siempre aquella fascinante pero fantástica historia.

Algo, no sé bien qué, me empujó a seguir.

XIX. «GANIMEDES»: TRES DÍAS DE VIAJE

A lo largo de una de las reuniones en el «IPRI», a la que asistieron socios de otros Departamentos de dicho Instituto, pude asistir a un coloquio en el que se expuso y discutió un tema que, por su interés, me resisto a ignorar.

Hacia días que trataba de plantear el arduo problema de las largas distancias en los viajes espaciales y la forma en que estos extraterrestres habían podido solucionarlo. Y me lo encontré prácticamente hecho cuando en la mencionada reunión de miembros del «IPRI» alguien preguntó:

—¿Y han explicado los seres de «Apu» o «Ganimedes» qué sistemas emplean en la propulsión de sus aparatos?

—No nos han dado excesivas explicaciones al respecto —comentó el ingeniero Eduardo Elias—. Cuando en algunas ocasiones les hemos preguntado sobre ello, siempre nos han respondido que la «Misión RAMA» no consiste en una «recopilación» de datos científicos y técnicos sobre sus máquinas.

»Tenemos grandes dificultades para averiguar estas cuestiones.

»—Ustedes no necesitan saber nuestros sistemas de propulsión para desarrollar la misión — nos dicen.

—Sin embargo—apuntó otro de los miembros del grupo que asegura estar en contacto con los extraterrestres—, sí hemos podido conocer algunos detalles.

Todos los asistentes a la conferencia-coloquio esperamos con cierta expectación.

—Las naves de los extraterrestres —prosiguió— son movidas por dos sistemas conjuntos de propulsión: de un lado, por la atracción planetaria. Y además, por «iones».

»El primero sólo es empleado para largas distancias.

»Sus naves se desplazan protegidas por un campo magnético, que mantiene en el interior de sus aparatos las mismas condiciones de presión, etc., que requiere el organismo de los tripulantes. Ello, unido a una técnica de control perfeccionadísima, permite también los giros en ángulo recto, totalmente impracticables hoy por nuestros aparatos.

—Pero, a pesar de todo ello —intervine— las distancias entre sus astros y la Tierra son enormes. Creo recordar que «Apu», por ejemplo, se encuentra de nuestro Sistema solar a 4,3 años-luz. Es decir, viajando a la velocidad de la luz —300 000 kilómetros por segundo—necesitarían más de cuatro años para llegar hasta nuestro mundo... Y eso es imposible.

—Imposible para nosotros, para nuestra técnica, para nuestro concepto de la Física y de la Materia. Ellos, cuando les planteamos esta misma cuestión, respondieron:

»—La velocidad de la luz es como un cangrejo arrastrándose en el espacio.

Quedé pensativo. No podía ser... ¿Cómo poder superar semejante velocidad?

—Hay un principio en Física—remaché, que afirma que todo cuerpo sometido a la velocidad de la luz necesariamente aumenta su masa...

—Repetimos lo que ellos nos han repetido. Nosotros estamos enfocando una técnica desconocida con un concepto absolutamente terrestre... No podemos situarnos en un orden inferior para enjuiciar lo que es superior.

—Pero, vamos a ver... —intervino otro de los miembros del «IPRI»—, ¿a qué velocidad tienen que viajar para recorrer la distancia existente entre «Ganimedes» y la Tierra?

—Para distancias cortas, como es el caso de este satélite de Júpiter y nuestro mundo, ellos no fuerzan sus máquinas. No viajan a tope, como si dijéramos. Emplean una velocidad de «crucero» que puede equivaler a unos 3 000 kilómetros por segundo, puesto que —según sus explicaciones— emplean unos tres días en el viaje de «Morle» a la Tierra y viceversa.

—¿Recorren los casi setecientos millones de kilómetros en tres días?

—Sólo si emplean la velocidad normal o de «crucero». En caso de necesidad pueden avanzar mucho más rápido.

—Si no estoy equivocado —apuntó otro de los asistentes al coloquio— en el camino de la Tierra a «Ganimedes» o al contrario, sus naves se verán obligadas a atravesar el llamado «cinturón de asteroides» que se mueve entre las órbitas de Marte y Júpiter. ¿Cómo evitan los choques con semejante muralla de piedras?

—Disponen de unos sistemas de detección a muy larga distancia. Mediante estos procedimientos localizan la trayectoria del asteroide y, si coincide con la de la nave, lo destruyen muchas millas antes de llegar a él.

»Los «guías» nos han explicado cómo a lo largo de estos viajes siderales se observan con cierta frecuencia —y siempre a gran distancia de la nave— unos «fogonazos» súbitos y extraños. Corresponden a meteoritos o asteroides que podían poner en peligro la integridad de sus aparatos y que son destruidos por los controles electrónicos.

—Y en el caso del planeta llamado «Apu», ¿qué velocidad emplean cuando viajan a nuestro mundo?

—Superior a la de la luz. Eso es todo lo que sabemos. Sus sistemas de propulsión en estas ocasiones son una mezcla de la energía planetaria y de los «iones».

Los miembros del «IPRI» parecían resistirse a ampliar detalles sobre este particular. No sé si porque realmente sabían algo más o porque, precisamente, desconocían el asunto.

La cuestión es que el coloquio pasó a otro aspecto no menos interesante, por supuesto.

—¿Conocen los seres del espacio —había preguntado uno de los asistentes— el origen del hombre?

—La raza humana no fue la primera que habitó la Tierra —comenzó uno de los miembros del grupo—. Los «guías» nos relataron en cierta ocasión que los primeros seres que pisaron el planeta procedían de la galaxia de Andrómeda. En aquella época, nuestro mundo se encontraba todavía en estado de formación. Y aquella civilización se dedicó a experimentar en la atmósfera, con el consiguiente peligro para la evolución natural del mundo. Fue entonces cuando intervino la «Confederación de Planetas» y prohibió la presencia de dicha

civilización en la Tierra. Aquellos seres abandonaron nuestro mundo y pasó un tiempo muy prolongado hasta que surgió la siguiente raza en la Tierra...

—Entonces, ¿desde cuándo vigila nuestro planeta la «Confederación»?

—Ellos están sobre nuestro mundo mucho antes de que el hombre —que es: la raza autóctona del «planeta celeste»— apareciera sobre su superficie.

»Ellos —a través del «Consejo de los 24 Mayores»— conocían desde hace millones de años los «planos cósmicos» o «divinos» respecto a nuestra civilización.

»Ellos se autodenominan «constructores de planetas». Y han velado siempre por la pureza, por la integridad y por la normal evolución de nuestro mundo.

»Nuestra civilización no ha sido la única que ha poblado la Tierra. Ellos nos lo han revelado muchas veces. El planeta ha sido habitado desde hace millones y millones de años. Pero siempre se produjo una inevitable catástrofe. Una autodestrucción que condujo a los seres que poblaban el mundo a la desaparición.

»—La técnica—nos han dicho— pierde aquí, en su mundo, el ritmo del Espíritu. Y termina con la fuerza del ser humano. «—¿Qué significa? —Que el conocimiento de cada una de estas civilizaciones ha sido extenso y grande. Pero sólo en lo material. Cada una de esas razas y civilizaciones ha terminado desequilibrada, confundida, ahogada. Y ha terminado por autodestruirse.

»Y esto mismo es lo que ahora nos sucede, una vez más... El hombre del siglo xx ha emprendido una veloz carrera hacia el desastre. Hemos profundizado en la Materia, sin saber que la Materia es sólo soporte y no esencia.

»Por eso ellos han decidido actuar.

»—No podemos permitir que —una vez más— la raza humana ponga en grave peligro su santa raíz.

»Ésta es la misión.

Pero, indudablemente, nos habíamos desviado del tema inicial. Y alguien se percató de ello. Y preguntó:

—Pero, ¿cuál es el origen del ser humano?

—Sólo nos han dicho que el ser humano ha sido producto de la Evolución Progresiva del Universo. Una Ley que parte del Sumo Creador o Suma Fuerza del Cosmos. Y la «Confederación» ha sido la encargada de velar por su integridad. Los libros santos del hombre —nuestra propia Biblia— están llenos de testimonios de la presencia de ovnis y de «enviados» que no eran otra cosa que los «guías» y extraterrestres de la galaxia.

Carlos Paz tomó el Apocalipsis y leyó:

—He aquí el capítulo 1, versículo 12: «Me di vuelta para ver de quién era la voz que me hablaba. Y al hacerlo vi siete candeleros de oro y en medio de esos siete candeleros vi a uno que parecía hijo de hombre vestido con una ropa que le llegaba hasta los pies y con un cinturón de oro a la altura del pecho. Los cabellos de su cabeza eran blancos como la lana blanca o como la nieve y sus ojos eran como llamas de fuego. Sus pies brillaban como bronce pulido fundido en un horno y su voz era fuerte como el ruido de muchos ríos. En su mano derecha tenía siete estrellas y de su boca salía una espada aguda de dos filos. Su cara era como el Sol cuando brilla con toda su fuerza.»

»Nosotros hemos leído el Apocalipsis hace muy pocos días.

Y nos hemos encontrado con esta maravillosa sorpresa. ¡La Biblia relata y describe ya a los «guías»!

—Entonces, ¿creéis que ese pasaje corresponde a la descripción de uno de los seres del espacio?

—Totalmente. Ellos, según hemos podido comprobar, irradian cierta luminiscencia. Y llevan como botas de bronce. Emplean túnicas o trajes ajustados, según el trabajo que realicen en ese momento, y los cabellos —en el caso de los habitantes de «Apu»— son blanquecinos o platinados.

—Pero, ¿y la «espada» que salía de su boca?

—Muchos de los extraterrestres que vienen por primera vez a nuestro planeta utilizan una especie de mascarilla que les permite ir acondicionándose a la atmósfera de la Tierra.

—Creo recordar que ya me habéis hablado en otra ocasión sobre los libros sagrados, pero, ¿han dado ellos alguna opinión concreta sobre la Biblia?

—Sí, también.

Y fue esta vez Sixto Paz Wells quien tomó una de las comunicaciones y leyó:

—«La Biblia es la manifestación de la enseñanza profunda. Cumplirla como guía está bien, pero hay que vivirla. Hay que practicarla hacia los hermanos.»

»La Biblia, en fin, es santa también para los extraterrestres. Como lo es cualquier libro que hable de Amor. La Biblia, como el resto de los libros sagrados, contiene un mensaje de Amor dado también por los «maestros» o «guías» anteriores.

—¿Queréis decir por los seres del espacio?

—En efecto. Ellos, en realidad, eran la «gloria de Dios» que tantas veces se repite en esos libros santos. Ellos que, como ya hemos dicho otras veces, traían el mensaje de Amor del «Profundo»...

»La Biblia está escrita en un lenguaje que debe ser interpretado. La Biblia, en fin, es una formidable manifestación del Universo y del poder del «Profundo» o Dios.

—Los testimonios de esos «enviados» o seres del espacio en los libros sagrados —intervino otro de los miembros del «IPRI»— son constantes. Los «guías» nos pidieron que leyéramos dichos testimonios santos y hemos quedado atónitos al comprobar que la presencia de los miembros de la «Confederación» es continua...

—Escuchen esto —intervino otro miembro del grupo mientras sostenía en sus manos el Apocalipsis—: «...Después de esto miré y vi una puerta abierta en el cielo y esa voz que parecía una trompeta y que me había hablado primero me dijo: sube aquí que te voy a mostrar las cosas que tienen que suceder después de éstas. En ese momento quedé bajo el poder del espíritu y vi un trono colocado en el cielo. Y en el trono estaba alguien

sentado y el que estaba allí sentado en el trono tenía el aspecto de una piedra brillante de jaspe o de cornalina. Y alrededor del trono había un arcoiris que brillaba como una piedra de esmeralda. Alrededor de este trono vi otros 24 tronos en los cuales estaban sentados 24 ancianos vestidos de blanco y con coronas de oro en las cabezas. Del trono salían relámpagos, ruidos y truenos y delante del trono ardían siete antorchas de fuego que son los siete espíritus de Dios. Delante del trono había también algo parecido a un mar de vidrio transparente.»

«¿Sabéis qué es esto? Sencillamente, la misma descripción que tenemos nosotros del «Consejo de los 24 Mayores o Mentores» que rige la «Confederación de Mundos de la Galaxia» y que, incluso, hemos visto algunos de los aquí presentes. Cuando pudimos leerlo y ratificarlo en la Biblia casi nos caímos de espaldas...»

Los testimonios existentes en la Biblia, en efecto, en relación o en posible relación con los extraterrestres y sus naves son muchos. Aquella misma tarde acudí a una librería y adquirí una Biblia. Y, entre otros, encontré los siguientes y apasionantes párrafos:

En el Éxodo, 40, pude leer: «Entonces la nube cubrió la tienda de la Reunión y la Gloria de Yavé llenó el tabernáculo. No podía entrar Moisés en la Tienda de la Reunión, porque la nube se había posado encima y la Gloria de Yavé llenaba el tabernáculo. Cuando la nube se alzaba de sobre el tabernáculo, partían los hijos de Israel para sus jornadas, por etapas. Y si la nube no se alzaba, no se ponían en marcha hasta tanto no se alzase. Pues la nube de Yavé se posaba de día sobre el tabernáculo y, en el curso de la noche, brillaba como fuego a la vista de toda la casa de Israel durante todo el tiempo de su marcha.»

¿Qué era en realidad aquella «nube»? ¿Por qué brillaba como fuego durante la noche? ¿Es que una simple nube puede brillar como fuego durante la oscuridad o «alzarse» y «descender» sobre una tienda?

En relación con otro pasaje de la Biblia —relativo al paso del mar Rojo por los judíos—, los miembros del «IPRI» explicaron:

—A lo largo de toda la huida por el desierto, los judíos estuvieron protegidos y guiados por una «nube» en forma de columna —como ellos la describían— que no era otra cosa que una astronave perteneciente a la «Confederación».

»Pero en aquellos tiempos, los «guías» no podían explicar al pueblo de Moisés la verdadera naturaleza de lo que ellos habían confundido con una «nube». Habría sido imposible... Sin embargo —y de acuerdo con los «planes cósmicos»— aquel pueblo debía ser protegido.

»Por eso los testimonios de naves y enviados son muchos en la Biblia.

»Uno de los párrafos del Éxodo, efectivamente dice: «...Entonces el Ángel de Dios que iba delante de las huestes de Israel, se puso en movimiento y se colocó detrás de ellos. Se puso, igualmente, en movimiento la columna de nube que también fue a situarse detrás de ellos, interponiéndose entre el campo de los egipcios y el campo de Israel. Había oscuridad; así pasó la noche sin que aquéllos se acercaran a los israelitas. Moisés extendió después su mano sobre el mar, y Yavé, por medio de un recio viento solano, empujó al mar, dejándolo seco y dividiendo las aguas. Los hijos de Israel penetraron en medio del mar en seco mientras las aguas formaban como una muralla a ambos lados. Los egipcios se lanzaron tras ellos. Toda la caballería del Faraón, sus carros y caballeros, entraron tras ellos en medio del mar. A la vigilia matutina miró Yavé desde la columna de fuego y de nube a las huestes egipcias y las desbarató.»

—Y lo mismo sucedió con el llamado «maná» —apuntó otro de los miembros del grupo.

—¿Qué era en realidad el «maná»?

—Los «guías» han detallado que se trataba de un alimento con muy alto poder proteínico y que era trasladado desde una de las «colonias» del Sistema solar hasta otra de las bases existentes en órbita a nuestro planeta. Desde allí se suministraba a los judíos cada día, mediante una nave de carga que arrojaba aquellas «bolitas» parecidas al pan sobre el campamento de los hijos de Israel.

Leí el pasaje en cuestión y entre otras cosas observé:

«...Por la tarde salieron tantas codornices que cubrieron el campamento y por la mañana había en torno a él una capa de rocío. Evaporada la rociada observaron sobre la superficie del desierto una cosa menuda, granulada, fina, como escarcha sobre, la tierra. Cuando la vieron los hijos de Israel se dijeron unos a otros: "¿Manhu?", que quiere decir "¿qué es esto?", pues no sabían lo que era...»

—Pero los testimonios serían muchos y muy extensos —concluyeron los miembros del «IPRI»—. Sólo podemos decir que ahora —después de conocer la presencia de los «guías» y la existencia de la «Confederación» y su vigilancia a lo largo de la historia de la Tierra—, los libros santos aparecen ante nosotros como algo mucho más nuevo y asequible, mucho más profundo y trascendental.

Al final de la charla me decidí a preguntarlo. En realidad era algo que me devoraba...

—¿Y os han hablado de Jesucristo?

Hubo unos segundos de silencio. Y al fin, Sixto intervino:

—Sí, también preguntamos quién era y qué significaba Jesús para ellos. Y sólo obtuvimos una única respuesta: «Ustedes no están preparados todavía para saber quién era Jesús.»

Aquella respuesta me dejó verdaderamente intrigado. ¿Qué habían querido decir con ello los miembros del «IPRI»?

—Pero ellos nos han repetido muchas veces —insistió Sixto Paz Wells— que no nos preocupemos excesivamente por lo que no comprendamos. Su presencia en la Tierra obedece ahora a una misión física, concreta, perfectamente programada y delimitada: sacar a un máximo de seres humanos. Sacar del planeta a una representación de la especie humana.

«Sin embargo —pensé—, esto es injusto. ¿Y qué sucederá con los que no sean sacados de la superficie de este viejo mundo? ¿Moriremos?»

La respuesta a esta terrible incógnita es quizá la más hermosa «comunicación» que pudiera recibir hombre alguno.

XX. OTROS «CUERPOS»

«Ustedes, los seres de la Tierra, consideran la muerte como un fin, como una destrucción. Y están equivocados.»

Estas frases —tan enigmáticas como esperanzadoras— pude leerlas en una de las «comunicaciones» que los miembros del «IPRI» tienen en su poder y que aseguran fue facilitada por los «guías».

Porque los miembros del «IPRI» preguntaron también qué era la muerte. Preguntaron qué había después; por qué es necesario morir, por qué se ha dicho que existe «otra vida»...

Pero vayamos por partes. Creo que antes de pasar a relatarles lo que los miembros del «IPRI» «conocían» sobre la muerte es fundamental transcribir otro punto, igualmente revelado —según el «IPRI»— por los seres del espacio. Me refiero a la «estructura» de lo que en nuestro caso podemos llamar «cuerpo humano».

—Porque nuestro cuerpo —me explicaron los miembros del «IPRI»— no es sólo «carne y hueso».

»En cierta ocasión, uno de los muchachos preguntó a su «guía» cómo era y en qué consistía realmente el cuerpo humano. Y he aquí lo que los extraterrestres respondieron:

«—Ustedes, los humanos, al igual que en otros mundos del Universo donde los grados de evolución son todavía primitivos, disponen de un soporte o cuerpo físico de una gran densidad. La materia que sirve de apoyo al Espíritu es muy elemental y pesada.

»Pero, a pesar de todo, ustedes ignoran incluso los distintos «cuerpos» o «escalones» que integran ese cuerpo físico visible y que, necesariamente, son comunes a todos los miembros de la especie humana.

—¿Qué quiere decir eso? —pregunté realmente intrigado.

—Que nuestro cuerpo no está formado únicamente por lo que ya conocemos. Hay otras «partes» o «cuerpos»... Y los miembros del «IPRI» prosiguieron:

—En realidad, el único cuerpo que nosotros, los humanos, podemos ver y tocar es el último en la escala de densidades. Pero hay otros, como el llamado «vital» o «etérico», como el «astral», etc., que no podemos ver y que muy pocos conocen. Vamos a hablarte de ellos.

»El cuerpo «vital» o «etérico» es una reproducción de todos los órganos de nuestro cuerpo visible. Sin embargo, como te decimos, no es posible verlo con los sentidos de que disponemos.

»Los seres del espacio, nuestros «guías», nos han manifestado que lo forman unas ondas muy similares a las que constituyen la base de la radio, televisión, etc.

»Todos sabemos que dichas ondas no son visibles. Sin embargo, nadie duda de su existencia. Y son captadas y utilizadas con instrumentos apropiados. Pues bien, algunas personas —muy iniciadas en estas verdades— han llegado incluso a ver esos «cuerpos». Y aseguran que despiden una sutil fosforescencia.

»Nosotros no hemos logrado «captar» el cuerpo «vital» o «etérico».

—Pero, ¿para qué sirve dicho «cuerpo»? ¿Cuál es su finalidad?

—Ellos nos han explicado que permite captar y asimilar la energía cósmica y solar, vivificando así todo el sistema celular, integrado en ese otro «cuerpo» más denso y que por sí solo no podría absorber la energía precisa para su desenvolvimiento.

»A veces puede notarse la falta del citado cuerpo «etérico» o «vital» en algunas partes del cuerpo físico visible. Por ejemplo, es muy frecuente notar un cierto adormecimiento o cosquilleo en las piernas o brazos. Generalmente decimos que «se nos ha dormido un pie o una mano». Pero no. Lo que ocurre en realidad es que una parte del cuerpo «vital» se ha separado momentáneamente y accidentalmente de esa zona del cuerpo visible, produciendo el conocido y comentado efecto.

»Éste, ni más ni menos, es el secreto de la anestesia. Bien de forma parcial o total, el cuerpo vital puede ser separado del físico-visible, produciendo los efectos anestésicos o de inconsciencia. La «separación» de dicho cuerpo etérico o vital se logra con relativa facilidad; bien por medios químicos, psíquicos o magnéticos.

»Queda claro entonces que el cuerpo «vital» o «etérico» tiene una doble función: servir de «receptor» de la energía cósmica y solar distribuyéndola por todos los órganos, fluidos y tejidos del cuerpo inmediato inferior, que es el visible para nosotros, sirviendo, además, de puente entre el «cuerpo» inmediato superior —y que nosotros llamamos «alma»— y el más denso o cuerpo físico-visible. Pero, ¡atención!, el «alma» no es lo que nosotros entendemos por tal...

»Ellos nos han detallado que el «alma» o «astral» —como lo denominan también— es otro «cuerpo», mucho menos denso que los anteriores y que resulta imprescindible para la conexión entre el mundo de la Materia y el del Espíritu.

Los miembros del «IPRI» comprendieron que todo aquello era sumamente confuso y puntualizaron:

—Te preguntará qué diferencia puede haber entre «alma» y Espíritu. Nosotros, cuando los «guías» hablaron de esto, también lo preguntamos.

»Los seres de «Apu» y «Ganimedes» manifestaron que el Espíritu o Supremo Yo es inmortal. Que procede de Dios o del «Profundo» y que, por eso, es eterno. Nada puede destruirlo. Desde el instante en que es creado por la Suprema Fuerza, el Espíritu —el tuyo o el nuestro o el de cualquier ser inteligente del Cosmos— emprende un camino único para todos los que procedemos del «Profundo»: el de la Eterna Vida.

»Y ese sendero será prácticamente eterno. Porque ilimitada es la Sabiduría e ilimitado es el Amor.

»Ese Espíritu, sin embargo, deberá conocer y experimentar todas las verdades del Universo. Y para ello —según los planes Cósmicos o Divinos, como nosotros los llamamos— deberá empezar desde los niveles o planos más bajos y primitivos, elevándose progresivamente...

Los miembros del «IPRI» prosiguieron su exposición, mostrándome aspectos relacionados con «el más allá» pero que, en mi opinión, quizá sean más fáciles de comprender si primero completamos las «comunicaciones» que hacen alusión a la «constitución» o «estructura» del cuerpo humano.

—...Ese Espíritu —habían continuado— no puede vincularse directamente con el mundo de la Materia. Sería imposible. Y necesita para ello una serie de «puentes» intermedios —más sutiles que el denso soporte físico final— que hagan posible la conexión. Una unión, por otro lado, absolutamente necesaria para el Espíritu. Como te decíamos, el sendero del «Supremo Yo» o «Espíritu» necesita durante mucho tiempo de esos soportes físicos o cuerpos materiales que le permitan ir enriqueciéndose.

»Y el «alma» o «astral» es otro de estos «cuerpos» —infinitamente más sutiles que el físico-visible— que enlaza ambos mundos: el material y el espiritual.

—Siempre hemos identificado el «alma» con el «Espíritu»...

—Ellos nos han hecho ver que no es así. Sin embargo, lo esencial —al menos para nosotros— es que el Espíritu existe, que es eterno, que no podrá desaparecer jamás.» ¡Somos eternos!

—Entonces, suponiendo que el «alma» o «astral» sea otro cuerpo, ¿cuál es su misión específica y concreta?

—En todo ese conjunto de Materia y Espíritu que constituye el ser humano, el «alma» desempeña un papel vital. El «alma» —al servir de lazo entre ambos mundos— dirige, controla y legisla todas las emociones, deseos y posiciones del individuo.

»El «alma» o «astral» canaliza las emociones del ser humano. Canaliza sus pensamientos y hasta sus relaciones con los otros seres.

»Pero hay más «cuerpos»...

Mi confusión había vuelto a llenar mi cerebro. Quizá por ello, los miembros del «IPRI» desistieron de continuar la explicación, concluyendo:

—El ser humano dispone de varios «cuerpos» —todos ellos muy distintos en densidad—, pero que sirven para un único fin: permitir al Espíritu una más fácil y completa asimilación de las verdades del Universo. Porque éste, según los «guías», es el camino de la Verdad que sigue todo Espíritu.

»Sin embargo, no te hablaremos por ahora de los otros «cuerpos», puesto que tu mente quizá no los asimilaría.

—Entonces, cuando un hombre nace, ¿dispone ya de toda esa gama de «cuerpos» más y menos densos?

—Eso es lo que conocemos por los «guías». Cada «cuerpo» o «vehículo» tiene una densidad y constitución molecular distintas y se acoplan perfectamente entre sí. En la cúspide de la «pirámide» —si es que es válida la comparación— se encuentra siempre el Espíritu, que procede del Sumo Hacedor o de la Suprema Fuerza, como queramos llamarla.

»Pero, según el primitivismo de los planos o niveles donde «aparezca» el Espíritu, así de densos serán también los «cuerpos» que le sirven de «puente» y apoyo.

—Pero analicemos primero el «paso» de la muerte —se adelantó otro de los miembros del «IPRI»—. Según esta nueva concepción del cuerpo humano, ¿qué es en realidad la muerte?

»Cuando ese soporte físico o cuerpo visible falla y se produce lo que conocemos por «muerte», el «cuerpo» vital o etérico se paraliza también y se paraliza el suministro de energía solar al conjunto. En ese momento comienza un irreversible proceso de desintegración.

—¿Y qué sucede con los otros «cuerpos» y con el Espíritu?

—Según los «guías», una vez producida la muerte, el Supremo Yo o Espíritu necesita de un período que oscila entre 20 y 30 horas para desprenderse del cuerpo o soporte visible y, al mismo tiempo, fijar en su «memoria perpetua» las experiencias y conocimientos que ha asimilado en esa vida que acaba de concluir.

»Una vez liberado de todos los «cuerpos», el Espíritu —libre ya del mundo de la Materia— puede precisar con exactitud su grado de perfección. Si el conjunto de esa nueva vida significa un acercamiento total a la Perfección. Si las actuaciones de dicho Espíritu a lo largo de la existencia que ha terminado han sido fieles al mandato de Amor y Justicia que lleva impreso en su esencia todo ser creado por el «Profundo», ese Espíritu o Supremo Yo entrará en un nivel o plano más elevado que del que acaba de salir.

—¿Otro plano superior?

—Exacto. Los seres del espacio nos han revelado que el Universo entero se rige por una Ley de la Evolución Progresiva. Todos los seres que proceden del «Profundo» deben recorrer —por llamarlo de alguna manera— un sendero en el que van asimilando las verdades del Ser, del Amor. Pero ese «camino» comienza en planos muy primitivos. Y el Espíritu va pasando —conforme termina y comienza otra vida o existencia— de un nivel o plano a otro. Durante las primeras etapas, el Espíritu precisa de soportes o formas físicas muy densas, como en nuestro caso. Y progresivamente, conforme se va elevando espiritualmente, esos cuerpos o soportes físicos son menos densos. Más perfectos.

»Pero el camino no concluye ahí, con el paso a niveles o planos donde el soporte físico encuentra una perfección superior. Nuestros «guías» saben que en los más elevados planos —aquellos donde el conocimiento de Dios es más perfecto— el soporte físico desaparece. Y el Espíritu existe libre. Puro. Similar a la Energía. Santo.

—Y nosotros, ¿en qué nivel o plano nos encontramos?

—En uno de los primitivos, según los «guías». Tenemos por delante un camino infinito. Al igual que ellos. Porque nos han repetido muchas veces que el camino de la Perfección no tiene fin. Como no tiene fin el Amor o la Sabiduría.

»Nuestro nivel o mundo es considerado por ellos como «infierno»...

—¿«Infierno»? ¿Es que ellos creen en el «infierno» y en el «cielo»?

—Sí, sólo que el concepto de ambos términos no es el que tantas veces nos repitieron a nosotros en las escuelas e iglesias.

»Para ellos no existe un infierno como lugar definitivo de condena. No es posible. Va contra la misma esencia del «Profundo» y contra su sentido de la Perfección.

—Entonces, ¿qué es el infierno para los seres del espacio?

—Un lugar donde el Espíritu no tiene conciencia ni conocimiento de Dios. Donde su existencia transcurre en la ignorancia y el dolor. Donde la vida, en suma, es difícil, angustiada, ciega...

»La Tierra, nuestro planeta, es uno de esos «infiernos». Porque aquí se muere antes; porque aquí existe el dolor y la enfermedad; porque aquí el Espíritu necesita de un soporte físico más denso y pesado; porque aquí, en fin, el conocimiento de la Verdad es incipiente.

—¿Y qué es el «cielo» entonces?

—El acercamiento a la Verdad. A esa Verdad que es al mismo tiempo Amor y Perfección. El paso a niveles donde el Espíritu se siente pleno del «Profundo». Donde su discurrir es plácido y sin temores. Donde los soportes o formas físicas que precisa ese Espíritu para su constante desarrollo son más limpios y ligeros. Donde el dolor ha sido desterrado. Y el egoísmo. Y la mentira. Y la ignorancia.

—¿Y cómo se llega a esos niveles superiores o «cielos»?

—Ya te lo hemos dicho. Sólo a través de la perfección personal. Cuando el Espíritu se ve libre del soporte o cuerpo físico —es decir, cuando fallecemos—, él mismo sabe y se da cuenta de su estado. Si las experiencias vividas en esa existencia arrojan un saldo positivo, por llamarlo de alguna manera, el Espíritu pasará por sí mismo, y porque así está señalado en la Ley de la Evolución Progresiva del Cosmos, a un nivel superior donde volverá a «nacer».

—Pero esto es la «reencarnación»...

—No exactamente. Los «guías» no emplean nunca esta expresión. Porque no se vuelve a «nacer», necesariamente, con el mismo soporte físico. Es decir, según los extraterrestres, al pasar de un nivel a otro —superior o inferior—, el Espíritu, que sí es inmutable, puede encajar —y de hecho así ocurre en el Universo— en un cuerpo o forma física distinto a los anteriores. Eso significa, nada más y nada menos, que podemos volver a «nacer» en otro mundo o en una época más avanzada de nuestro propio planeta...

—¿Podemos «nacer» otra vez en un lugar distinto a la Tierra?

—Así ocurre, según los «guías». Lo que cuenta en verdad es el Espíritu, el Supremo Yo. Y en los planes cósmicos está previsto que cada Espíritu atraviase por múltiples experiencias. Todas ellas, insistimos, necesarias para su perfección.

»Los mismos «guías» —según nos han comunicado— proceden de niveles o planos inferiores. Todos han sido creados por la Gran Fuerza o Dios. Y todos tienen señalado un rumbo: el de la búsqueda de la superación. Para ello deben conocer las verdades del Universo desde las más ocultas raíces...

—Pero, según esto, si todos procedemos de otros niveles o planos, ¿cómo es que no recordamos ninguna de esas vidas pasadas?

—Porque nos encontramos en un nivel muy primitivo. El Espíritu posee —según nos han enseñado los seres del espacio— una «memoria perpetua». Es decir, una memoria propia que se va formando en el transcurso de todas y cada una de esas vidas o niveles por los que necesariamente pasa. Al morir, y a lo largo de ese espacio de 20 ó 30 horas, el Espíritu asimila en su memoria perpetua las vivencias y enseñanzas de la vida o plano que ha concluido.

»Según los «guías», mientras dicho Espíritu no entre en niveles superiores, la memoria perpetua no podrá encajar en el soporte o cuerpo físico encargado de sostener el Supremo Yo.

»Ahora, por ejemplo, durante nuestro paso por este mundo, dicha memoria perpetua no puede ser absorbida por el cerebro físico. Sería como tratar de meter un lago en una botella...

»De ahí que —al «funcionar» únicamente el cerebro físico— no recordemos ninguno de los planos o niveles inferiores o pasados.

—Pero esto es muy sabio y prudente —añadió otro de los socios del «IPRI»—. Si pudiéramos recordar y revivir otras existencias anteriores en un nivel o plano donde el Espíritu no se encuentra todavía auténticamente formado y preparado, el resultado sería desastroso, horrible..., ¿quién sabe realmente cómo ha sido su pasado? ¿Cómo hemos podido vivir y morir?

»Sólo en el instante en que el Espíritu se mueve en un nivel elevado —como puede ser el caso de estos extraterrestres—, la memoria perpetua del ente es asimilada por el soporte físico y el «pasado» aparece claro ante el nuevo ser.

—Entonces, nosotros, los humanos, podemos proceder de otros planetas.

—Es que muchos de nosotros —según los «guías»— no somos originarios de la Tierra. Ellos saben los orígenes de los que participamos en la «Misión RAMA». Y podemos asegurarte que casi todos procedemos de mundos distintos a éste.

»Y lo mismo ocurre con otros muchos humanos. La Tierra es un planeta considerado por los seres de la «Confederación» como «infierno». La vida es dura y muy alejada de la Verdad. Aquí —según ellos— retroceden muchos seres cuya actuación a lo largo de una determinada vida o plano no admite una elevación. Pero hay también otros muchos mundos considerados como «infiernos». Incluso, peores a éste.

—Y nosotros, ¿podemos proceder de otro plano o mundo superior?

—Por supuesto. En los «planes cósmicos o divinos» está perfectamente previsto que —a partir de determinados niveles mínimos— el Espíritu puede descender, como consecuencia de su falta de Amor.

»En nuestro caso —que es el que mejor conocemos—, los seres humanos podemos proceder de niveles más primitivos o, incluso, de mundos donde los soportes físicos y el Espíritu están muy por encima de los que aquí conocemos. Lo más frecuente —según los «guías»— es lo primero.

»Resulta lógico que un ser creado en un plano primitivísimo —como sucedió con los hombres de las cavernas— no pueda evolucionar y asimilar las verdades del Universo en una simple y corta vida. Ni siquiera su soporte o cuerpo físico es adecuado. Está sometido a enfermedades. Resulta incómodo.

Torpe.

»Y su Espíritu, recién creado, se encuentra prácticamente a cero, necesitado de experiencias, de conocimientos. Todo ello sólo podrá lograrlo en un largo camino. Un camino que abarcará toda una «eternidad». Y ese Espíritu volverá a nacer con un cuerpo más perfecto. Y en una época más avanzada. Y necesitará de nuevas experiencias y de nuevos conocimientos. Y seguirá muriendo y naciendo...

»Hasta que un día, ese Espíritu se encuentre en situación de comprender y discernir entre el Amor y el Egoísmo. Y comenzará entonces a abrirse paso en niveles y mundos distintos, más elevados. Desde la Sabiduría del «Profundo» se mostrará con más fuerza. Y si el Espíritu vence los numerosos obstáculos, su propia elevación personal, su propio y progresivo acercamiento al Amor le permitirá seguir avanzando hacia planos todavía más amplios y perfectos. Y podrá llegar el instante en que el Espíritu se vea desprovisto, incluso, del ropaje de la Materia, permaneciendo libre, puro.

»Los «guías» se refieren a esos niveles superiores del Espíritu y nos comentan que también fueron revelados al ser humano a través de los libros santos.

»—...Son los llamados «grados de perfección en el Señor» los que permanecen más cerca del «Profundo». Nosotros, ni siquiera hemos iniciado la andadura...

'—¿Quiere decir esto que los llamados «ángeles», «arcángeles», «serafines», «querubines») «dominaciones», «tronos», «potestades »,etc., son Espíritus más o menos próximos al «Profundo»?

—Sí, por supuesto. En ese largo camino hacia la Perfección hay seres que van muy por delante. Y sus Espíritus, como te decimos, han llegado incluso a desprenderse de todo soporte físico.

»El hombre y otros seres del Universo parecidos a él se mueven en planos inferiores.

«Nuestro Espíritu, por ejemplo, tiene que desenvolverse como el guerrero que camina dentro de una pesada armadura. Sus movimientos, su sentido de lo que le rodea y de sí mismo serán siempre más primitivos y superficiales que en aquellos otros seres cuyos Espíritus gozan de soportes físicos menos densos.

»Pero todo esto es necesario para el sabio y completo desarrollo del Supremo Yo.

»A lo largo de sus muchas existencias o niveles, aprenderá e irá acercándose así a la Suprema Perfección, que es su origen.

—Pero, ¿por qué motivos se «retrocede»? »

—Por una falta de Amor que impide elevar el Espíritu a planos superiores.

»Muchos de nosotros preguntamos a los «guías» el porqué de tantas injusticias. Por qué en nuestro mundo se daban esas brutales diferencias sociales, económicas/ etc. Por qué unos seres vivían felices y otros, en cambio, se veían y se ven sumidos en la miseria.

»Y ellos contestaron:

»—Cada Ser tiene marcado el sendero de la Perfección. Y debe beber de todas las fuentes de la Verdad. Porque, aunque la Verdad es sólo una, los caminos para llegar a ella son tantos como las estrellas que veis lucir en vuestro firmamento.

»Es así, conociendo las más diversas experiencias, como el Espíritu se remonta hacia la Sabiduría.

»Ellos nos repiten que la injusticia no concluye con la injusticia. Porque en los «planes cósmicos» está escrito que el que sólo ha sabido vivir en el Egoísmo y en la Injusticia deberá desandar lo andado y sufrir lo que en esa existencia no sufrió.

»—Sólo sufriendo y amando —nos han comunicado ellos— se comprende a la Humanidad.

»Todo ser que vuelca sus fuerzas y conocimientos en sí mismo y olvida la ley del supremo Amor se cierra a sí mismo el paso a mundos superiores. Por eso ninguna injusticia queda impune.

»Somos nosotros mismos quienes nos «salvamos» o «condenamos», tal y como dice la Biblia. Porque somos nosotros mismos, nuestro Espíritu, quien elige.

»Ellos nos han puesto varios ejemplos. Este largo camino —dicen— viene a ser como el del estudiante que, poco a poco, va ascendiendo en sabiduría y, por tanto, en grados o cursos. Si el estudiante no está preparado para pasar a otro nivel, deberá permanecer en ese plano o curso hasta que su formación y desarrollo así lo permitan.

»Y ocurre, incluso, que no todos los seres que viven en una misma época se desenvuelven en los mismos niveles. Pero todo esto es demasiado complejo para que puedas entenderlo en tan escaso tiempo...

Indudablemente, las palabras de los miembros del «IPRI» sonaban en mi cerebro a confusión y misterio.

—Pero, volviendo al comienzo de nuestra charla, ¿qué ocurrirá con todos aquellos que no sean rescatados y que perezcan en esa anunciada autodestrucción?

—Morirán, sí, mas para poder vivir. Porque eso es la muerte: un principio constante de Vida.

«—Nosotros—nos han dicho los extraterrestres— también morimos. Es imprescindible cuando se dispone de cuerpo o soporte físico para elevarse. Morir es tan necesario y fundamental en el desarrollo del Espíritu como el oxígeno para el desenvolvimiento de nuestros cuerpos.

»Todos los que desaparezcan en la catástrofe nacerán a la vida allí donde los «planes cósmicos» lo hayan previsto.

»Lo importante, lo decisivo, lo maravilloso —concluyeron— es que nuestros espíritus son eternos. Jamás podrán desaparecer. Nuestro caminar por el Universo podrá ser más o menos azaroso, pero siempre tenderá a la Perfección y al Amor.

—Todo esto —comenté— ya está en los libros sagrados... —En efecto. Pero, ¿cuántos lo cumplimos en verdad?

Alguien tomó en aquel instante los Evangelios y leyó:

—«Mi Reino no es de este mundo... Seguidme porque Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida...» Nosotros hemos encontrado, al releer la Biblia, muchas explicaciones a lo que hasta ahora permanecía oscuro en nuestros corazones. Escucha: «Y había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, príncipe de los judíos. Éste vino a Jesús de noche y díjole: Rabbi, sabemos que has venido de Dios por maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no fuere Dios con él. Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere otra vez, no puede ver el Reino de Dios.» «Dícele Nicodemo: ¿Cómo puede el hombre nacer siendo viejo?, ¿puede otra vez entrar en el vientre de su madre y nacer?» «Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciese de agua y del Espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer otra vez.»

»Esto puedes leerlo en el Evangelio de San Juan, capítulo 3, versículos 1 al 7.

»Los primeros cristianos conocían estas verdades. De ahí que su fortaleza a la hora de enfrentarse al martirio fuera grande. Ellos sabían que la muerte sólo era la vida.

—Pero, ¿por qué razón no se ha seguido enseñando todo esto?

—Porque el egoísmo y la oscuridad entró también en la Iglesia. Y a partir del primer Concilio Ecuménico de Nicea, en el año 325 de nuestra Era, y de los posteriores, los cristianos fueron olvidando estas verdades cósmicas. La vida para la Iglesia se hizo más cómoda y libre a partir de los decretos de Constantino, y las tinieblas de la Edad Media terminaron por borrar tan profundas verdades. Pero las palabras de Jesucristo son categóricas...

»A medida que la Iglesia fue aumentando su poder terrenal y su dominio, riquezas y acaparamiento de las Ciencias, se fueron extendiendo los dogmas creados por los hombres. Y la verdadera doctrina del Salvador fue perdiendo vigencia. El mundo entero ha ido olvidando la Verdad del Cosmos, anunciada por Cristo.

»Porque, de no ser así, de no haber olvidado el mensaje de Amor del Enviado del «Profundo», ¿cómo podemos explicar la existencia de una institución llamada «Santa Inquisición»? ¿Cómo explicar sus aberraciones? ¿Cómo entender las violencias y «guerras santas» de Papas y Cardenales del Medievo y Renacimiento? ¿Cómo explicar nuestras actuales separaciones y diferencias? ¿Cómo explicar tanta brutalidad, odio y violencias como hoy se extienden por el mundo?

—Sigo sin comprender algo. Si la muerte no significa fin o desaparición, ¿por qué tratan de rescatar a una parte de esa Humanidad que aseguran será destruida?

—Porque la «Confederación» desea concluir con esta constante sucesión de catástrofes que sólo están conduciendo a la desaparición de la especie llamada humana.

XXI. EL «AVISTAMIENTO»

Si no recuerdo mal, esta última y extensa entrevista con algunos de los miembros del «IPRI» que afirman estar en contacto telepático con seres del espacio iba a ser, en realidad, la última grabación que recogiera en mi reportaje e investigación sobre el tema de los Extraterrestres y el «IPRI».

Habían sido dos semanas de constante labor de recopilación. De entrevistas con casi la totalidad de un grupo que —por primera vez en el mundo— se había decidido a hablar públicamente sobre «sus» comunicaciones con seres de otros planetas.

Durante este período en Lima había tratado de recoger el máximo de detalles. Había procurado investigar a fondo, aunque cautelosamente, la personalidad de aquellos miembros del «IPRI» que parecían más implicados en la fantástica experiencia.

En este último sentido debo reconocer que nada de lo que averigüé resultaba anormal o sospechoso. Cada uno de los treinta o cuarenta peruanos que integraban aquel grupo seguía con fidelidad sus estudios o trabajo diario. Cada cual hacía su vida con absoluta y desconcertante normalidad.

—Es vital que nuestras «comunicaciones» con los «guías» —me habían repetido en varias oportunidades— no desequilibren nuestras vidas y profesiones. Por eso nos recomiendan no abusar del contacto telepático...

Mil veces me pregunté si no habría algún afán lucrativo tras todo aquello. Pero no logré descubrirlo. Cada miembro del grupo —muchos de ellos de elevada posición social— se comportaban en su vida diaria con gran discreción. Sólo conversaban sobre estos temas con aquellos a los que conocían bien.

«Es inútil que hables con aquellos que no pueden comprenderte...», afirmaban.

Recuerdo que ninguno de ellos hacía gala de sus experiencias. Muy al contrario, su humildad y sencillez parecían crecer a cada instante. Era como si «algo» hubiera variado el rumbo de sus vidas. Y lo hubiera variado profunda y radicalmente. Pero yo entonces no podía comprender...

Aún más. Al cumplirse aquellas dos primeras semanas de estancia en Perú, mi mente había experimentado un sensible cambio en relación con el tema de los «Extraterrestres». Después de escuchar las explicaciones de los miembros del «IPRI», después de leer y releer mis notas, aquel formidable y complicado cúmulo de relatos acrecentó mis dudas. Una y otra vez me repetía a mí mismo:

«No es posible tanta fantasía. Esto sólo puede ser una invención, un formidable y, eso sí, espléndido "montaje"..."»

Y, como digo, con el paso de los días, mi escepticismo fue ganando terreno de forma asombrosa. Seguía entrevistándome con los miembros del grupo porque algunos de los cabos del reportaje se encontraban todavía sueltos. Sin embargo, conforme aumentaban los detalles y explicaciones sobre los seres del espacio y la mencionada «misión», mi objetividad comenzó a inclinarse peligrosamente hacia la incredulidad.

«¿Qué pruebas tengo realmente? —me repetía una y otra vez—. ¿Es que acaso he visto alguna de esas naves? ¿Cómo puedo creer semejante sucesión de relatos de ciencia ficción?»

Y recuerdo que una mañana, al cerrar mi magnetófono, anuncié a varios de los miembros del «IPRI»:

—Dentro de algunos días regresaré a España. Pero, sinceramente, no puedo decirles que me lleve una prueba sólida y definitiva de lo que me habéis relatado. Si es tan simple y sencillo, ¿por qué no me autorizáis a acompañaros a uno de esos «avistamientos» o confirmación física?

Los miembros del «IPRI» me escucharon en silencio y con gran seriedad. Y al final comentaron:

—Muy bien. Lo consultaremos...

En realidad, ahí quedó todo. Yo me olvidé prácticamente del asunto y me dediqué de lleno en los días siguientes a la elaboración de otro reportaje que, por su trascendencia, relegó el tema de los ovnis a un segundo plano.

Varios de los miembros del «IPRI» que trabajan en la Sección de Arqueología me habían puesto tras la pista de un sensacional descubrimiento: las piedras grabadas de lea, al sur de Lima. Ya dicho hallazgo me entregué de lleno durante los días sucesivos.

Recuerdo que aquel segundo viaje a lea y desierto de Ocucaje duró tres o cuatro jornadas.

Durante ese tiempo, mi espíritu había vuelto a recobrar la serenidad. El tema de los «guías» extraterrestres se me antojaba lejano. Apasionante, sí, pero sin base.

Por ello, cuando al retornar a Lima me encontré con un aviso de los miembros del «IPRI», mi extrañeza fue grande.

«Tenemos una buena noticia para ti», decía el aviso que encontré en mi hotel.

Y me acerqué una vez más a la calle Junín, 402, en el distrito de Barranco. Allí, cara al Pacífico, me anunciaron algo que, al principio, no comprendí del todo:

«Los "guías" nos han comunicado que sí, que puedes asistir al próximo "avistamiento". Será el sábado por la noche.»

Y Carlos Paz Wells, sonriente, me alargó una hoja de papel en la que —escrito a mano— pude leer:

«Sí, Qulba.

¿VA A HABER CONTACTO EL SÁBADO? Sí.

Contacto día sábado 7 Hora 7,30 en lugar Hora de contacto 9,00

Personas: Eduardo, Mito, Sixto, Carlos, Juan José, Berta, Lilian, Ana María, Paco y aquellos que consideren aptos no más de tres.»

El mensaje o la comunicación tenía fecha del 2 de setiembre de 1974.

Tomé la hoja de papel y pedí que me la leyeran, puesto que había algunas palabras que no terminaba de comprender.

Carlos concluyó la lectura de la «comunicación» y me preguntó:

—¿Qué dices ahora? Suponemos que estarás satisfecho...

En realidad no sabía qué decirles. Pero mi silencio no se debía a la emoción, ni mucho menos. Porque «aquello» que Carlos Paz Wells me mostraba ilusionado no había levantado en mí el menor soplo de sorpresa o emoción. Y creo que la explicación resultaba evidente.

«¿Cómo es posible —me repetía a mí mismo— que esta farsa pueda llegar tan lejos...? ¿Es que no se darán cuenta de que todo esto es ridículo, irreal, absurdo...? ¿Es que pretenden que crea que el próximo sábado voy a ver un extraterrestre o una partida de ellos?»

Carlos Paz Wells debió notar mi indiferencia y comentó:

—No te pedimos que creas nada todavía. Espera al sábado. En realidad no sabemos en qué va a consistir la confirmación física, pero la habrá. Ven por aquí hacia las cuatro de la tarde. Tenemos que ir en coche...

—Sí, claro —respondí mientras guardaba aquella hoja de cuaderno—. Aquí estaré.

Y sin más, como si realmente no hubiera ocurrido nada, busqué una excusa y regresé al centro de Lima. Aquella tarde comenté el hecho con otros dos miembros del «IPRI» —Tito Aisa y Tiberio Petro León, expertos en Arqueología y con los que había conocido el fascinante tema de las piedras grabadas de Ocucaje—, y los tres, casi sin querer, llegamos a una misma conclusión:

«Todo esto resulta excesivamente sencillo para que sea cierto.»

Muchas personas con las que he hablado a mi regreso a España me han preguntado cuál fue mi estado de ánimo durante esos días que permanecí «a la espera» del sábado.

Pues bien, creo que no comprendían mi casi absoluta indiferencia. Sin embargo, así era. Yo había recibido aquella noticia —y no me cansaré de repetirlo— con la peor de las disposiciones. Como digo, algo que no he sabido explicar me impulsaba entonces a dudar.

Y no es que yo sea precisamente un escéptico en materia de vida exterior e, incluso, de ovnis. Mi interés por el tema, mis investigaciones y mis deducciones eran muy anteriores a esta experiencia en Perú. No sé si lo habré mencionado a lo largo de este trabajo, pero estoy convencido de que existen seres inteligentes —superiores al hombre— que visitan nuestro planeta desde tiempos muy remotos.

Pero, de ahí a creer a pie juntillas que al cabo de cuatro días iba a presenciar un «avistamiento» de ovnis...

El caso es que durante dicha primera semana de setiembre yo me dediqué por entero a la recopilación de datos sobre el tema de los cantos rodados de lea. Mis contactos con los miembros del «IPRI» se interrumpieron y sólo

las 11.000 piedras grabadas del doctor Cabrera Darquea llenaron mi tiempo y mi interés.

Pero llegó el sábado, 7 de setiembre.

Recuerdo que aquella mañana la empleé en concluir una de las conversaciones con Tiberio Petro León, colaborador del profesor Cabrera Darquea y realizador de los dibujos-desarrollo de las «ideografías». Nuestras discusiones sobre el tema y el análisis del material de que disponía nos hicieron perder el sentido del tiempo. Y sin comer, después de recoger precipitadamente mis apuntes y dibujos, me lancé a la calle a la caza del taxi. Mi reloj señalaba las tres y media de la tarde.

«Y tampoco es cuestión de llegar tarde a una cita con los extraterrestres...», me dije a mí mismo, agotando así el último vestigio de humor que, al parecer, tenía asignado para aquel desconcertante 7 de setiembre.

Desde ese instante, mi disgusto fue aumentando lenta pero concienzudamente. ¿Por qué? Pienso que había una razón fundamental. Conforme fueron pasando las horas y conforme nos fuimos aproximando al lugar donde iba a producirse el «fenómeno», mis pensamientos se iban revelando. Mi sentido común reaccionó. Algo seguía gritándome en lo más profundo que aquello sólo podía ser un fraude.

Pero me había comprometido. Y aunque sólo fuera por educación me veía obligado a seguirles.

Llegué a la puerta de la sede del «IPRI» a la hora fijada. Allí se encontraban ya varios de los que habían sido «citados» en la «comunicación» del 2 de setiembre.

Al principio hubo algo que me alarmó. Algunos de los miembros del «IPRI» se habían preparado como si «aquello» se tratase de una prueba de supervivencia en el Ártico. Pregunté la razón de una indumentaria tan abundante, y los hermanos Paz Wells me comentaron que el desierto peruano de Chilca resultaba extremadamente frío durante la noche.

Aquello terminó de desmoronar mi escaso optimismo. Toda mi indumentaria se limitaba a un par de ligeros jerséis. Pero ya no había tiempo de regresar a Lima...

Y a las cuatro y media en punto partíamos a bordo de dos coches. En uno de ellos, Eduardo Elias, ingeniero y miembro del grupo del «IPRI» que afirma estar en comunicación con los seres del espacio; Lilian, azafata de una conocida agencia de viajes de Perú; Berta, un ama de casa que, al igual que Lilian, no formaba parte del «IPRI», y yo.

En el segundo vehículo, Carlos Paz Wells, Francisco Oré Tippe —ambos miembros del grupo— y otros dos universitarios —Mito y David— que acudían a la «prueba física» en calidad de «invitados», al igual que Berta, Lilian y yo.

—¿Y hacia dónde cae Chilca? —pregunté al instante a Eduardo Elias, el ingeniero.

—Tardaremos algo más de hora y media. Los arenales de Chilca se encuentran al sur de Lima.

En cuestión de minutos nos adentramos en la carretera Panamericana. Lima quedó atrás y yo me vi envuelto en lo que, sin lugar a dudas, iba a ser la más desconcertante aventura de mi vida.

En nuestro vehículo, como digo, viajaba uno de los miembros del grupo del «IPRI».

Eduardo Elias Poveda, ingeniero, de unos 42 años, casado, había asistido ya —según sus propias palabras— a numerosos «avistamientos» de naves.

Durante buena parte del viaje me asaltó la idea de interrogarle sobre la posibilidad de un fraude. Creo que la pregunta no le habría molestado. Sin embargo, observé en él tal naturalidad, tal convencimiento de que íbamos a una «confirmación física», que desistí. Y mis pensamientos, sin querer, escaparon poco a poco de aquel vehículo y de aquel país para meterse de lleno en el mundo de mi familia y de mis amigos de España, de Bilbao. En realidad era mi cumpleaños y la melancolía deseaba competir por lo visto con mi mal humor...

Y pienso yo que fue ese bucear en mis pensamientos y recuerdos lo que me permitió recorrer los 70 u 80 km en un abrir y cerrar de ojos.

—Hemos llegado —comentó el ingeniero mientras giraba a la izquierda y se introducía con el coche por una amarillenta y breve llanura—. Estaremos en el lugar en poco tiempo.

Detrás, a pocos metros, y con las luces encendidas, observé cómo el vehículo de Carlos Paz realizaba la misma maniobra. Eran, poco más o menos, las seis de la tarde. Sin embargo, el día había comenzado a escaparse por detrás del Pacífico y aquella progresiva oscuridad se hizo más densa conforme el coche del ingeniero se adentraba en los llamados «Arenales de Chilca».

En realidad, según pude observar, se trataba de un terreno volcánico en el que la arena del desierto se había mezclado con numerosos restos de lava, formando una costra sólida y desolada.

No vi montañas. A lo sumo —y casi confundidos con la oscuridad— algunos cerros tan pelados como la llanura. Recuerdo que me llamó la atención la absoluta desolación del lugar. Una vez abandonada la carretera Panamericana, los vehículos comenzaron a cabecear por una especie de sendero, formado sin duda por las ya frecuentes idas y venidas de los coches del «IPRI».

Según el ingeniero, aquel sector —conocido por ellos como «La Mina»— era uno de los más frecuentados por el grupo a la hora de establecer «contactos físicos».

—Hay varias razones para ello —comentó Eduardo Elias—. En primer lugar, los «Arenales de Chilca» coinciden con una de las trayectorias que habitualmente siguen las naves al entrar o salir de una de sus «bases» submarinas, al sur del país. Ellos, los «guías», nos han explicado que siempre procuran que los «avistamientos» o confirmaciones físicas coincidan con las coordenadas que, en ese momento, sigan algunos de sus aparatos. Y Chilca, según parece, reúne esta condición, puesto que se encuentra muy cerca de dicha base submarina.

«Además, como puedes apreciar, aquí no hay poblado alguno. El sitio es perfecto. Y para nosotros tampoco supone un grave trastorno, puesto que el desplazamiento apenas si nos cuesta hora y media.

La oscuridad se había ido echando poco a poco sobre aquel 7 de setiembre. Yo apenas si podía vislumbrar ya más allá de donde alcanzaba mi brazo.

Media hora después, el coche de Eduardo Elias Poveda se detenía.

—Ahora —comentó— es preciso continuar a pie...

Y allí quedaron ambos vehículos, en mitad de la oscuridad.

Y el grupo, encabezado por Carlos Paz Wells, tomó varias linternas y comenzó a caminar.

En realidad, aquello comenzaba a adquirir para mí tintes verdaderamente grotescos. Los miembros del «IPRI» nos habían comentado antes de iniciar la marcha:

—«La Mina» es un lugar con un considerable magnetismo natural... Ésa es otra de las razones importantes para que los «guías» elijan un lugar. El magnetismo facilita su aproximación y descenso.

Aquel comentario, formulado con la mayor seriedad y naturalidad del mundo, sonó en mis oídos —al menos en aquella espesa oscuridad— como algo sin sentido, sin lógica, sin pies ni cabeza.

Creo que caminamos durante poco menos de media hora. Tampoco seguimos un camino o sendero claro. Carlos y Eduardo Elias, siempre en cabeza del pequeño grupo, ascendieron un par de suaves cerros, adentrándose a continuación en otra planicie donde destacaba una cantera abandonada que, según mis cálculos, no levantaría más allá de los ocho o diez metros del suelo. Pero, al parecer, habíamos llegado al lugar...

La noche había cubierto por completo los arenales y sólo la luz de las linternas denotaba la presencia humana en «La Mina».

—Será preciso aguardar —comentó Carlos—. El contacto está anunciado para las nueve...

—¿Y qué hacemos? —preguntó uno de los universitarios que nos acompañaba en calidad de «invitado».

—Ustedes —respondió el ingeniero—, nada. Sólo aguardar. Nosotros siempre hacemos «comunicación telepática» con ellos un poco antes de la hora del contacto.

Y cada cual quedó sumido en sus propios pensamientos. El frío empezaba a sentirse lenta pero despiadadamente.

Un frío penetrante, como sólo puede experimentarse en los desiertos.

Recuerdo que el grupo siguió charlando sobre mil cosas. Carlos y Paco Oré Tippe limpiaron el suelo con la palma de la mano y se sentaron con las linternas entre las piernas.

Pocos minutos después, casi la totalidad del grupo hacía otro tanto. Pero el frío no nos iba a permitir continuar en aquella posición durante mucho tiempo. Y fue preciso, conforme iba avanzando la noche, empezar a dar pequeños paseos y a frotarse el cuerpo con fuerza, a fin de no tiritar como un pollo desplumado.

Creo que aquello, precisamente, fue uno de los factores que más aceleró mi ya considerable enfado. ¡Y era preciso aguardar dos largas horas para que todo terminase! Aquel pensamiento resultaba desalentador. Así que procuré distraerme de alguna forma. No podía alejarme del lugar, puesto que no sabría regresar. Ni siquiera me era posible distinguir los focos de los vehículos que pasaban a varios kilómetros de «La Mina», a través de la Panamericana. Por otra parte, ¿cómo podía retornar a Lima si habían sido los propios miembros del «IPRI» los que me habían trasladado a Chilca?

No tenía más remedio que esperar. Aguardar pacientemente a que el reloj marcara las nueve de la noche...

Y volví a levantarme de aquel pedregoso e ingrato suelo, tan molesto por el frío como por lo embarazoso de la situación. «Pero, ¿cómo diablos he podido llegar a esto?», me repetía sin cesar.

Observé el cielo y sólo pude ver la ya familiar capa de nubes que cubre Lima y un amplio radio durante todos y cada uno de los días del invierno. En aquella época —setiembre—, en Perú comenzaba a salirse del invierno. Un invierno que, como digo, provoca en dicha zona una permanente nubosidad por la que tan sólo se filtra —y con grandes dificultades— la luz solar.

El cielo, como digo, se encontraba aquella noche tan cubierto de nubes, que durante poco más de media hora los últimos rayos del sol proporcionaron al espeso «colchón» una extraña y curiosa luminosidad. Era como si la gran «barrera» nubosa hubiera conservado aquellos últimos vestigios solares. Y lo recuerdo porque, instintivamente, pensé en mi cámara fotográfica, que yo mismo había dejado en el coche por tres importantes razones.

Primera, porque estaba convencido de que era inútil, que allí no iba a pasar nada.

El mismo ingeniero, mientras viajábamos hacia Chilca, me había comentado:

—No os extrañe que, a lo peor, no suceda absolutamente nada. Nosotros hemos pasado por muchas pruebas similares. Acudíamos a los lugares que previamente nos señalaban y allí no aparecía nada ni nadie... Ellos lo consideran como pruebas. Y muy importantes, por cierto...

Aquellas palabras cayeron en mi ya depauperado ánimo como un jarro de agua fría. Y llegué a la conclusión de que «aquello» sólo podía ser una forma de «preparar» el terreno para que nuestra decepción quedara relativamente amortiguada.

Pero había otras dos razones —importantes también— que me habían impulsado a dejar mi cámara fotográfica en el coche.

Segunda, la absoluta oscuridad que reinaba ya en aquellos parajes en el instante de apearnos del vehículo.

Y tercera, la orden, más que ruego, de los miembros del «IPRI» de que no hiciera uso de las cámaras.

«Todavía no es el momento», me dijeron por toda respuesta.

Aquella luminosidad que se desprendía del «colchón» de nubes y que se fue apagando progresivamente me trajo a la mente la posibilidad de que la película —muy sensible— hubiera reaccionado quizás a tal circunstancia.

Pero dicho pensamiento naufragó poco después, cuando la espesa y extensa alfombra de nubes perdió también el comentado resplandor. Y la noche, cerrada por los cuatro costados, se hizo larga y tensa.

Sentado en silencio en aquel desierto, con la barbilla pegada a las rodillas, mis ojos permanecieron largo tiempo fijos en aquel cielo tan negro como falso. Y tengo que reconocer que aquella larga, paciente e involuntaria observación de la capa de nubes sería de gran utilidad para mis posteriores deducciones, a raíz de lo que se iba a producir...

Creo que durante las dos horas largas que permanecemos en «La Mina», los ocho que integrábamos el grupo hablamos de todo. Pero, fue curioso. Casi no se mencionó el tema y la razón que nos había llevado precisamente hasta allí. «¿Sería —pensé yo después— que todos los "invitados" nos encontrábamos molestos y violentos?»

Lejos de aumentar mi nerviosismo, conforme el reloj se fue aproximando a las nueve de la noche, me sentía más cansado y malhumorado. Aquel frío resultaba insoportable...

Recuerdo que pocos minutos antes de las nueve de la noche, Carlos Paz Wells nos anunció que el «contacto visual» —según «comunicación» reciente, sostenida por él mismo con su «guía»— tendría lugar, exactamente, a las nueve y quince. Debíamos, simplemente, esperar.

«Muy bien —me dije a mí mismo—. Pues esperaré... Confío que esto termine lo antes posible. Voy a acabar helado.»

Pasaron los minutos y mi mirada —pienso yo que por esa curiosidad que, a pesar de todo, queda siempre en el fondo del alma— comenzó a pasearse, una vez más, por aquel negro cielo. No había posibilidad alguna de ver una sola estrella o planeta. Y mucho menos, la Luna.

Pero aquella curiosidad mía terminaría por esfumarse al poco, cuando uno de los invitados sacó a conversación el problema de Chile, aireado días antes por toda la Prensa del mundo y especialmente por la peruana.

Aquello nos hizo olvidar —hasta cierto punto— la proximidad del momento. Recuerdo que dos de los miembros del «IPRI» —Carlos Paz Wells y el ingeniero— se encontraban un tanto separados de nosotros y en compañía —si mi memoria no me traiciona— de Lilian. Su distancia respecto de nosotros no rebasaría quizá los treinta o cuarenta pasos.

¿Por qué se habían separado del resto del grupo? La explicación era muy simple. Como consecuencia del intenso frío, todos los que formábamos parte de la expedición nos veíamos obligados a movernos y dar pequeños paseos por la zona, a fin de desentumecer los músculos. Y en aquel instante —las nueve y quince en punto de la noche— dio la casualidad de que los tres, Carlos, Lilian y Eduardo, se encontraban a cierta distancia del resto. No podíamos verles, pero sí oírles.

Pero, de pronto, mientras el grueso del grupo comentábamos las incidencias del país vecino, Chile, escuchamos las voces de Lilian, Carlos y el ingeniero, que se acercaban a nosotros.

—¡Mirad, mirad arriba! —nos decían mientras se aproximaban con paso rápido.

Aquellas voces actuaron sobre el resto del grupo como un fulminante. Nosotros no habíamos visto todavía «aquello» por la sencilla razón de que nos había pillado de espaldas.

Y al volverme hacia el lugar quedé aturdido. Desconcertado. Sorprendido.

Allí arriba, dentro de la espesa capa de nubes, había surgido un disco luminoso...

Un disco cuya luz —y este fue uno de los puntos que más me impresionó— era más intensa que cualquiera de los focos que yo he visto hasta el momento.

Pero, ¿cómo describirlo? ¿Cómo narrar lo que ni siquiera tiene explicación lógica?

Aquel disco permanecía fijo. Inmóvil. Y su luz blanca intensísima se propagaba y difuminaba por entre las nubes, formando en torno al círculo central como una especie de aureola.

Instintivamente bajé los ojos hacia la oscuridad del suelo y del entorno y me comenté a mí mismo:

«¡No puede ser...! ¡Pues estaríamos buenos! ¿Es que me voy a dejar engañar a estas alturas...?»

Y con ese rápido pensamiento en mitad de mi desconcertado cerebro volví incluso el rostro a derecha e izquierda, tratando de encontrar alguna «proyección» o luminosidad que —partiendo desde tierra— pudiera explicar la presencia de aquel disco fulgurante. Pero todo, a mi alrededor, estaba negro como boca de lobo. No había «proyecciones», ni luces que procedieran de tierra.

Mis ojos quedaron nuevamente clavados en «aquello», mientras mi garganta se negaba a articular palabra alguna.

El disco de luz había comenzado a aumentar y disminuir lentamente su luminosidad. Pero seguía fijo e inmóvil entre las nubes, perfectamente claro. Y aunque resultaba poco menos que imposible calcular la distancia a que se encontraba, yo juraría que no era superior a los trescientos metros. No había aparecido precisamente sobre nuestra vertical, sino más bien en diagonal y a nuestras espaldas. De ahí que para tres de los miembros del grupo —Lilian, Carlos Paz y Eduardo Elías— «aquello» hubiera sido visto segundos antes que por nosotros.

Y a los pocos segundos, de aquel disco reluciente salió un rayo también blanco, como proyectado por algún foco potentísimo. Sin embargo, no llegó a tocar el suelo. Y duró escasos segundos.

Algunos de los «invitados» —recuperados de la sorpresa inicial— habían comenzado a comentar al resto, y a voz en grito, cada uno de los detalles que todos —por supuesto— estábamos contemplando.

Casi minuto y medio después, aquel disco luminosísimo —cuyo tamaño desde el lugar donde nos encontrábamos, sería ligeramente inferior al de una luna llena— se fue apagando suavemente, hasta desaparecer.

Yo no había tenido oportunidad aún de comentar el hecho. La sorpresa —profunda como nadie puede comprender— me había paralizado.

Pero, a los pocos segundos de la desaparición del extraño objeto luminoso, «aquello» volvió a repetirse.

Y ante nuestro asombro —si es que todavía nos quedaba capacidad para ello— vimos cómo unos metros más abajo respecto a la primera aparición surgía un disco similar, al que parecía acompañar un segundo...

— ¡Son dos! —gritó una de las mujeres—. ¡Esta vez hay dos!

Así era. Junto al disco que permanecía fijo e inmóvil se movía otro objeto. Pero sus movimientos no tenían «orden». «Aquello» efectuaba giros y evoluciones en torno al primer disco de una manera aparentemente anárquica.

El objeto que permanecía inmóvil era idéntico al disco que había surgido por primera vez. Yo juraría que se trataba en realidad del mismo.

Y mientras el segundo objeto seguía efectuando las citadas evoluciones en torno al luminosísimo disco, éste —de la misma forma que en la primera aparición— comenzó a aumentar y disminuir su intensidad lumínica,

— ¡Es como si nos hiciera señales...! —comentó alguien del grupo.

Y aquélla, en efecto, fue la impresión general. Era como si aquellos extraños objetos trataran de comunicarnos algo. No sé...

Pero esta segunda aparición duraría un poco menos que la primera. Según mis cálculos, algo más de un minuto.

El segundo objeto siguió evolucionando en torno al disco blanco hasta que éste —en uno de aquellos cambios de intensidad luminosa— pareció apagarse definitivamente, desapareciendo por completo entre la espesa nubosidad.

Traté de fijarme en este segundo objeto —especialmente cuando pasaba por delante del disco luminoso— y creí percibir unas formas igualmente discoidales. Sin embargo, su brillo era mucho menor. Y también su tamaño.

Pero lo que más me aturdió, como digo, fueron sus anárquicos giros en «8» y «S», alrededor del potente disco de luz blanca purísima.

El cielo seguía absolutamente encapotado. Y al desaparecer estos dos últimos ovnis —cuando ya considerábamos la posibilidad de que el «fenómeno» no volviera a repetirse— observé de nuevo mi entorno, tratando de encontrar quizás una razón, una justificación para todo aquello... Pero todo continuaba normal.

Y a los escasos segundos de desaparecer estos dos «objetos volantes no identificados», cuando creíamos que el «avistamiento» había finalizado y todos nos disponíamos a acribillar a preguntas a los tres miembros del «IPRI», el disco volvió a surgir entre las nubes y en una nueva posición. Las exclamaciones arreciaron.

Era el mismo disco. La misma luz. Pero, en esta tercera ocasión, sólo vimos un único objeto. El segundo había desaparecido.

En aquella nueva aparición, las «intermitencias» de luz fueron menores.

El disco, fijo y silencioso, permaneció ante nuestros desencajados ojos por espacio de medio minuto, desapareciendo de la misma forma que lo había hecho en las ocasiones anteriores.

Todos habíamos quedado en silencio. Todos con el rostro hacia el cielo. Todos, creo, con la boca medio abierta, anonadados. Todos con el corazón acelerado...

—Ya no volverán —intervino Carlos Paz Wells a los pocos minutos—. Han comunicado que no pueden descender más... Pero la mayoría —creo recordar— no había terminado de oír las palabras de Carlos. Y seguíamos con los ojos fijos en aquella densa capa de nubes, taladrando cada uno de los centímetros de nubes con nuestros ojos.

Al final, todos a la vez y con la misma ansiedad, preguntamos:

—¿Qué ha sido eso...? ¿Eran naves...?

—Nos han manifestado —respondieron los miembros del grupo del «IPRI»— que eran, efectivamente, dos naves. Y que no han podido descender más porque la capa de nubes estaba muy baja... Pero han querido manifestarse, a fin de ratificar el contacto previamente anunciado.

—No entiendo —murmuré—. ¿Por qué decís que no han bajado más?

—Por dos razones: primera, porque el «colchón» de nubes es muy bajo y su presencia a tan escasa altura podría haber alertado a personas que —aunque lejos de aquí— quizás hubieran percibido la gran luminosidad de los discos.

»Y segunda —prosiguió el ingeniero—, porque «ustedes no están todavía preparados para ver las naves desde tan cerca».

Aquel comentario iba dirigido, por supuesto, a los cinco «invitados».

—Eso es lo que ellos nos han comunicado...

No sabía qué decir. No sabía qué pensar. Los tres miembros del «IPRI» sonrieron al ver nuestra sorpresa, nuestra confusión. Y sencillamente, con esa naturalidad que tanto me desasosegaba, comentaron:

—Hoy ha sido un día «monótono»... Como otros muchos. En realidad, no ha pasado nada. Ellos se han limitado a presentarse ante nosotros. Pero ha sido un «avistamiento» muy elemental...

«Pero, ¡oh Dios! —me repetía una y otra vez—, ¿es que ha podido ser tan simple...?»

Eran las nueve y treinta minutos de la noche del siete de setiembre de 1974.

...Todo había durado cinco o seis minutos.

EPÍLOGO: DOS DÍAS SIN PODER DORMIR

No podría concluir este reportaje sin hacer alusión a los días que siguieron al para mí imborrable 7 de setiembre.

No pude dormir en las dos noches siguientes. Pero, no por que mi estado de ánimo hubiera quedado alterado. A decir verdad, el rotundamente inesperado «avistamiento» de aquellos dos ovnis sólo me llenó de sorpresa.

Por fortuna, pienso, aparecieron lo suficientemente alejados como para que sólo pudiera ser así...

La verdadera razón que me mantuvo en vela durante aquel tiempo fue mi arraigado pragmatismo. Había acudido a los arenales de Chilca absolutamente convencido de que no iba a ver nada, de que todo aquello era irrealizable. Y, sin embargo, allí arriba y a la hora prevista, un total de ocho personas habíamos presenciado un fenómeno para el que no lograba encontrar una explicación terrestre y lógica.

Mi cerebro ha tratado de descifrar el enigma mediante numerosos razonamientos. Pero, sin embargo, tengo que reconocer que, hasta el momento, no he hallado dicha solución.

¿Podía tratarse de un avión o de un helicóptero?

Rotundamente, no. ¿Qué avión puede permanecer fijo y verificar semejantes cambios de luz?

¿Qué aparato emite una luminosidad tan potente?

Si se hubiera tratado de un helicóptero habríamos escuchado inmediatamente el ruido y sus pilotos de situación se habrían percibido indefectiblemente entre las nubes. Pero el silencio era absoluto. Total. Poco después, cuando al cabo de varias horas llegábamos a Lima, recordé algo muy concreto y sintomático, en relación con este aspecto del ruido. Durante las dos horas largas que esperamos en «La Mina», el único sonido que llegaba hasta nosotros con claridad era el producido por los numerosos murciélagos que cruzaban la oscuridad. Sus vibraciones sonaban de vez en vez como la cuerda del arco que acaba de ser distendido.

Sin embargo —lo recuerdo muy bien—, minutos antes de que aparecieran los ovnis, aquellas vibraciones de los murciélagos desaparecieron. ¿Por qué?

¿Podía tratarse de un fenómeno meteorológico?

Sinceramente, me resulta muy difícil de aceptar. ¿Qué «fenómeno meteorológico» proyecta de pronto un rayo de luz —perfectamente cilíndrico— hacia tierra?

¿Podía tratarse de un globo sonda, de alguna estrella o, incluso, de la Luna?

Muchísimo menos. Como digo, durante más de dos horas me dediqué pacientemente a contemplar el encapotado cielo peruano. Y no pude adivinar el menor rastro de estrellas o planetas. Ni siquiera Venus, con su extremada brillantez, se filtraba por entre la espesísima capa de nubes.

En cuanto al globo sonda, dudo mucho de que a esa altura —unos pocos cientos de metros—, un globo de este tipo pueda producir semejante luminosidad.

¿Podía tratarse de un trucajé, de un montaje técnico?

También lo analicé cuidadosamente. Y, aunque lógicamente no puedo emitir un juicio definitivo, ¿qué clase de medios se habrían necesitado para llevar a cabo dichas apariciones y evoluciones? Si ya resulta muy difícil lograr una proyección de abajo arriba, ¿qué puede ocurrir a la hora de tratar de conseguir, además, otra proyección de arriba abajo?

«Además —pensé—, ¿para qué un despliegue técnico de semejante envergadura? Ni el dinero ni la popularidad son los objetivos de este grupo del "IPRI" » Y esto me consta.

¿Podía tratarse de una sugestión colectiva?

Es posible. Sin embargo, yo pienso que para que una persona pueda ser hipnotizada —como me han apuntado algunos «expertos», más cargados de mala fe que de deseos de esclarecer el asunto— es básico y elemental que dicha persona se encuentre en un estado de ánimo favorable a dicho proceso hipnótico o de sugestión. Y no me cansaré de repetir que en aquella noche del 7 de setiembre, precisamente, mi mente y mi humor no eran muy «positivos» y «manejables», que digamos...

Por otra parte, ¿cómo explicar el hecho de que no todos observáramos el primer ovni al mismo tiempo?

Hubo un pequeño grupo que se percató antes que el resto de la presencia de aquel disco luminoso. Mediaron, pues, unos segundos, claves —en mi opinión— para anular tal posibilidad de sugestión colectiva.

Pero hay más.

Porque, ante mi sorpresa, otras personas han llegado a señalar el hecho de que «todo aquello» sólo fue un fenómeno parapsicológico.

Y he aquí la argumentación en cuestión:

Para estos expertos en Parapsicología, aquellos discos luminosos sólo eran en realidad «porciones» de «ectoplasma» extraídas de los cuerpos de los que allí nos encontrábamos y lanzadas o proyectadas al cielo, en forma de ovnis.

Por supuesto —y aunque tengo un profundo respeto por la Parapsicología—, la «explicación» me pareció más fantástica, incluso, que la propia existencia de los ovnis. Porque, si mucho mérito tiene —a fe mía— arrancar, y situar a 200 ó 300 metros del suelo los mencionados «ectoplasmas», «convertirlos», además, en naves resplandecientes es ya el colmo...

Si ninguna de estas explicaciones encaja por tanto en el fenómeno que yo viera en la noche del 7 de setiembre, ¿a qué conclusión podía llegar?

Sólo a una: «aquello» eran realmente ovnis u objetos volantes no identificados.

Y un profundo miedo y una profunda alegría y una profunda angustia llenaron todo mi ser...

FIN